

El gran Gatsby

F. Scott Fitzgerald



FUNDACIÓN
Carlos Slim



El gran Gatsby

Fitzgerald, F. Scott

Novela

Se reconocen los derechos morales de Fitzgerald, F. Scott.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

Una vez más para Zelda

*Ponte el sombrero dorado,
si con eso la conmueves;
si puedes saltar bien alto,
hazlo por ella también,
hasta que grite: "Amante,
el del sombrero dorado,
el que salta muy muy alto,
¡tienes que ser mío!".*

THOMAS PARKE D'INVILLIERS



Capítulo 1

En mis primeros y más vulnerables años mi padre me dio un consejo que desde entonces no ha dejado de darme vueltas en la cabeza.

«Cada vez que sientas ganas de criticar a alguien —me dijo— no olvides que no todo el mundo tuvo tus mismas ventajas...»

No dijo nada más, pero siempre fuimos inusualmente comunicativos de una manera reservada, por lo cual comprendí que, con sus palabras, quería decir mucho más. Queda dicho que tengo una gran tendencia a reservarme toda opinión, hábito que me ha facilitado el conocimiento de las más extraordinarias naturalezas, y también me ha hecho víctima de no pocos pesados profesionales. Cuando esta cualidad aparece en una persona normal, es captada en el acto por la mente anormal, que inmediatamente se adhiere a ella; así fue como en la universidad se me acusaba, injustamente, de ser un político, porque conocía los secretos agravios de desenfrenados y desconocidos seres. La mayor parte de las veces, no iba a la caza de confidencias; en muchos casos, al advertir, por alguna inequívoca señal, que en el horizonte rondaba una revelación íntima, fingí sueño, preocupación o una hostil indiferencia; las revelaciones íntimas de la juventud, o al menos sus términos de expresión, suelen ser plagios y estar desfigurados por supresiones más que evidentes. Reservarse opiniones es asunto de infinito alcance. Aún hoy me parecería un grave descuido olvidarme de lo que mi padre jactanciosamente sugirió y yo jactanciosamente repito, que el sentido de las cualidades fundamentales es repartido en forma desigual al nacer.

Y tras vanagloriarme así de mi amplia tolerancia, tengo que admitir que tiene un límite. La conducta puede fundarse en dura roca o en húmedos pantanos, pero hasta cierto punto no importa en qué se funda. Cuando volví del este el otoño pasado creí que lo que anhelaba era que el mundo estuviera siempre de uniforme y bajo una



especie de marcial apostura; no quería seguir escudriñando las profundidades del corazón humano. Sólo Gatsby, el hombre que da título a este libro, estuvo exento de mi reacción. Gatsby, que plasmaba todo aquello hacia lo que siento tan irrefrenable desprecio. Si la personalidad está constituida por una serie ininterrumpida de actos afortunados, en tal caso se puede decir que había algo brillante en torno a él, una exquisita sensibilidad para captar las promesas de la vida, como si estuviera vinculado a una de esas complicadas máquinas que registran los terremotos a mil millas de distancia. Esta reacción no tenía nada que ver con la floja impresionabilidad que ha sido dignificada bajo el nombre de «temperamento creador»; tenía un don extraordinario para saber esperar, una romántica presteza que jamás he hallado en otra persona, y que no es probable que vuelva a encontrar. No; en resumen, Gatsby resultó ser un hombre de una pieza. Lo que lo devoraba era el turbio polvo flotando en la estela de sus sueños, lo mismo que encerró temporalmente mi interés en las abortivas tristezas y cortas alegrías del género humano.

En esta ciudad del Medio Oeste, mi familia ha sido, durante tres generaciones, gente acomodada, de destacada posición social. Los Carraway formamos una especie de «clan», y corre el rumor de que descendemos de los duques de Buccleuch, pero el verdadero fundador de mi familia fue un hermano de mi abuelo que llegó acá en 1851, envió un sustituto a la Guerra Civil e inició el negocio de ferretería mayorista que mi padre dirige actualmente.

Nunca vi a este tío abuelo, aunque se supone que me parezco a él, de manera notoria en el cuadro, más bien inexpresivo, que cuelga en el despacho de mi padre. Me gradué en New Haven en 1915, justo un cuarto de siglo después que mi padre, y un poco más tarde participé en esa aplazada emigración teutónica, conocida como la Gran Guerra. Disfruté tanto durante el contraataque, que regresé saturado de inquietud. En lugar del cálido centro del universo, el Medio Oeste me parecía ahora el andrajoso extremo del mundo, de modo que decidí marcharme al este, con el afán de iniciarme en el mundo de la Bolsa. Todos mis conocidos se movían en el mundo de la Bolsa, así es que supuse que los valores y las acciones serían capaces de mantener a un soltero más. Mis tíos y tías discutieron sobre esto como si se tratara de elegirme un colegio secundario privado, y finalmente dijeron vacilantes: «Bueno... sí...», con muy grave rostro. Mi padre accedió a subvencionarme durante un año, y tras una serie de retrasos, en la primavera de 1921 me vine al Este, en la creencia de que mi estancia sería definitiva.

Lo práctico hubiera sido buscar alojamiento en la ciudad, pero esa temporada estaba muy calurosa y yo acababa de abandonar una tierra de grandes céspedes y amistosos árboles, así que, cuando un chico de la oficina me sugirió que alquiláramos una casita en una ciudad suburbana, la idea me pareció estupenda. Encontró la casa,

un precario *bungalow* en el que se notaban las huellas del viento y el sol y cuyo alquiler ascendía a ochenta dólares al mes, pero a última hora la Dirección trasladó a mi amigo a Washington, y me fui solo al campo. Tenía un perro —por lo menos lo tuve durante unos pocos días antes de que se me escapara—, un viejo Dodge y una mujer finlandesa que me hacía la cama, preparaba el desayuno y murmuraba máximas en finés encima del hornillo eléctrico.

Al principio me sentía muy solo, pero un buen día, un hombre, todavía más recién llegado que yo, me paró en la carretera:

—Por favor, señor, ¿cómo se llega al pueblo de West Egg? —me preguntó, con aire desvalido.

Se lo indiqué y, al verlo seguir su camino, ya no me sentí solo: era un guía, un explorador, uno de los primeros colonos. Aquel hombre me había conferido, fortuitamente, la tranquilidad de pertenecer a la comunidad.

Y así fue como, contemplando el sol y los grandes brotes de hojas que crecían en los árboles con la misma rapidez con que crecen todas las cosas en las películas, experimenté la familiar convicción de que, con el verano, la vida empezaba de nuevo.

Por otra parte, tenía mucho que leer y una inquebrantable salud que requería las vigorizantes influencias de las expansiones naturales de la juventud. Me compré una docena de volúmenes sobre bancos, crédito e inversiones, que se alinearon en mi biblioteca en rojo y oro, semejantes a dinero recién acuñado, prometiendo revelarme los radiantes secretos sólo conocidos por Midas, Morgan y Mecenas. Además, tenía la elevada intención de leer otros muchos libros. En la universidad me incliné hacia lo intelectual: un año escribí una serie de solemnísimos y expresivos editoriales para el *Yale News*. Y ahora llevaría de nuevo a mi vida todas aquellas cosas, convirtiéndome otra vez en el más limitado de todos los especialistas: «el hombre muy cultivado». Esto no pretende ser un epigrama. Desde una sola ventana, después de todo, se contempla mejor la vida.

Fue una casualidad que alquilara una casita en una de las más extrañas comunidades de Norteamérica. Fue en aquella esbelta y bulliciosa isla que se extiende exactamente al este de Nueva York donde, entre otras curiosidades naturales, existen dos extrañas elevaciones de terreno. A veinte millas de la ciudad, un par de enormes huevos, idénticos en contorno, y solamente separados por una curvada bahía, sobresalen de la más domesticada masa de agua salada del hemisferio occidental: el gran corral húmedo de Long Island Sound. No es que sean óvalos perfectos, sino que, como en el caso del huevo de Colón, ambos están aplastados en los extremos que se tocan; sin embargo, su similitud material debe ser una fuente de perpetuo asombro para las gaviotas que vuelan por encima de ellos. Para los que carecen de alas, resulta más interesante el fenómeno de su total disparidad, forma y tamaño aparte.

Yo vivía en el West Egg..., bueno, en el menos elegante de los dos, aunque esta es una expresión demasiado superficial para describir el bizarro y no poco siniestro contraste entre ambos. Mi casa se hallaba en la misma punta del huevo, sólo a cincuenta yardas de Sound, y apretada entre dos enormes mansiones que se alquilaban a doce o quince mil dólares por temporada. La de mi derecha era un colosal armatoste, cualquiera que fuera el punto de vista bajo el que se la considerara; una auténtica imitación de una Municipalidad de algún pueblo en Normandía, con una torre a un lado, que brillaba, nuevita, festoneada de una ligera barba de hiedra joven, complementado todo por una piscina de mármol y más de cuarenta acres de pasto y jardín. Era el palacete de Gatsby, o, mejor dicho, como no conocía aún al señor Gatsby, era un palacete habitado por un caballero de ese nombre. Mi casa era un engendro, pero un engendro pequeño, así que había sido pasada por alto, de manera que gozaba de vista al mar, de una vista parcial del prado de mi vecino, y de la consoladora proximidad de millonarios, todo por ochenta dólares mensuales. Los blancos palacetes del elegante East Egg brillaban a través de la bahía, alineados a lo largo de la orilla. La crónica de aquel verano se inicia, en verdad, la tarde en que fui a cenar con los Buchanan. Daisy era prima segunda mía y a Tom lo conocí en la universidad. Después, al terminar la guerra, pasé un par de días con ellos en Chicago.

El marido de Daisy, entre otras proezas físicas, había llegado a ser uno de los más vigorosos extremos que jugaran al fútbol americano en New Haven, una figura nacional en cierto modo, uno de esos hombres que a los veintiún años se destaca tanto en un área específica que todo lo que viene después le parece aburrido. Su familia era enormemente rica; incluso en la universidad, su prodigalidad con el dinero era algo que llamaba la atención, pero dejó Chicago y se fue al este en un abrir y cerrar de ojos; de Lake Forest se trajo una serie de ponis para jugar al polo: se me hacía difícil comprender que un hombre de mi propia generación fuera lo suficientemente rico para hacer semejante exhibición.

Ignoro por qué vinieron al este. Sin ninguna razón particular, pasaron un año en Francia, después anduvieron de acá para allá, desasosegadamente, por donde se jugara al polo y todos fueran ricos. Daisy me dijo por teléfono que ahora se trataba de una estancia permanente, pero no le creí; no lo podía leer en el corazón de Daisy; sin embargo, sabía que Tom iría siempre flotando, buscando, con algo de triste anhelo, la dramática turbulencia de un irrecuperable partido de fútbol americano.

Y así fue como, una cálida y ventosa tarde, me dirigí a East Egg, a visitar a dos viejos amigos a quienes casi no conocía. Su casa resultó más recargada aún de lo esperado: una alegre mansión georgiana y colonial, blanca y roja, que daba a la bahía. El camino empezaba en la playa y corría hasta la puerta de entrada, cubriendo un cuarto de milla, saltaba por encima de relojes de sol, paseos de ladrillo y exuberantes jardines; finalmente, al llegar a la casa, se bifurcaba, como fruto del impulso de su carrera, en

alegres enredaderas. La fachada rompía su serena monotonía en una línea de balcones, abiertos de par en par a la ardiente y ventosa tarde, cuyos metales, al contacto de los rayos solares, brillaban con destellos de oro. Tom Buchanan, en traje de montar, estaba de pie, con las piernas ligeramente separadas, en el pórtico.

Desde su época de New Haven había cambiado mucho: ahora era un robusto hombre de treinta años, pelo color de paja, boca más bien dura y modales altaneros. En su rostro dominaban dos brillantes y arrogantes pupilas, que le daban la apariencia de estar siempre al acecho. Ni siquiera la afeminada ostentación de su equipo de montar lograba ocultar la enorme fuerza de su cuerpo; parecía llenar las impecables botas hasta dar la sensación de que iba a romper los primeros cordones, y cuando se movía, se advertía en su espalda el movimiento de un gran conjunto de músculos. Era un cuerpo capaz de desarrollar enorme fuerza, un cuerpo cruel.

Su voz, de tenor, ronca, malhumorada, aumentaba la impresión de pendenciero que siempre producía, y en ella latía, incluso para la gente que le gustaba, una sombra de paternal menosprecio (en New Haven, más de uno lo odió a muerte).

Parecía decir: «Vamos, no creas que mi opinión es definitiva sólo porque soy más fuerte y más hombre que tú...». Estuvimos en la misma cofradía en New Haven, y aunque jamás intimamos, yo tenía la impresión de que me tenía en cierto aprecio y que, con áspero y provocativo anhelo, se empeñaba en conseguir que yo lo admirase.

Estuvimos hablando unos minutos en el soleado pórtico.

—Sí, la casa no está mal —dijo, mientras sus ojos miraban inquietamente.

Agarrándome de un brazo me obligó a darme vuelta, y movió una enorme y aplastada mano a lo largo del panorama, incluyendo en su recorrido un profundo jardín italiano y medio acre de aromáticos y punzantes rosales, así como una achatada embarcación a motor, que, a cierta distancia de la costa, luchaba contra la marea—. Perteneció a Demaine, el rey del petróleo. —Me hizo dar la vuelta y, bruscamente cortés, añadió—: Entremos.

Entramos en un vestíbulo de alto techo, precedido de una glorieta de un color rosa vivo, a la que un balcón a cada extremo comunicaba con la casa. Los balcones, entornados, aparecían relucientemente blancos y recortaban el césped del exterior, que parecía crecer un poco dentro de la casa. Sopló la brisa en la habitación y, en un rincón, las cortinas volaron hacia fuera y hacia dentro, enroscándose en dirección al escarchado pastel de bodas del techo; por fin, ondularon encima de la alfombra color de vino, haciendo sombras como el viento en el mar.

El único objeto completamente inmóvil era un enorme sofá en el que dos mujeres jóvenes parecían sentadas como si viajaran en globo. Ambas vestían de blanco, y sus trajes se agitaban y revoloteaban como si, tras un corto vuelo alrededor de la casa, hubieran entrado de repente. Me quedé unos segundos escuchando el chasquido y golpeteo de las cortinas y el crujir de un cuadro en la pared. Se escuchó un estruendo.

Tom cerró el ventanal de atrás y el viento, cautivo, se extinguió en el cuarto. Las cortinas, las alfombras y las dos muchachas parecieron descender con lentitud al suelo.

La más joven era desconocida para mí. Estaba recostada a lo largo del sofá, completamente quieta, como balanceando algo que probablemente caería, y si me vio por el rabillo del ojo no dio muestra alguna de haber percibido mi presencia; y hasta casi se me escapó una disculpa por haberla molestado con mi entrada en el salón.

Daisy, la otra muchacha, intentó levantarse, se echó ligeramente hacia delante con expresión cuidadosa, y empezó a reírse con una risita absurda, encantadora; reí yo también y me adentré en la habitación:

—Estoy... paralizada de felicidad...

Volvió a reírse, como si acabara de decir algo muy ingenioso, me sostuvo la mano un momento, mirándome a la cara, como si asegurara que no había nadie en el mundo a quien tuviese más ganas de ver. Era una costumbre suya. En un susurro me notificó que el apellido de la chica equilibrista era Baker. (He oído decir que el murmullo de Daisy tenía como único objetivo conseguir que la gente se inclinara hacia ella, impertinente chusmerío que no le restaba el menor encanto.)

Fuera por lo que fuese, los labios de la señorita Baker se agitaron, me saludó casi imperceptiblemente, y luego con rapidez echó la cabeza hacia atrás; evidentemente, el objeto que balanceaba se tambaleó, dándole un susto. Una especie de disculpa volvió a subir a mis labios, casi cualquier demostración de autosuficiencia me saca un asombrado tributo de admiración. Miré de nuevo a mi prima, que empezaba a hacerme preguntas con su ronca y emocionante voz. La suya pertenecía a aquella clase de voces cuyo tono es seguido atentamente por el oído, como si cada palabra fuera una composición musical que jamás se volvería a interpretar. Su rostro era triste y hermoso, lleno de encantos; brillantes pupilas y una fresca y apasionada boca. En su voz latía una excitación que difícilmente olvidaban los hombres que la habían amado; una cantarina vibración, un «oye...» susurrante, una promesa de que sólo hacía un rato que había hecho cosas excitantes y divertidas, y de que se anunciaban excitantes y divertidas cosas para la próxima hora.

Le conté que cuando volvía al Este había parado un día en Chicago, y que una docena de personas me dijo que le mandara saludos.

—¿Me extrañan? —preguntó, radiante.

—Toda la ciudad está desolada. Los coches llevan pintada de negro la rueda de auxilio, como si fuera una corona, y por las noches se escucha un incesante gemido a lo largo de la orilla norte...

—¡Qué delicia! ¡Tom, volvamos...! ¡Mañana! —Después agregó sin darle importancia—: Tienes que ver a la niña...

—Con mucho gusto.

—Ahora estará durmiendo. Tiene tres años; ¿no la has visto nunca?

—Nunca.

—Bueno, pues tienes que verla. Es...

Tom Buchanan, que se paseaba a grandes zancadas de un lado a otro de la habitación, se detuvo y apoyó la mano sobre mi hombro.

—¿Qué andas haciendo, Nick?

—Soy esclavo de la Bolsa.

—¿Con quién?

Se lo dije.

—Nunca los había oído nombrar —afirmó decisivo.

Esto me molestó.

—Ya los vas a escuchar nombrar —repose, bruscamente—. Si te quedas en el Este, seguro que vas a escuchar hablar de ellos.

—¡Oh, sí!, me quedaré en el Este —dijo—. No te preocupes. —Miró a Daisy, y luego a mí, como si pensara en otra cosa—. Sería un perfecto animal si se me ocurriera vivir en otra parte.

—Absolutamente —intervino la señorita Baker. Y lo dijo tan de repente que me sobresaltó. Era la primera palabra que pronunciaba desde mi entrada en la habitación. Fue tan evidente que ella misma se sorprendió tanto como yo, porque bostezó, y con una serie de rápidos y glamorosos movimientos, se puso de pie.

—Estoy tiesa —se quejó—. Estuve echada en el sofá desde hace tanto que ya ni me acuerdo.

—No me mires así —contestó Daisy—. Pasé toda la tarde luchando por llevarte a Nueva York.

—No, gracias —dijo la señorita Baker rechazando los cócteles que acababan de surgir de la despensa—. Estoy en período de riguroso entrenamiento.

Su anfitrión la miró con incredulidad.

—¡Por supuesto! —Él tomó su trago como si fuera una gota en el fondo de un vaso—. No entiendo cómo haces algo...

Miré a la señorita Baker, preguntándome qué sería aquel «algo»; me gustaba mirarla: era una muchacha esbelta, de senos poco desarrollados y talle erguido que acentuaba echando los hombros hacia atrás, como un joven cadete. Sus ojos grises, irritados por el sol, me miraban con curiosidad desde un encantador y pálido rostro. Pensé que la había visto antes, o una foto de ella, en algún lado.

—Usted vive en West Egg —observó, despectivamente—. Conozco a alguien de allí...

—Yo no conozco a nadie.

—Seguro que conoce a Gatsby...

—¿Gatsby? ¿Qué Gatsby? —preguntó Daisy.

Antes de poder contestar que era vecino mío, se anunció la cena, y pasando inesperada e imperativamente su tenso brazo por debajo del mío, Tom Buchanan me sacó, a la fuerza, de la habitación, como una ficha de damas que hay que mover a otro cuadro.

Con distinguida languidez, las manos ligeramente apoyadas en las caderas, las jóvenes nos precedieron a una terraza color rosa, que se abría a la puesta de sol; cuatro velas vacilaban bajo el viento, ahora casi apaciguado.

—¿Y velas, por qué? —exclamó Daisy frunciendo las cejas. Las apagó con los dedos—. El día más largo del año llegará dentro de quince días —nos miró a todos, radiantemente—. ¿No esperan siempre el día más largo del año y después se les pasa de largo? ¡Yo siempre espero el día más largo del año y después se me pasa de largo!

—Tendríamos que planear algo... —bostezó la señorita Baker, sentándose a la mesa como si se metiera en la cama.

—Estupendo —aprobó Daisy—. ¿Qué preparamos? —se volvió hacia mí, con aire indefenso—. ¿Qué es lo que planea la gente?

Pero antes de que pudiera contestarle, su mirada se posó, asustada, en su dedo meñique.

—¡Miren! Me lastimé...

Todos miramos; tenía un moretón en el nudillo.

—Tú me lo hiciste, Tom —dijo acusadora—. Sé que no fue deliberadamente, pero lo hiciste. Esto me pasa por haberme casado con un animal de hombre, un enorme y pesado ejemplar de...

—Odio la palabra pesado —refutó Tom, molesto—. Hasta en broma.

—Pesado —insistió Daisy.

Por momentos, ella y la señorita Baker hablaban con una mezcla de discreción y alegre descuido que jamás se convertía en insulso parloteo; era algo tan indiferente como sus blancos trajes y sus inexpresivas pupilas, desprovistas de todo deseo. Ahí estaban, y nos aceptaban a Tom y a mí, haciendo sólo un cortés y agradable esfuerzo por agasajarnos o por ser agasajadas. Sabían que la cena terminaría dentro de poco; un rato más tarde acabaría una velada, que sería despreocupadamente olvidada. Esto era muy diferente en el Oeste, donde una velada se precipitaba, fase a fase, hasta el fin, en continua y decepcionada espera, o en un ligero y nervioso temor del mismo instante.

—Me haces sentir incivilizado, Daisy —le confesé a la segunda copa de un Burdeos bastante lleno de corcho, aunque de impresionante calidad—. ¿No podrías hablar de las cosechas o algo por el estilo?

Al hacer esta observación, no me refería a nada concreto, pero fue recibida de forma inesperada.

—La civilización se está derrumbando —aseguró Tom, con violencia—. Me volví espantosamente pesimista. ¿Leíste *The Rise of the Coloured Empires*, escrito por un tal Goddard?

—No —repuse, algo sorprendido por su tono.

—Bueno, es un libro magnífico. Todo el mundo tendría que leerlo. La tesis es que, si no tenemos cuidado, la raza blanca será... será totalmente hundida. Todo tiene base científica..., ha sido demostrado.

—Tom se vuelve muy profundo —dijo Daisy, con inesperada tristeza—. Lee libros serios que tienen palabras muy largas. ¿Cuál era esa palabra?

—Bueno, son libros científicos —repitió Tom, mirándola con impaciencia—. El tipo ese se imaginó lo que puede pasar. Somos nosotros, la raza dominante, los que tenemos que vigilar a las demás razas, si no queremos que sean ellas las que nos dominen.

—Tenemos que aplastarlas —susurró Daisy, con un feroz guiño dedicado al fervoroso sol.

—Tendrías que vivir en California —empezó la señorita Baker; pero Tom la interrumpió, agitándose pesadamente en la silla.

—La tesis es que somos nórdicos. Yo, tú y tú, y... —tras una infinitesimal vacilación, incluyó a Daisy con un movimiento de cabeza, y ella volvió a guiñar el ojo—. Y produjimos todas las cosas que constituyen la civilización. ¡Oh! La ciencia, el arte..., todo eso, ¿entiendes?

En su concentración había cierto patetismo; como si su complacencia, más aguda que antes, ya no le bastara. Y cuando adentro sonó el teléfono, y el mayordomo dejó la terraza, Daisy aprovechó la momentánea interrupción para inclinarse hacia mí.

—Te voy a contar un secreto de familia —susurró entusiasmada—. Se trata de la nariz del mayordomo. ¿Quieres enterarte del asunto de la nariz del mayordomo?

—Por eso vine esta noche.

—Bueno, no siempre fue mayordomo. Era el pulidor de plata de una gente de Nueva York que tenía un servicio de plata para doscientas personas. Estaba obligado a pulirlo de la mañana a la noche, hasta que, finalmente, el trabajo empezó a afectarle la nariz.

—Las cosas fueron de mal en peor —sugirió la señorita Baker.

—Sí, las cosas fueron de mal en peor, hasta que tuvo que abandonar su puesto.

Los últimos rayos del sol se posaron por un momento, con romántico afecto, sobre su encendido rostro; su voz me forzó a inclinarme, sin aliento, mientras la escuchaba. El resplandor se apagó; los rayos de luz desaparecían lentamente, como cuando al anochecer los niños abandonan una calle agradable.

El mayordomo regresó, murmurando algo al oído de Tom. Este frunció las cejas, retiró la silla y entró sin decir palabra. Daisy, como si su ausencia agitara algo dentro de sí, se inclinó otra vez hacia mí; su voz cantarina y brillante murmuró:

—Me encanta verte en mi mesa, Nick. Me recuerdas a una rosa, una rosa de verdad. ¿No? —se dirigió a la señorita Baker, pidiéndole confirmación—. Una rosa, una verdadera rosa.

Eso no era verdad. No me parezco ni ligeramente a una rosa. Daisy improvisaba, pero brotaba de ella un incitante calor, como si su corazón, oculto en una de esas radiantes y emocionantes palabras, intentara acercárame. De golpe, tiró la servilleta sobre la mesa y entró en la casa. La señorita Baker y yo cambiamos una mirada conscientemente desprovista de todo significado. Estaba a punto de hablar cuando ella se irguió como en alerta e hizo «¡sh!» en tono misterioso. En la habitación contigua era audible un murmullo apagado, apasionado; la señorita Baker se echó adelante sin el menor recato, intentando oír. El murmullo tembló al borde de la coherencia, se hundió, ascendió excitadamente, y luego cesó por completo.

—Ese señor Gatsby que mencionó es vecino mío —le dije.

—¡No hable! Quiero saber qué pasa.

—¿Pasa algo? —pregunté, inocentemente.

—¿No lo sabe? —replicó la señorita Baker, francamente sorprendida—. Creía que todo el mundo lo sabía.

—Yo no.

—Pues... —titubeó—. Tom tiene una mujer en Nueva York.

—¿Tiene una mujer? —repetí, inexpresivamente.

La señorita Baker asintió con la cabeza.

—Podría tener la decencia de no telefonar a la hora de cenar, ¿no le parece?

Casi antes de haber comprendido lo que quería decir, se escuchó el revoloteo de un traje y el crujido de las botas de cuero. Tom y Daisy estaban en la mesa.

—No pudo evitarse —exclamó Daisy, con tensa alegría. Se sentó, nos miró inquisitivamente y continuó—: He mirado afuera durante un minuto, y me parece que por allí todo es muy romántico. Hay un pájaro en el césped, creo que se trata de un ruiseñor que llegó en un barco de la Cunard o de la White Star Line. Su voz se oye a lo lejos... Es muy romántico, ¿no, Tom?

—Muy romántico —repuso este. Después se dirigió a mí, con tristeza—: Si después de la cena hay bastante luz, quiero llevarte a la caballeriza.

El teléfono sonó estrepitosamente, y mientras Daisy movía la cabeza con decisión, el asunto del establo y prácticamente todos los asuntos se esfumaron en el aire. Entre los dispersos fragmentos de los últimos cinco minutos pasados en la mesa, recuerdo que se encendieron las velas, sin ningún sentido; me di cuenta de que quería mirar bien a cada uno y, no obstante, quería también eludir todas las miradas. No podía adivinar

qué pensaban Tom y Daisy, aunque estoy convencido de que ni siquiera la señorita Baker, que parecía haber llegado a dominar cierto duro escepticismo, consiguiera apartar por completo de su mente la metálica insistencia del quinto huésped. La situación hubiera parecido intrigante a ciertos temperamentos; mi propio instinto me pedía telefonar cuanto antes a la policía.

Es inútil decir que no se mencionaron más los caballos. Tom y la señorita Baker, con varios pies de distancia entre ellos, se dirigieron a la biblioteca, como dispuestos a pasar una vigilia al lado de un cadáver perfectamente tangible mientras intentaban mostrarse agradablemente interesados y, al mismo tiempo, bastante sordos. Seguí a Daisy a través de una serie de terrazas hasta llegar al pórtico delantero. Nos sentamos en la oscuridad, en un banco de mimbre.

Daisy colocó su rostro entre sus manos, como si palpase su delicioso modelado, y sus ojos se abrieron gradualmente al aterciopelado ocaso. La vi presa de turbulentas emociones, y empecé a hacerle lo que creí serían preguntas sedantes, referentes a su hijita.

—Nos conocemos poco, Nick —dijo súbitamente—, a pesar de ser primos... No viniste a mi boda.

—Aún no había regresado de la guerra.

—Es verdad —vaciló—. Bueno... tuve una mala temporada, Nick, y me siento bastante cínica en todo lo que se relaciona con la vida.

Tenía evidentes razones para sentirse así. Esperé pero no dijo nada más, y al cabo de un momento volví, débilmente, al tema de su hija:

—Supongo que hablará, comerá y demás, ¿no?

—¡Oh, sí! —me miró, ausente—. Mira, Nick, déjame contarte lo que dije cuando nació. ¿Querrás oírlo?

—Por supuesto.

—Eso te demostrará cómo he llegado a este extremo sobre... ciertas cosas. Bueno, ella tenía menos de una hora, y Tom estaba sabe Dios dónde... Me desperté del éter, poseída por un sentimiento de completo abandono, y en seguida pregunté a la enfermera si era nene o nena. Me dijo que era nena. Volví la cabeza y me puse a llorar. «Bueno, dije, me alegro de que sea niña..., espero que sea tonta; lo mejor en este mundo para una chica es ser bonita y algo tonta.» Verás..., yo creo..., sea como sea, todo es terrible —siguió hablando, en tono convencido—. Todo el mundo piensa así, al menos la gente más lista. Yo lo sé. He estado en todas partes, lo he visto todo, lo he hecho todo.

—Sus ojos se alzaron retadoramente, parecidos a los de Tom, y se empezó a reír con conmovedor desprecio—. «Sofisticada», Dios, soy «sofisticada».

En el instante en que su voz se apagó, terminando de apoderarse de mi atención, de mis ideas, sentí la falta de sinceridad en lo que acababa de decir. Me sentía

intranquilo, como si toda la velada sólo hubiera sido un truco para sacarme una emoción que le sirviera de apoyo. Esperé y, naturalmente, al cabo de un momento me miró con una sonrisa totalmente afectada, como si acabara de afirmar su adhesión a una distinguida y secreta sociedad a la que ella y Tom pertenecieran.

Adentro, la habitación carmesí apareció resplandeciente de luz. Tom y la señorita Baker estaban sentados a los extremos del largo sofá; ella leía en voz alta el *Saturday Evening Post*. Las palabras, apenas murmuradas en tono opaco, corrían con ritmo apaciguador. La luz de la lámpara, brillante en las botas y opaca en el amarillo de hoja de otoño de los cabellos de la joven, destellaba en el papel mientras ella pasaba las hojas con un temblor de delgados músculos en sus brazos.

Mientras entrábamos, levantando una mano, nos mantuvo silenciosos un instante.

—Continuará... —dijo, echando la revista sobre la mesa— en el próximo número.

Su cuerpo se enderezó, con un inquieto movimiento de rodilla, y se puso de pie.

—Las diez —observó, viendo, al parecer, la hora en el techo—. Hora de que una buena chica se meta en la cama.

—Jordan mañana participa en el torneo de Westchester —explicó Daisy.

—¡Ah, usted es Jordan Baker!

Ahora sabía por qué su cara me resultaba conocida; su semblante, agradablemente desdeñoso, me había mirado desde muchas fotografías de la vida deportiva en Asheville, Hot Springs y Palm Beach. También hacía cierto tiempo había llegado a mis oídos una historia algo desagradable, pero me había olvidado de qué se trataba.

—Buenas noches —murmuró suavemente—. ¿Me despertarás a las ocho?

—Si te levantas...

—Me levantaré. Buenas noches, señor Carraway; espero verlo pronto.

—Claro que lo verás seguido —aseguró Daisy—. Por cierto, creo que arreglaré una boda. Ven seguido, Nick, y yo veré de, ¡oh...!, hacer que estén juntos. Los voy a encerrar accidentalmente en un armario..., o los voy a tirar al mar en un bote..., en fin, esa clase de cosas.

—Buenas noches —repitió la señorita Baker, desde la escalera—. Que conste que no escuché ni una palabra.

—Es una buena chica —dijo Tom, al cabo de un rato—. No deberían dejarla que correteara tan suelta por el país.

—¿Quién no debería? —inquirió Daisy, fríamente.

—Su familia.

—Su familia es una tía que tiene como mil años. Además, Nick va a cuidarla, ¿no, Nick? Este verano va a pasar con nosotros muchos fines de semana. Creo que la influencia hogareña le va a sentar bien.

Por un instante, Daisy y Tom se miraron en silencio.

—¿Es de Nueva York? —pregunté rápidamente.

—De Louisville. Ahí pasamos nuestra virginal juventud, nuestra hermosa y virginal...

—¿Tuviste una pequeña conversación íntima en la terraza con Nick, Daisy? —
interrumpió Tom.

—¿La tuve...? —me miró—. No me acuerdo... Pero creo que hablamos de la raza nórdica... Sí, estoy segura..., ese tema se apoderó de nosotros y... lo primero..., ¿sabes...?

—No creas nada de lo que oigas, Nick —murmuró Tom.

Contesté ligeramente que no había oído nada, y pocos segundos más tarde me levanté para irme a casa. Me acompañaron hasta la puerta, y se quedaron de pie, uno al lado de otro, dentro de un alegre cuadro de luz. Al poner el coche en marcha, Daisy me llamó imperiosamente:

—Espera... Olvidé preguntarte algo..., es importante. Nos contaron que estabas comprometido con una chica en el Oeste.

—Es verdad —corroboró Tom, bondadosamente—. Oímos decir que estabas comprometido.

—Pura calumnia... Soy demasiado pobre.

—Nos lo dijeron —repitió Daisy, abriéndose de nuevo, como una flor—. Nos lo dijeron tres personas, así que tiene que ser verdad.

Claro está que sabía a qué se referían; sin embargo, no estaba ni siquiera vagamente comprometido. El hecho de que el rumor hubiera trascendido era una de las razones que me habían traído al Este. Por culpa de las haladurías no iba a dejar de salir con una vieja amiga, y, por otra parte, no tenía la menor intención de que los rumores me llevaran al matrimonio.

Su interés me conmovió un poco, me los hizo menos remotamente ricos. De todas maneras, me sentí desconcertado y un poco asqueado. Me parecía que lo que Daisy debería hacer era irse rápido de la casa, con la niña en brazos; pero al parecer tales intenciones no tenían lugar en su ánimo. Por lo que a Tom se refería, el hecho de que tuviera una mujer en Nueva York resultaba, en realidad, menos sorprendente que verlo deprimido por un libro. Algo lo impulsaba a roer el borde de sus rancias ideas, como si su robusto egoísmo físico no fuera ya capaz de saciar su dogmático corazón.

En los techos de las casas de la carretera y frente a las estaciones de servicio que bordeaban el camino, donde aparecían bombas nuevas de nafta dentro de círculos de luz, era ya pleno verano. Cuando llegué a mi casa de West Egg, dejé el auto en la cochera y me senté un rato en el patio, encima de una abandonada cortadora de pasto. El viento se había calmado, dejando una noche brillante y ruidosa, con alas que golpeaban entre los árboles, y un sordo rumor de órgano, como si los cargados fuelles de la tierra estuvieran soplando a las ranas llenas de vida. La ondulante silueta de un gato se recortó a la luz de la luna, me di vuelta para mirarlo, y vi que no estaba solo: a cincuenta pies de distancia había aparecido una silueta entre las sombras de la

mansión de mi vecino, y se hallaba de pie, con las manos en los bolsillos, contemplando el plateado resplandor de las estrellas. Algo en sus sosegados movimientos y en la firme posición de sus pies en el césped sugería que era el señor Gatsby mismo que había salido a investigar cuál era la porción de nuestro firmamento local que le correspondía.

Decidí llamarlo; la señorita Baker lo había mencionado en la cena, circunstancia que me serviría de introducción; sin embargo, no lo llamé, porque dio repentinas muestras de que se sentía cómodo en la soledad: tendió los brazos en dirección al proceloso mar, en forma curiosa, y a pesar de la distancia, hubiera podido jurar que temblaba. Involuntariamente miré al mar; no distinguí nada, sólo una luz verde, diminuta y lejana, que podía ser el extremo de un malecón. Cuando volví a mirar a Gatsby, había desaparecido, y me encontré solo, otra vez, en las inquietas sombras.

Capítulo II

Casi a mitad de camino entre West Egg y Nueva York, la carretera se junta abruptamente con las vías del tren, y corre a su lado por espacio de un cuarto de milla, como para apartarse de cierta desolada extensión de terreno: un valle ceniciento, una fantástica granja donde las cenizas crecen como el trigo, por las colinas, montes y grotescos jardines, donde adquieren formas de casas, chimeneas y ascendientes humaredas, y finalmente, con un formidable esfuerzo de imaginación, siluetas de hombres grises que se mueven apagadamente, desmoronándose a través de la polvorienta atmósfera. Una hilera de coches grises serpentea a veces por una invisible carretera; crujen espantosamente y se tumban a descansar; de inmediato, unos hombres grises como la ceniza aparecen agitando con pesadas azadas una impenetrable nube que oculta a la vista sus turbias operaciones.

Pero encima de la tierra gris y superando los espasmos del agitado polvo que flota incesantemente en el aire, se advierten los ojos del doctor T. J. Eckleburg. Los ojos del doctor T. J. Eckleburg son azules y gigantescos, sus retinas tienen una yarda de alto. No miran desde rostro alguno, sino desde un par de enormes gafas amarillas, posadas en una nariz que no existe. Evidentemente, algún oculista extraordinariamente bromista las colocó allí para aumentar su clientela en Queens, y luego se hundió en la eterna ceguera al marcharse, o se las olvidó. Pero esas pupilas, algo apagadas por las inclemencias del tiempo, de la lluvia y el sol, siguen meditando tristemente sobre el solemne basural.

El valle de cenizas está limitado a un extremo por un pequeño y turbio río, y cuando se levanta el puente levadizo para dejar paso a las barcazas, los pasajeros de los trenes allí parados tienen media hora para admirar la lúgubre escena. En aquel punto se hace siempre un alto de un minuto, como mínimo, y así fue cómo, por primera vez, pude ver a la amante de Tom Buchanan.

El hecho de que tuviese una amante era comentado en todas partes donde se lo mencionaba. Sus conocidos se sentían ofendidos porque se presentaba con ella en concurridos bares, la dejaba en una mesa y se iba de un lado a otro, hablando con cualquier persona que encontrara. Aunque sentí curiosidad por verla, no tenía deseos de conocerla, si bien terminé conociéndola. Una tarde, iba en tren a Nueva York con Tom, cuando nos detuvimos cerca de los montones de ceniza; él se paró de un salto y, agarrándome del brazo, me sacó del vagón.

—Bajemos —insistió—, quiero que conozcas a mi chica.

Me parece que durante el almuerzo había empujado el codo en demasía, y su decisión de tener mi compañía rayaba en la violencia. Su arrogante suposición era que un domingo por la tarde yo no podía tener nada mejor que hacer.

Lo seguí a lo largo de la verja, pintada de blanco, que separaba el camino de la vía; caminamos unas cien yardas por la carretera, bajo la insistente mirada del doctor T. J. Eckleburg. El único edificio que aparecía a la vista era un pequeño bloque de ladrillo amarillo, asentado al borde del sucio erial, una especie de compacta calle céntrica, encargada de suministrar provisiones, y rodeándolo todo, la más absoluta nada. Una de las tres tiendas estaba en alquiler, la otra era un restaurante abierto toda la noche, al que se llegaba por un sendero de ceniza, la tercera era un taller; «Reparaciones, George B. Wilson. Compra y venta de coches», decía el letrero; seguí a Tom al interior de este local.

El taller tenía un aspecto poco próspero y vacío; el único coche visible eran los restos de un Ford recubierto de polvo, agazapado en un oscuro rincón. Se me estaba ocurriendo que esta sombra de garaje no era más que una tapadera, y que suntuosos, a la par que románticos, departamentos estarían disimulados arriba, cuando el propietario apareció en la puerta de una oficina, limpiándose las manos con un trapo sucio. Era rubio, apagado, anémico y de una elegancia mortecina. Al vernos, un húmedo destello de esperanza asomó a sus pupilas, de un azul claro.

—Hola, Wilson, viejo —dijo Tom, golpeándole jovialmente el hombro—. ¿Cómo van las cosas?

—No me puedo quejar —contestó Wilson, poco convencido—. ¿Cuándo me vende ese coche?

—La semana próxima. Mi mecánico está arreglándolo.

—Va muy despacio, ¿no?

—No —repuso Tom, fríamente—, y si piensa así, Wilson, quizá valdrá más que lo venda en otro lado.

—No quise decir eso —se justificó Wilson, apresuradamente—, sólo quise...

Su voz se apagó, y Tom miró con impaciencia a su alrededor. Se oyeron pasos por las escaleras, y la robusta silueta de una mujer ocultó la luz de la puerta de la oficina. Debía de tener treinta y tantos años, era algo corpulenta, aunque llevaba las carnes

con esa sugestiva sensualidad que tienen algunas mujeres. Su rostro, que asomaba por encima de un traje a lunares de *crêpe de chine* azul oscuro, no ofrecía ninguna faceta o destello de belleza, pero en torno suyo latía una vitalidad perceptible al instante, como si todos los nervios de su cuerpo se hallaran en continua combustión. Sonrió levemente, y pasando por al lado de su marido, como si fuera un fantasma, estrechó la mano de Tom, mirándolo a los ojos. Se humedeció los labios, y sin volverse se dirigió a su marido, con voz ronca y suave:

—Tráete algunas sillas, ¿por qué no las sacas? Alguien podrá sentarse.

—Oh, sí —asintió Wilson apresuradamente, y penetró en el pequeño despacho, confundiéndose con el color ceniciento de las paredes. Una capa de blanca ceniza velaba su oscuro traje y sus pálidos cabellos y todo lo que ahí había, excepto su mujer, que se acercó más a Tom.

—Quiero verte —dijo Tom, ansiosamente—. Toma el próximo tren.

—De acuerdo.

—Te esperaré junto al puesto de diarios, en el paso a nivel de abajo.

Ella asintió, apartándose en el preciso momento en que George Wilson salía con dos sillas.

La esperamos abajo, en la carretera, lejos de la vista de la gente. Faltaban pocos días para el 4 de Julio, y un chiquillo italiano, gris y flaco, ponía cohetes en fila, a lo largo de la vía del tren.

—Terrible lugar, ¿no es cierto? —dijo Tom, intercambiando un fruncimiento de cejas con el doctor Eckleburg.

—Espantoso.

—Le hace bien alejarse un poco.

—¿El marido no dice nada?

—¿Wilson? Cree que se va a ver a su hermana, que está en Nueva York. El pobre es tan tonto que ni se ha dado cuenta de que está vivo.

Así es que Tom Buchanan, su amante y yo fuimos juntos a Nueva York. ¡Bueno!, no en verdad juntos, porque la señora Wilson iba discretamente sentada en otro vagón. Tom brindaba esta muestra de condescendencia para con los sentimientos de los habitantes de East Egg que pudieran viajar en el tren.

Se había cambiado el vestido por uno estampado de muselina marrón que, cuando Tom la ayudó a bajarse en el andén de Nueva York, se ajustó estrechamente a sus caderas. En el puesto de diarios, compró un ejemplar de *Town Tattle* y una revista de cine; en la droguería de la estación, *coldcream* y una botellita de perfume. Una vez arriba, en la solemne superficie llena de ecos, dejó pasar cuatro taxis antes de escoger uno nuevo, de color lavanda, con tapizado gris. En él nos deslizamos fuera de la mole de la estación, adentrándonos en el resplandeciente sol. Pero, casi al instante, ella se apartó bruscamente de la ventanilla y, echándose hacia delante, golpeó el cristal.

—Quiero uno de esos perros —dijo, con vehemencia—. Quiero uno para el departamento; ¡es tan agradable tener un perro!

Retrocedimos hasta acercarnos a un anciano de cabellos grises, que tenía un absurdo parecido con John D. Rockefeller. En una cesta que colgaba de su cuello, temblaban, asustados, una docena de muy recientes cachorritos, de raza indeterminada.

—¿De qué raza son? —preguntó la señora Wilson, al acercarse el hombre a la ventanilla.

—De todas las razas. ¿Cuál quiere, usted, señora?

—Un perro policía, ¿no tendrá usted uno?

El hombre miró la cesta con cierta duda, metió la mano y sacó, agarrándolo por la piel del lomo, un cachorrito que se retorció débilmente.

—No es perro policía.

—Bueno, no es exactamente un perro policía —reconoció el hombre, con decepcionada voz—. Más bien es un Airedale —pasó la mano por el castaño estropajo de la espalda—. Fíjese en este pelo..., ¡qué pelo! Este perro nunca la molestará con resfriados.

—Es muy lindo —dijo la señora Wilson, entusiasmada—. ¿Cuánto vale?

—¿Este perro? —lo miró, lleno de admiración—. Le costará diez dólares.

El Airedale —porque, indudablemente, algo tenía que ver con un Airedale, aunque sus patas fueran sorprendentemente blancas— cambió de manos y se aposentó en el regazo de la señora Wilson, que acarició, arrobada, aquel pelo a prueba de todo.

—¿Es nene o nena? —inquirió ella delicadamente.

—¿Ese perro? Ese perro es nene.

—Es una perra —contradijo Tom, firmemente—. Aquí tiene su dinero. Vaya y cómprese otros diez perros.

Nos dirigimos a la Quinta Avenida, suave y cálida, casi pastoral, en la estival tarde de domingo. No me hubiera extrañado ver un gran rebaño de blancas ovejas doblando en una esquina.

—Paren —dije—, acá los dejen.

—No —se negó Tom, rápidamente—, Myrtle se disgustará si no vienes al departamento, ¿verdad, Myrtle?

—Vamos —me ordenó ella—. Llamo a Catherine, mi hermana. Gente muy entendida la considera hermosísima.

—Me gustaría, pero...

Proseguimos, cortando otra vez el parque, hacia los West Hundreds; al llegar a la Ciento cincuenta y ocho, el coche se detuvo ante una rebanada de un largo y blanco pastel hecho de casas y de pisos. Con una majestuosa mirada de regreso al hogar, la señora Wilson agarró al perro y sus demás adquisiciones y entró altivamente.

—Les voy a decir a los McKee que suban —anunció mientras el ascensor se elevaba—. Y, por supuesto, también voy a llamar a mi hermana.

El apartamento estaba en el último piso; constaba de un pequeño living, un pequeño comedor, un pequeño dormitorio y un baño. El cuarto de estar estaba repleto hasta las puertas por un juego de muebles tapizados, demasiado grandes para la habitación, de modo que moverse equivalía a tropezar continuamente con escenas de damas columpiándose en los jardines de Versalles. El único cuadro era una fotografía ampliada; al parecer, se trataba de una gallina sentada sobre una borrosa piedra; sin embargo, mirada a cierta distancia, la gallina se convertía en un gorro, y el rostro de una obesa señora miraba desde la pared. En la mesa aparecían varios números viejos de *Town Tattle*, junto con un ejemplar de *Simon Called Peter* y algunas revistas de chismes de Broadway. Lo primero que la señora Wilson hizo fue ocuparse del perrito. Un botones salió del ascensor, con evidente mala gana, a buscar leche y un cajón de paja, a lo que añadió, por propia iniciativa, una lata de bizcochos para perros, largos y duros, uno de los cuales se estuvo deshaciendo toda la tarde, indiferentemente, en el platillo de leche. Tom, mientras tanto, sacó una botella de whisky de un aparador del escritorio.

En mi vida sólo me emborraché dos veces; la segunda vez fue esa tarde, así que todo cuanto ocurrió está rodeado de una opaca niebla, a pesar de que el piso estuvo lleno de alegre sol hasta después de las ocho. La señora Wilson, sentada en las rodillas de Tom, llamó por teléfono a varias personas. Entonces faltaron cigarrillos y yo me encargué de comprarlos en la droguería de la esquina. A mi regreso, ambos habían desaparecido. Me senté, discretamente, en el cuarto de estar, dedicándome a la lectura de un capítulo de *Simon Called Peter*. O lo que leí era muy malo, o el whisky tergiversaba las cosas, porque aquello no tenía ningún sentido.

En el momento en que Tom y Myrtle (tras la primera copa, la señora Wilson y yo empezamos a llamarnos por nuestros nombres de pila) reaparecieron, la gente comenzó a llamar a la puerta del piso.

Catherine, la hermana, era una esbelta y mundana muchacha, de unos treinta años, de compacta y pegajosa melena roja y cutis empolvado de un blanco lechoso. Se había depilado totalmente las cejas, dibujándolas luego en un ángulo más llamativo, pero los esfuerzos de la naturaleza por la restauración de la línea original daban a su rostro una expresión confusa. Cada vez que se movía, se escuchaba el incesante tintinear de innumerables brazaletes de porcelana que se deslizaban arriba y abajo de sus brazos. Irrumpió en el piso con tal porte de ama y señora, mirando los muebles con tal aire de propietaria, que me pregunté si viviría allí. Pero cuando me decidí a preguntárselo personalmente se echó a reír exaltada, repitió mi pregunta en voz alta y me dijo que vivía en un hotel, con una amiga.

El señor McKee era un hombrecito pálido, afeminado de pies a cabeza. Acababa de afeitarse, porque tenía una mancha blanca de espuma en el pómulo; en su saludo a todos los allí reunidos se mostró sumamente respetuoso. Me dijo que estaba en el «ramo artístico». Más tarde supe que era fotógrafo, y que había hecho la opaca ampliación de la madre de la señora Wilson, que flotaba cual ectoplasma sobre la pared. Su mujer era aguda, lánguida, hermosa y horrible. Me dijo, con orgullo, que desde que se casaron, su marido la había fotografiado ciento veintisiete veces.

La señora Wilson se había cambiado de traje poco antes; ahora llevaba un complicado vestido de tarde, de *chiffon* color crema, que, cuando ella se movía por la habitación, emitía un continuo frufurú. Bajo la influencia del traje, cambió también su personalidad. Aquella intensa vitalidad, tan notable en el garaje, se había transformado en impresionante altivez. Su risa, sus gestos, sus afirmaciones, se hicieron, momento a momento, más violentamente afectadas, y al desplegarse, la habitación se hizo pequeña hasta parecer que giraba en un ruidoso y chirriante eje, a través de la atmósfera llena de humo.

—Querida —dijo a su hermana, con un chillido tan fuerte como afectado—, la mayor parte de esa gentuza es capaz de engañarte a la primera oportunidad. No piensan más que en el dinero. La semana pasada vino una mujer a mirarme los pies, y cuando me presentó la factura, parecía pretender que me había sacado el apéndice.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó la señora McKee.

—Eberhardt... Va por las casas cuidando los pies de la gente.

—Me gusta su traje —observó la señora McKee, en un alucinante cambio de tema—. La encuentro adorable.

La señora Wilson rechazó el cumplido, alzando las cejas despectivamente.

—Es algo loco y viejo —dijo—. Me lo pongo a veces. Cuando no me importa mi aspecto.

—¡Pero le queda divino! Usted sabe lo que quiero decir —prosiguió la señora McKee—. Si Chester pudiera capturarla en esa pose, me parece que haría algo bueno.

Todos contemplamos silenciosamente a la señora Wilson, la cual apartó de sus ojos un mechón de cabello y nos miró con brillante sonrisa. El señor McKee la observó fijamente, ladeando la cabeza y volviendo la mano de un lado a otro, frente a su cara.

—Cambiaría la luz —dijo, al cabo de un momento—. Me gustaría destacar el modelado de las facciones, procuraría sacar todo el cabello de atrás.

—Pues yo no cambiaría la luz —exclamó la señora McKee—. Me parece...

Su marido murmuró «¡sh!» y todos volvimos a mirar a la señora Wilson, mientras Tom Buchanan bostezaba ruidosamente y se ponía de pie.

—¡Eh, ustedes, McKee, beban algo! Myrtle, antes de que la gente se duerma, saca más hielo y agua mineral.

—Le dije al chico que trajera hielo. —Myrtle levantó las cejas con desesperación por las pocas ganas de cumplir su obligación que las bajas esferas demuestran—. ¡Esa gente! Siempre hay que andar detrás de ellos...

Me miró echándose a reír tontamente, luego se precipitó hacia el perro, besándolo encantada, y se deslizó a la cocina, como insinuando que media docena de *chefs* aguardaban sus órdenes.

—Hice algunas cosas lindas en Long Island —manifestó el señor McKee.

Tom lo miró inexpresivamente.

—Abajo tenemos enmarcadas un par de ellas.

—¿Un par de qué?

—Dos estudios. Uno se llama *Montauk Point-Las gaviotas*, y el otro *Montauk Point-El mar*.

Catherine se sentó a mi lado en el sofá.

—¿Usted también vive en Long Island? —preguntó.

—Vivo en West Egg.

—¿De veras? Hace un mes estuve allí, en una fiesta. En casa de un tipo llamado Gatsby. ¿Lo conoce?

—Vivo al lado de su casa.

—Dicen que es sobrino primo del káiser Guillermo. De ahí viene su dinero.

—¡Ah! ¿Sí?

Asintió.

—Es un hombre que me da miedo. Me fastidiaría que se interesara por mí.

Esta interesantísima información sobre mi vecino fue interrumpida por la señora McKee, que señaló bruscamente a Catherine.

—Oye, Chester, me parece que lograrías algo bueno con ella —dijo.

El señor McKee asintió con aire aburrido, y dirigió su atención a Tom.

—Me gustaría poder trabajar más en Long Island... Si encontrara la manera de introducirme... Todo lo que pido es un empujón.

—Pídaselo a Myrtle —dijo Tom, rompiendo en una sonora carcajada, en el instante en que la señora Wilson aparecía llevando una bandeja—. Le darás cartas de presentación, ¿verdad que sí, Myrtle?

—¿Que haré qué...? —preguntó ella extrañada.

—Dar a McKee una carta de presentación dirigida a tu marido, para que haga algunos estudios... —sus labios se movieron silenciosamente al improvisar—: *George B. Wilson y la bomba de nafta*, o algo así.

Catherine se inclinó hacia mí, susurrándome al oído:

—Ni uno ni otro pueden soportar a la persona con quien están casados.

—Ah, ¿no?

—No, no los pueden aguantar. —Miró a Myrtle, luego a Tom—. Yo me pregunto: ¿por qué siguen viviendo con ellos si están hartos? Si yo fuera ellos, me divorciaría y nos casaríamos en seguida.

—¿Tampoco a ella le gusta Wilson?

La respuesta fue inesperada; provino de Myrtle, que había oído la pregunta, y resultó tan violenta como obscena.

—¿Lo ve? —exclamó Catherine, triunfante, bajando de nuevo la voz—. En realidad, la mujer de él es la que los mantiene separados. Es católica; los católicos no admiten el divorcio.

Daisy no era católica, de modo que me extrañó lo rebuscado de la excusa.

—Cuando se casen —prosiguió Catherine— se irán una temporada al Oeste, hasta que las cosas se calmen.

—Sería más discreto irse a Europa.

—¡Oh!, ¿le gusta Europa? —exclamó ella sorprendida—. Acabo de llegar de Montecarlo.

—¿De veras?

—Justo el año pasado. Fui con otra chica.

—¿Estuvieron mucho tiempo?

—No, sólo estuvimos en Montecarlo y volvimos. Fuimos por Marsella. Cuando empezamos, teníamos mil doscientos dólares, pero en las salas privadas nos desplumaron en dos días. La vuelta fue horrible... ¡Se lo digo yo! ¡Dios! ¡Cómo odié esa ciudad!

Por un instante floreció en la ventana el cielo del crepúsculo, de un azul parecido a la dulce transparencia del Mediterráneo; luego, la aguda voz de la señora McKee me devolvió a la habitación.

—También yo estuve a punto de cometer una equivocación —afirmó vigorosamente—. Un poco más, y me caso con un tipejo que venía pretendiéndome desde hacía mucho tiempo. Sabía que era inferior a mí; todo el mundo lo decía: «Ese hombre, Lucille, vale mucho menos que tú». Si no hubiera encontrado a Chester, seguro me hubiera atrapado.

—Sí, pero escucha —dijo Myrtle, agitando la cabeza de arriba abajo—, al menos no te casaste con él.

—¡Ya lo sé!

—Bueno, yo sí me casé con él —murmuró Myrtle, ambiguamente—. Y ahí está la diferencia entre tu caso y el mío.

—¿Por qué lo hiciste, Myrtle? —inquirió Catherine—. Nadie te obligó.

Myrtle reflexionó.

—Me casé con él porque pensé que era un caballero —dijo, al cabo de un rato—. Creí que tendría un poco de educación, pero no me llega a la suela del zapato.

—¡Estuviste loca por él por un tiempo! —exclamó Catherine.

—¡Loca por él! —repitió Myrtle, escandalizada—. ¿Quién dijo que estuve loca por él? ¡Estuve tan loca por él como por ese hombre!

De repente me señaló; todos me miraron acusadoramente, y con la expresión de mi rostro, intenté demostrar que no esperaba de ella el menor afecto.

—Loca estuve porque me casé con él. Casi en el acto me di cuenta de que había cometido un error. Para casarse le pidió prestado a un amigo su mejor traje, y no me lo dijo. Un día, mientras él estaba fuera, su amigo vino a buscarlo. «Oh, ¿es su traje? —le pregunté—. No sabía absolutamente nada», pero se lo di y después estuve llorando a moco tendido toda la tarde.

—En realidad, debería dejarlo —resumió Catherine, dirigiéndose a mí—. Durante once años han estado viviendo encima de ese garaje. Tom es el primer amor que ha tenido.

La botella de whisky, la segunda, se hallaba ahora en constante solicitud por parte de todos, a excepción de Catherine, «que se ponía muy bien sin beber nada». Tom llamó al portero, enviándole a buscar unos bocadillos muy famosos que «por sí solos constituían una cena completa». Quería levantarme e irme a pasear por el Este, por el parque, bajo el suave crepúsculo: sin embargo, cada vez que lo intentaba me encontraba enredado en alguna violenta y absurda discusión que me ataba otra vez como con cuerdas a la silla. De todas maneras, en lo más alto de la ciudad, nuestra hilera de amarillas ventanas debió ofrendar su parte de humana intimidad al transeúnte que paseando por las calles levantara la vista indiferentemente; y me lo imaginaba mirando hacia arriba, intrigado. Me sentía dentro y fuera, al mismo tiempo encantado y repelido, por la inagotable variedad de la vida.

Myrtle puso su silla junto a la mía y, de repente, su cálido aliento me vertió la historia de su primera entrevista con Tom.

—Fue en el tren, en los dos asientos, uno frente al otro, que son siempre los últimos que quedan vacíos. Yo iba a Nueva York, para ver a mi hermana y pasar ahí la noche. Él tenía puesto un frac y zapatos de charol. No podía apartar la vista de él, y cada vez que me miraba fingía estar mirando el anuncio que colgaba encima de su cabeza. Al entrar en la estación, estaba a mi lado, la pechera de su camisa se apretaba contra mi brazo. Le dije que llamaría a un policía, pero supo que mentía. Estaba tan excitada que, cuando subimos a un taxi, ni me di cuenta de que no estaba en un subte. Sólo podía pensar, una y otra vez: «Uno no vive eternamente, uno no vive eternamente...»

Se volvió hacia la señora McKee, y la habitación resonó llena de su risa artificial.

—Querida, le daré este vestido tan pronto como me lo saque. Mañana me voy a comprar otro. Voy a hacer una lista de todas las cosas que tengo que comprar. Masaje, peluquero, collar para el perro, uno de esos monísimos ceniceros con resorte, una corona con lazo de seda negra para la tumba de mamá, de las que duran todo el

verano... Estoy viendo que tendré que hacer una lista para no olvidar nada de lo que tengo que comprar.

Eran las nueve de la noche. Casi al instante volví a mirar el reloj: eran las diez. El señor McKee estaba dormido en una silla, con los puños crispados sobre las rodillas, como la fotografía de un hombre de acción. Sacando mi pañuelo, limpié la mancha de espuma de su mejilla, que me tuvo obsesionado toda la tarde.

El perrito se había sentado arriba de la mesa, mirando con aturridos ojos a través del humo; de vez en cuando gemía débilmente. La gente desaparecía, reaparecía, hacía planes para ir a algún sitio; después se perdían, se buscaban, se encontraban a pocos metros de distancia. A eso de medianoche, Tom Buchanan y la señora Wilson se enfrentaron acaloradamente, discutiendo, con vehemencia, si la señora Wilson tenía derecho a mencionar el nombre de Daisy.

—¡Daisy..., Daisy..., Daisy! —gritaba la señora Wilson—. Lo repetiré siempre que me dé la gana. ¡Daisy! ¡Dai...!

Con un breve y rápido movimiento, Tom le rompió la nariz de un manotazo.

Entonces hubo toallas ensangrentadas en el suelo del cuarto de baño, voces de mujeres que reñían y, elevándose por encima de la confusión, un largo y agudo gemido de dolor. El señor McKee despertó de su sueñecito y, desconcertado, se dirigió hacia la puerta; cuando estuvo a medio camino, dio la vuelta, contemplando la escena: su mujer y Catherine reñían y se consolaban, tropezando por acá y por allá con los aglomerados muebles, queriendo prestar ayuda, mientras la desesperada mujer se agitaba en el diván sangrando copiosamente e intentando colgar un número de *Town Tattle* encima de las escenas de Versalles. El señor McKee dio media vuelta y salió. Lo seguí, descolgando mi sombrero de la lámpara.

—Venga a almorzar algún día —sugirió, mientras el ascensor bajaba con un sordo gruñido.

—¿Dónde?

—En cualquier parte.

—¡Eh!, saquen las manos de la palanca —exclamó bruscamente el chico del ascensor.

—Perdone usted —murmuró McKee, con gran dignidad—. Ignoraba que la estaba tocando.

—Perfecto —asentí—, me encantaría.

... Estaba de pie, al lado de su cama, y el señor McKee estaba sentado entre las sábanas, en ropa interior, sosteniendo un álbum enorme.

«*La bella y la bestia, Soledad, El viejo caballo...*»

Después estaba tirado medio dormido en el frío andén de la estación de Pensilvania, mirando el *Tribune* de la mañana y esperando el tren de las cuatro.

Capítulo III

En las noches de verano se escuchaba música en la casa de mi vecino.

En sus azules jardines, hombres y mujeres iban y venían, semejantes a polillas, entre susurros, champaña y estrellas. Por las tardes, a la hora de la marea alta, yo miraba a sus huéspedes zambullirse desde la torre de su balsa, o tomar sol en la cálida arena de su playa, en tanto que sus dos lanchas a motor cortaban las aguas del Sound arrastrando, sobre cataratas de espuma, veloces esquíes acuáticos. Los fines de semana, su Rolls Royce se transformaba en colectivo, transportando gente desde o hacia la ciudad, a partir de las nueve de la mañana y hasta mucho después de medianoche, mientras su rural corría, como un dinámico insecto amarillo, a recibir todos los trenes. Y los lunes, ocho criados, incluyendo un jardinero extra, trabajaban todo el día, con trapos, cepillos, martillos y tijeras de jardín, reparando los destrozos de la noche anterior.

Cada viernes llegaban, enviados por un frutero de Nueva York, cinco cajones de naranjas y limones; cada lunes salían esas mismas naranjas y limones por la puerta trasera, convertidas en una pirámide de mitades sin pulpa. En la cocina había una máquina que, en media hora, sacaba el jugo de doscientas naranjas, si el pulgar del mayordomo apretaba doscientas veces un botoncito.

Al menos una vez cada quince días, un ejército de proveedores acudía con centenares de metros de lona y suficientes luces de colores para convertir el enorme jardín de Gatsby en un gigantesco árbol de Navidad. Los jamones horneados se amontonaban junto a ensaladas de arlequinados dibujos, tocinitos de pastelería y pavos de un atractivo color dorado, que se sucedían en las mesas de bufet adornadas con relucientes entremeses. En el vestíbulo principal se montaba un bar con una barra de bronce auténtico, y provista de gins y licores y aperitivos olvidados desde hacía

tanto tiempo que la mayoría de las mujeres invitadas era demasiado joven como para diferenciar uno de otro.

La orquesta llegaba alrededor de las siete de la tarde; no se trataba de un pobre conjunto de cinco instrumentos, sino de una orquesta completa, con oboes, trombones, saxofones, violas, clarinetes, flautines, tambores y bombos. Los últimos nadadores ya volvieron de la playa y se están vistiendo en el piso de arriba; los coches de Nueva York están estacionados de cinco en cinco en el fondo de la explanada, y en los vestíbulos, salones y terrazas, ya se pasean melenitas cortadas en extraños y nuevos estilos y tapados que exceden todos los sueños de Castilla. El bar está en pleno apogeo, circulantes rondas de cócteles impregnan el jardín hasta que la atmósfera está colmada de charlas, risas, despreocupadas indirectas, presentaciones olvidadas al momento y entusiastas reuniones de mujeres que nunca saben sus nombres.

Las luces aumentan en brillo mientras la tierra se va alejando del sol; ahora suena música popular para la hora del cóctel. La ópera de las voces tiene un diapasón más elevado. Minuto a minuto, la risa suena más fácil, se desgrana con prodigalidad, se vuelca a la menor palabra alegre. Los grupos varían rápidamente, se hinchan con recién llegados, se disuelven y se forman en un mismo aliento; hay errantes y confiadas muchachas que revolotean de un lado a otro entre los grupos más ruidosos y estables, en un momento determinado se convierten en el centro de uno de ellos y, excitadas con el triunfo, se deslizan entre la oleada de rostros, voces y colores, bajo la iluminación constantemente cambiante.

De repente, una de esas gitanas, vestida de tembloroso opal, se apodera de un cóctel en el aire, se lo bebe de un trago para cobrar valor, y moviendo las manos como Frisco se pone a bailar sobre la plataforma de lona. Un momentáneo silencio; el director de orquesta cambia cortésmente el ritmo de la música y estallan los comentarios, circula la equivocada información de que es la doble de Gilda Gray en el Follies. Empezó la fiesta.

Creo que la primera noche que fui a la casa de Gatsby, yo era uno de los pocos invitados que habían sido verdaderamente invitados. A la gente no la invitaban... iba. Se metían en automóviles que los llevaban a Long Island y, de una manera u otra, terminaban en la puerta de Gatsby. Una vez ahí, eran introducidos por alguien que conocía a Gatsby, y después se conducían de acuerdo con las reglas de conducta adecuadas a un parque de diversiones. A veces iban y venían sin haberlo conocido. Iban a las fiestas con una sencillez de corazón que era su propio billete de entrada.

Yo había sido realmente invitado. Un chofer, con uniforme azul cobalto, cruzó mi césped, a primera hora de la mañana de aquel sábado portador de una nota sorprendentemente ceremoniosa de su patrón: el honor sería de Gatsby, decía, si aquella noche asistía a su pequeña fiesta. Me había visto varias veces y hacía mucho

tiempo que se había propuesto hacerme una visita, pero una singular combinación de circunstancias se lo había impedido; firmado, Jay Gatsby, con majestuosa letra.

Fui a su parque poco después de las siete, vestido de franela blanca, y vagué, algo incómodo, entre remolinos y torbellinos de gente desconocida, aunque por acá y por allá aparecía alguna cara que en ciertas ocasiones había visto en el tren.

Inmediatamente me llamó la atención el número de elegantes muchachos ingleses, esparcidos por doquier, con aspecto algo hambriento y hablando en voz queda y ansiosa con sólidos y prósperos americanos. Tuve la impresión de que vendían algo, acciones, seguros o automóviles. Por lo menos se daban cuenta, desesperadamente, de la afluencia de dinero que giraba a su alrededor, convencidos de que, con unas palabras pronunciadas en el tono indicado, podría ser suyo.

Tan pronto como llegué intenté localizar a mi anfitrión, pero las dos personas a las que les pregunté su paradero me miraron con tal extrañeza y aseguraron tan vehemente no poseer ni el menor indicio de sus movimientos, que me largué en dirección a la mesa del cóctel, único lugar en el jardín donde un hombre solo podía entretenerse sin tener el aspecto de estar abandonado y sin saber qué hacer.

Estaba en vías de emborracharme como una cuba, de pura vergüenza, cuando, de pronto, Jordan Baker salió de la casa, y se quedó en la parte de arriba de la escalera, ligeramente recostada y mirando con despreciativo interés hacia el jardín. Pensé que era imprescindible que me uniera a alguien, fuese bien o mal recibido, antes de empezar a dirigir cordiales observaciones a los que pasaran a mi lado.

—¡Hola...! —rugí, avanzando hacia ella. A través del jardín, mi voz sonó extrañamente vigorosa.

—Pensé que ibas a andar por acá —respondió, mientras yo subía—. Me acordé de que vivías junto a la casa de...

Retuvo mi mano indiferentemente, como promesa de que dentro de un minuto cuidaría de mí, y prestó atención a dos muchachas, vestidas con idénticos trajes amarillos, que se pararon al pie de la escalera.

—¡Hola, tú...! —gritaron al unísono—. Qué lástima que no hayas ganado.

Hablaban del torneo de golf. La señorita Baker había perdido en la final, la semana anterior.

—No sabes quiénes somos —dijo una de las chicas vestidas de amarillo—, pero nos conocimos acá hará cosa de un mes.

—Se tiñeron el pelo desde aquella vez —observó Jordan, atrevidamente.

Me sobresalté al oírle decir semejante cosa, pero las chicas se habían ido tranquilamente, y su observación fue a parar a la prematura luna que, al igual que la cena, había salido, seguramente, de la cesta de un proveedor. Con el esbelto y dorado brazo de Jordan apoyado en el mío, bajé las escaleras, y empezamos a pasear por el jardín. Ante nosotros, en medio del crepúsculo, flotaban las bandejas de cócteles; nos

sentamos a una mesa con las chicas vestidas de amarillo y tres hombres, cada uno de los cuales fue presentado como señor Mumble.

—¿Vienes seguido a estas fiestas? —preguntó Jordan a la chica que tenía a su lado.

—La última vez fue aquella en que te conocí

—contestó la muchacha, con voz sonora y resuelta; y luego se volvió a su compañera—: ¿Verdad que para ti también fue la última, Lucille?

Para Lucille también lo había sido.

—Me gusta venir —dijo Lucille—. Nunca me preocupo de lo que hago y, claro está, siempre lo paso bien. La última vez me rompí el traje en una silla, él me pidió mi nombre y dirección, y, antes de una semana, recibí un paquete de Croirier, con un traje de noche nuevito.

—¿Te lo quedaste? —preguntó Jordan.

—Claro. Esta noche me lo iba a poner, pero me queda grande de pecho y hay que retocarlo. Es azul gas, con cuentas color lavanda. Total: doscientos cinco dólares.

—Hay algo raro en un tipo que hace una cosa así —intervino la otra chica—. No quiere complicaciones con nadie...

—¿Quién no las quiere? —pregunté.

—Gatsby. Alguien me contó...

Las chicas y Jordan se inclinaron confidencialmente:

—Alguien me contó que se decía que había matado a un hombre...

Nos sacudió un instantáneo estremecimiento; los tres señor Mumble se inclinaron hacia delante, escuchando con ansiedad.

—No lo creo —dijo Lucille, con escepticismo—, más bien diría que durante la guerra fue espía alemán.

Uno de los hombres asintió, corroborando la noticia:

—Se lo escuché decir a uno que lo conoce bien... Crecieron juntos en Alemania —afirmó resueltamente.

—¡No! —dijo la otra chica—, imposible; durante la guerra estuvo en el ejército estadounidense —y como nuestra credulidad volvió a ella, se echó hacia delante entusiasmada—. Fíjense en él, cuando cree que nadie lo mira... Apuesto a que mató a un hombre.

Entornó los ojos y se estremeció; Lucille se estremeció también; todos nos volvimos y miramos a nuestro alrededor, intentando localizar a Gatsby.

Era un testimonio de la romántica expectación que inspiraba, que siempre murmurasen de él los que habían encontrado bien poco de qué murmurar en este mundo.

La primera cena —después de medianoche habría otra— estaba siendo servida, y Jordan me invitó a unirme a su grupo, desparramado alrededor de una mesa, al otro lado del jardín. Eran tres matrimonios y el acompañante de Jordan, un obstinado

estudiante, dado a la más ruidosa hilaridad, y bajo la más que evidente impresión de que Jordan iba a entregarle, tarde o temprano, su persona, en mayor o menor grado. En lugar de diseminarse, este grupo había conservado una digna homogeneidad y asumido la función de representar la circunspecta aristocracia del campo. (East Egg condescendiendo con West Egg, y cuidadosamente en guardia contra su espectroscópica alegría.)

—Vayámonos —susurró Jordan, después de media hora, más bien desalentadora e inadecuada—. Esto es demasiado fino para mí.

Nos levantamos. Ella se disculpó diciendo que íbamos en busca del anfitrión; yo todavía no lo conocía, dijo, y eso me ponía incómodo.

El estudiante asintió cínica y melancólicamente.

El bar, adonde fuimos primero, estaba lleno. Pero ahí no encontramos a Gatsby. No lo pudimos descubrir desde el rellano de la escalera, ni estaba tampoco en la terraza. Por si el azar lo había llevado ahí, empujamos una puerta de imponente aspecto, irrumpiendo en una alta biblioteca gótica, artesonada con roble inglés tallado, que probablemente había sido trasladada completa desde alguna ruina situada al otro lado del mar.

Un hombre grueso, de mediana edad, con enormes anteojos de lechuza, estaba sentado, algo borracho, al borde de una gran mesa, contemplando con inquieta concentración los estantes repletos de libros. Al escucharnos entrar, se dio vuelta excitadamente y examinó a Jordan de pies a cabeza.

—¿Qué le parece? —preguntó, impetuosamente.

—¿Qué?

Movió la mano hacia los anaqueles.

—Eso. Por cierto, no tiene que molestarse en averiguarlo. Lo he averiguado: son de verdad.

—¿Los libros?

Asintió.

—Absolutamente de verdad, tienen páginas y todo. Pensé que serían de bonito y duradero cartón. Le aseguro que son de veras, absolutamente... páginas y..., vamos, déjeme que le muestre.

Convencido de nuestro escepticismo, se precipitó hacia los estantes y volvió con el primer volumen de *Stoddard Lectures*.

—¿Vieron? —exclamó, triunfalmente—. Es un ejemplar *bona fide* de impreso... Este tipo es un auténtico Belasco... ¡Un triunfo! ¡Qué perfección! ¡Qué realismo! Supo cuándo tenía que parar..., no cortó las hojas..., pero, ¿qué quiere usted?, ¿qué se puede esperar?

Me sacó el libro y lo puso apresuradamente en el estante, murmurando que si se sacaba un solo ladrillo, a lo mejor se derrumbaba la biblioteca.

—¿Quién los trajo? —nos preguntó—. ¿O sólo vinieron...? A mí me trajeron..., a muchos los traen...

Jordan lo miró con cierta alegre vivacidad sin decir una palabra.

—A mí me trajo una señora llamada Roosevelt —continuó—, la señora Claude Roosevelt. ¿La conocen? Anoche me la presentaron en alguna parte... Ahora hará cosa de una semana que estoy borracho, y se me ocurrió que pasar un rato sentado en una biblioteca me serenaría.

—¿Y qué?

—Sí, me parece que un poquito. Aún no puedo asegurarlo. Sólo hace una hora que estoy aquí. ¿Les conté lo de los libros? Esto... que son de verdad... son...

—Ya nos lo ha dicho.

Gravemente nos estrechamos las manos y salimos.

Ahora se bailaba en el jardín sobre la lona. Hombres viejos empujaban a mujeres jóvenes hacia atrás, en desgarrados círculos; varias parejas de aire superior, tortuosa y elegantemente enlazadas, buscaban los rincones, y un considerable número de chicas bailaban solas o aliviando a la orquesta, por un momento, de la carga del banjo u otros chirimbolos. A medianoche la hilaridad había aumentado. Un famoso tenor cantó en italiano, una notable contralto interpretó una pieza de jazz, y entre los números de atracciones la gente hacía sus comentarios en el jardín mientras alegres y huecos estallidos de risa se alzaban al cielo estival. Un par de gemelas, destacadas figuras del teatro, que resultaron ser las chicas ataviadas de amarillo, representaron, debidamente caracterizadas, un número infantil. Y el champaña se sirvió en copas más grandes que fruteras. La luna estaba más alta, y flotando en el Sound había un triángulo de escamas plateadas, estremeciéndose bajo el duro y metálico rasguear de los banjos del parque.

Yo seguía con Jordan Baker. Nos sentamos a una mesa, con un hombre de mi edad y una jovencita alborotadora que, a la menor provocación, estallaba en irrefrenable risa. Ahora me divertía, me había tomado dos «fruteras» de champaña, y la escena, a mis ojos, se había transformado en algo significativo, elemental y profundo.

En una pausa de las atracciones, el hombre que estaba a mi lado me miró y sonrió:

—Su rostro me resulta familiar —dijo, cortésmente—. ¿Acaso durante la guerra estuvo usted en la Primera División?

—Bueno, sí, en la Veintiocho de Infantería.

—Yo estuve, hasta el año 1918, en la Dieciséis. Sabía que lo había visto antes.

Durante un rato hablamos de ciertos grises y húmedos pueblitos de Francia. Evidentemente, el hombre debía vivir en los alrededores, porque me dijo que acababa de comprar un hidroavión y que pensaba probarlo a la mañana siguiente.

—¿Quiere acompañarme, camarada? Iremos por el Sound, cerca de la playa.

—¿A qué hora?

—A la que mejor le convenga.

Estaba a punto de preguntarle cómo se llamaba cuando Jordan me miró y sonrió.

—¿Qué...! ¿Te diviertes ahora?

—Infinitamente más. —De nuevo me volví a mi vecino—. Para mí esta es una fiesta algo rara; ni siquiera vi al anfitrión. Vivo ahí —con la mano hice un gesto en dirección al invisible seto— y Gatsby me envió el chofer con una invitación.

Mi interlocutor me contempló como si no acabara de entenderme.

—Soy Gatsby —exclamó de repente.

—¿Qué...? ¡Oh, le ruego que me disculpe!

—Creí que lo sabía, camarada. Me temo no ser un anfitrión muy atento...

Sonrió comprensivamente, mucho más que comprensivamente. Era una de esas raras sonrisas, con una calidad de eterna confianza, de esas que en toda la vida no se encuentran más que cuatro o cinco veces. Contemplaba, parecía contemplar por un instante el universo entero, y después se concentraba en uno con irresistible parcialidad; lo comprendía a uno hasta el límite en que uno deseaba ser comprendido, creía en uno como uno quisiera creer en sí mismo, y aseguraba que se llevaba la mejor impresión que uno quisiera producir. Justo en ese momento, se desvaneció y me encontré frente a un elegante muchachote de unos treinta y uno o treinta y dos años, cuya rebuscada oratoria estaba al borde del absurdo. Un rato antes de presentarse, tuve una fuerte impresión de que elegía cuidadosamente sus palabras.

Casi en el mismo instante en que el señor Gatsby se identificó, se precipitó el mayordomo comunicándole que Chicago lo llamaba por teléfono. Nuestro anfitrión se disculpó con una pequeña inclinación de cabeza que nos incluyó a todos y a cada uno de nosotros.

—Si desea algo, pídale, camarada —me recomendó—. Discúlpeme..., me reuniré con ustedes más tarde.

Apenas se fue, me volví hacia Jordan; me sentía impelido a expresarle mi sorpresa. Había esperado que Gatsby fuera una rubicunda y obesa persona, de cierta edad.

—¿Quién es? ¿Lo sabes? —le pregunté.

—Un sujeto llamado Gatsby.

—Quiero decir, de dónde es..., qué hace...

—Ahora empiezas a meterte en el tema —me aseguró con pálida sonrisa—. Pues bien, una vez me dijo que había estado en la Universidad de Oxford.

Empezó a dibujarse una oscura perspectiva; sin embargo, no tardó en disiparse entre la observación que siguió:

—De todas maneras, no lo creo.

—¿Por qué?

—No lo sé... Sólo puedo decir que dudo de que fuera ahí.

Algo en su tono me recordó el de la otra chica cuando dijo: «Creo que ha matado a un hombre», y tuvo el efecto de estimular mi curiosidad. Habría aceptado, sin la menor

objección, la noticia de que Gatsby surgió de los pantanos de Louisiana o de los barrios más bajos del East Side de Nueva York. Era comprensible. Pero en mi provinciana inexperiencia, no creía que los jóvenes pudieran surgir así, bruscamente, de la nada, y comprarse un palacete en Long Island Sound.

—Sea como sea..., la cuestión es que da grandes fiestas —dijo Jordan, cambiando de asunto, con un cortés desagrado hacia los temas concretos—. Y las grandes fiestas me gustan, son tan íntimas..., las fiestas íntimas carecen de intimidad.

Se oyó el ruido de un bombo, y la voz del director de orquesta destacó súbitamente sobre el bullicio del jardín:

—Damas y caballeros —exclamó—. A pedido del señor Gatsby vamos a interpretar para ustedes la última composición de Vladimir Tostoff, que tanta atención despertó el pasado mes de mayo en el Carnegie Hall. Si leyeron los diarios, sabrán que fue un acontecimiento sensacional —dijo, y sonrió con jovial condescendencia, añadiendo—: ¡Vaya sensación! —Y todo el mundo se echó a reír—. La pieza es conocida —concluyó con vibrante tono de voz— como *La historia mundial en jazz de Vladimir Tostoff*.

La naturaleza de la obra de Tostoff me eludió totalmente; en el preciso momento en que se inició, mis ojos se posaron en Gatsby, que estaba de pie en las escaleras de mármol, mirando con aprobación los grupos de gente. La atezada piel de su rostro parecía atractivamente tirante, y sus cortos cabellos tenían el aspecto de ser recortados diariamente. Nada siniestro se advertía en torno suyo. Me pregunté si el hecho de no beber ayudaba a hacerle resaltar entre sus huéspedes, pues me pareció que, conforme aumentaba la fraternal hilaridad, su corrección crecía. Al terminar *La historia mundial en jazz*, las chicas apoyaron sus cabezas en hombros masculinos, semejantes a traviosos cachorritos; otras se echaban juguetonamente hacia atrás, en brazos de muchachos, incluso entre los grupos, sabiendo que alguien impediría que cayeran; pero nadie se echó en brazos de Gatsby, ninguna melenita acariciaba sus hombros, ni se formaban armoniosos cuartetos teniendo como eslabón su cabeza.

—Perdonen.

El mayordomo de Gatsby apareció, de repente, junto a nosotros.

—¿Señorita Baker? —preguntó—. Perdona... el señor Gatsby desearía hablar con usted, a solas.

—¿Conmigo?

—Sí, Madame.

Mi compañera se levantó lentamente, alzando las cejas en actitud de sorpresa, y siguió al mayordomo a la casa. Observé que llevaba el traje de noche, al igual que todos los trajes, como si fueran atuendos deportivos; sus movimientos tenían gran ligereza, como si sus primeros pasos hubieran sido dados en campos de golf, en claras y frescas mañanas.

Estaba solo y eran casi las dos. Durante unos momentos salieron de una larga habitación con muchas ventanas abiertas a la terraza unos confusos e intrigantes sonidos. Escapando del estudiante de Jordan, entregado ahora a una conversación de obstetricia con dos coristas, en la que me imploró que tomara parte, me fui adentro. Una de las chicas de amarillo tocaba el piano; a su lado cantaba una joven alta y pelirroja, perteneciente a un famoso coro. Había bebido una considerable cantidad de champaña, y en el curso del canto tomó la insensata decisión de pensar que todo era muy triste; ya no cantaba, lloraba. Saturaba sus pausas con entrecortados y jadeantes sollozos, y retomaba el canto con temblorosa voz de soprano. Las lágrimas corrían por sus mejillas aunque no con plena libertad, pues al ponerse en contacto con sus embadurnadas pestañas, adquirirían un negro color de tinta y proseguían su camino en lentos y negros riachuelos. Se le hizo la jocosa sugerencia de que cantase las notas que aparecían en su rostro; entonces, tendió las manos y se hundió en una silla, entregándose a un profundo y vinoso sueño.

—Se ha peleado con un hombre que dice que es su marido —explicó la chica que tenía a mi lado.

Miré a mi alrededor. La mayor parte de las mujeres que quedaban se peleaba con hombres que decían que eran sus amigos. Incluso el grupo de Jordan, el tercero de West Egg, estaba siendo desgarrado por la disensión: uno de los muchachos hablaba con extraño apasionamiento a una joven actriz, y su mujer, tras intentar reírse de la situación, adoptando indiferente y digno talante, perdió la serenidad y recurrió a los ataques de flanco. Aparecía a intervalos, súbitamente, cual airado diablo, silbando en sus oídos: «Me prometiste...»

Las pocas ganas de irse no estaban limitadas a hombres descarriados. El vestíbulo estaba ahora ocupado por dos hombres deplorablemente serenos, y sus profundamente indignadas esposas, que simpatizaban una con otra, exclamaban, con voces ligeramente agudas:

—Cada vez que ve que me divierto se quiere ir a casa.

—En mi vida vi nada tan egoísta.

—Siempre somos los primeros en irnos.

—Lo mismo que nosotros.

—Bueno..., esta noche somos casi los últimos —dijo uno de los maridos con algo de timidez—. Hace media hora que la orquesta se fue.

A pesar de que las mujeres convinieron en que semejante perversidad excedía los límites de la imaginación, la disputa terminó en breve lucha y ambas mujeres, pataleando en la oscuridad, fueron levantadas en vilo.

En el vestíbulo, mientras esperaba mi sombrero, se abrió la puerta de la biblioteca y Jordan Baker y Gatsby salieron juntos; este le hacía alguna última recomendación,

pero la vehemencia de sus gestos se convirtió, bruscamente, en ceremoniosidad, cuando se le acercaron varias personas a despedirse.

El grupo de Jordan la llamaba impacientemente desde el pórtico, pero ella se entretuvo en estrecharme la mano.

—He oído lo más sorprendente del mundo —susurró—. ¿Cuánto rato hemos estado?

—Cosa de una hora.

—Fue... sencillamente sorprendente —repitió, abstraída—, pero juré que no iba a decir nada y... te estoy tentando —me bostezó graciosamente en la cara—. Haz el favor de venir a verme. Guía telefónica... A nombre de la señora Sigourney Howard... mi tía. —Mientras hablaba, se alejaba apresuradamente; al unirse a su grupo, en la puerta, su mano me hizo un glamoroso saludo.

Algo avergonzado de que en mi primera visita me rezagara tanto, me uní a los últimos huéspedes de Gatsby, que estaban arremolinados en torno suyo. Quería explicarle que a primera hora de la noche lo había estado buscando y, al mismo tiempo, disculparme por no haberlo reconocido en el jardín.

—No se preocupe —me recomendó con vehemencia—. No piense más en ello, camarada —la familiar expresión no tenía mayor familiaridad que la mano que tranquilizadamente rozaba mi espalda—. Y no lo olvide: mañana, a las nueve; subiremos al hidroavión.

A sus espaldas, el mayordomo murmuró:

—Filadelfia al teléfono, señor.

—Muy bien, es un segundo. Dícales que atiendo enseguida. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches —sonrió y, de repente, pareció que el hallarme entre los últimos que se iban tenía para él un agradable significado, como si todo el tiempo lo hubiera estado deseando—. Buenas noches..., buenas noches.

Sin embargo, mientras bajaba la escalera, vi que la velada no había concluido aún. A quince pies de la puerta, una docena de focos iluminaban una bizarra y tumultuosa escena. En la cuneta, junto a la carretera, ligeramente ladeado, aunque violentamente despojado de una rueda, descansaba una cupé reluciente que no hacía dos minutos había salido de la explanada de Gatsby. El agudo saliente de una pared justificaba la separación de la rueda, que recibía considerable atención por parte de media docena de curiosos choferes. Sin embargo, como habían dejado sus vehículos bloqueando la carretera, un áspero y discordante rumor de los que estaban atrás se había escuchado durante un buen rato, acrecentando la ya de por sí violenta confusión de la escena.

Un hombre con un largo abrigo se bajó del coche averiado y se puso en medio de la carretera, mirando del coche a la llanta y de la llanta a los observadores, en forma sorprendida y agradable.

—Fíjense... —explicaba—. Se metió en la cuneta.

Este hecho le resultaba infinitamente sorprendente; primero reconoció el timbre asombrado de su voz, luego al individuo: era el último huésped de la biblioteca de Gatsby.

—¿Cómo ocurrió?

Se encogió de hombros.

—No sé ni un poco de mecánica...

—Pero ¿cómo fue? ¿Chocaron contra la pared?

—¡No me lo pregunte! —dijo ojos de lechuza, desentendiéndose del accidente—.

Apenas si sé conducir. Lo único que sé es que pasó.

—Si no sabe manejar no debería practicar de noche.

—¡Si ni siquiera lo intenté! —explicó el hombre indignado—. Ni siquiera lo intenté.

Un atemorizado silencio planeó entre los mirones.

—¿Se quiere suicidar?

—¡Tuvo suerte de que sólo fuera una rueda! Un mal conductor, y ni siquiera se molesta en probar el coche.

—No me entienden —gritó el presunto criminal—. Yo no manejaba..., en el coche iba otro.

La impresión que siguió a esta declaración se manifestó en un «¡ahhh!» que surgió del público al abrirse lentamente la puerta del coche. La multitud —ahora era una multitud— retrocedió involuntariamente, y cuando se abrió la puerta de par en par, hubo una pausa fantasmal. Entonces, gradualmente, miembro a miembro, un pálido y oscilante individuo salió del coche, tanteando el piso con un largo y poco seguro escaquin de baile.

Cegado por el resplandor de los focos y confundido por el incesante gruñido de las bocinas, la aparición osciló un momento antes de percibir al hombre del abrigo.

—¿Qué pasó? —preguntó tranquilamente—. ¿Nos quedamos sin nafta?

—¡Mire...!

Media docena de dedos señalaron la amputada rueda; el hombre la contempló un instante y luego miró al cielo como si sospechara que había caído de ahí.

—Se les soltó —explicó alguien.

El individuo asintió.

—Al principio, no me di cuenta de que habíamos parado.

Hizo una pausa. Después de una profunda inspiración y cuadrando los hombros, preguntó con voz resuelta:

—¿Podrían decirme dónde hay una estación de servicio?

Una docena de individuos, por lo menos, entre los que se encontraba alguno algo más sereno de lo que él estaba, intentaron explicarle que la rueda y el coche no estaban ya unidos por ningún lazo material.

—Bueno —dijo, al cabo de un rato—. Podemos ponerlo al revés.

—¡Pero la rueda se salió!

Vaciló.

—Nada perdemos con probarlo.

Las exasperadas bocinas habían llegado al máximo de enojo. Di la vuelta, crucé el césped y me dirigí a casa. Un gajo de luna resplandecía sobre la casa de Gatsby, haciendo la noche tan hermosa como antes, e imponiéndose a las risas y a los sonidos de su brillante jardín. Ahora se diría que de las puertas y ventanas emanaba un enorme vacío, que aislaba completamente la silueta del anfitrión, de pie en el pórtico, con la mano levantada en ceremonioso gesto de despedida.

Releyendo lo que llevo escrito hasta ahora, veo que doy la impresión de que los acontecimientos de tres noches, separadas por varias semanas, fueron todo lo que absorbió mi interés. Sin embargo, no representaron más que indiferentes acontecimientos de un agitado verano, y hasta mucho más tarde, me absorbieron infinitamente menos que mis asuntos personales.

Durante la mayor parte del tiempo trabajaba. A primera hora de la mañana el sol proyectaba mi sombra al Oeste, mientras me apresuraba por los blancos precipicios del bajo Nueva York, camino al Probitry Trust. Conocía a los demás empleados y a los jóvenes bolsistas por sus nombres de pila; almorzaba con ellos salchichas de cerdo, puré de papa y café, en oscuros y atestados restaurantes. Incluso tuve un breve romance con una chica que vivía en Jersey City y trabajaba en la sección de contabilidad, pero su hermano empezó a mirarme con mala cara, así que cuando ella se fue de vacaciones en julio, dejé que el asunto se terminara tranquilamente.

Acostumbraba a cenar en el Yale Club y, por alguna razón, este era el acontecimiento más sombrío del día. Después me iba a la biblioteca y, durante una hora, estudiaba concienzudamente inversiones y acciones. Generalmente, ahí había unos cuantos alborotadores, pero nunca iban a la biblioteca, de modo que ese era un buen lugar para trabajar. Más tarde, si la noche era agradable, pasaba por Madison Avenue, el viejo Murray Hill Hotel y la calle Veintidós, hasta la estación de Pensilvania.

Nueva York empezó a gustarme por su chispeante y aventurera sensación nocturna, y por la satisfacción que le da a la mirada humana su constante revoloteo de hombres, mujeres y máquinas. Me gustaba pasear por la Quinta Avenida y elegir románticas mujeres de entre la multitud; imaginar que dentro de pocos minutos irrumpiría en su vida sin que nadie lo supiera ni lo desaprobara. A veces las seguía con el pensamiento a sus departamentos situados en esquinas de ocultas callejas, desde donde se volvían, sonriéndome, antes de desaparecer en la cálida oscuridad. En el encantador crepúsculo metropolitano, sentía a veces una obsesionante soledad, y la sentía también en otros pobres empleados que pasaban el rato frente a las vidrieras,

esperando la hora de una solitaria cena en un restaurante; empleados ociosos en el crepúsculo, que desperdiciaban los más conmovedores instantes de la noche y de la vida.

A las ocho, cuando las oscuras avenidas de los Forties estaban llenas de temblorosos taxis, alineados de cinco en fondo, rumbo al distrito teatral, sentía que mi corazón naufragaba. En el interior de los taxis se veían confusas siluetas tiernamente abrazadas, sonaban ráfagas de armoniosas canciones, estallaban risas provocadas por ininteligibles chistes, o brillaban las móviles brasas de los cigarrillos dibujando extraños jeroglíficos. Imaginando que también yo me precipitaba hacia la alegría y compartía su íntima excitación, les expresaba interiormente mis mejores deseos.

Por un tiempo, perdí de vista a Jordan Baker; y a mitad del verano me la volví a encontrar. Al principio, me enorgullecía salir con ella. Era campeona de golf, todo el mundo conocía su nombre. Después hubo algo más. Aunque no estaba enamorado de ella, sentía una especie de tierna curiosidad. El displicente y altivo rostro que le ofrecía al mundo escondía algo; la mayor parte de las poses estudiadas oculta algo. Al principio no creí que su actitud fuera falsa, y un día me enteré qué era. Fuimos a una fiesta en Warwick. Ella dejó bajo la lluvia, con la capota levantada, un coche que le habían prestado, disculpándose más tarde con una mentira. Y de repente me acordé de la historia que aquella noche, en casa de Daisy, no había podido recordar. En el primer torneo importante en que participó Jordan, hubo una discusión que casi llegó a los diarios: se dijo que había cometido una irregularidad de juego en la semifinal. El caso alcanzó proporciones de escándalo; luego se apagó: un *caddy* se retractó, y el único testigo que quedaba admitió que se podía haber confundido. Aquel asunto, junto con el nombre de la protagonista, había quedado grabados en mi mente.

Instintivamente, Jordan evitaba a los hombres inteligentes y astutos; comprendí que lo hacía porque se sentía más segura en un plano en el que cualquier divergencia de unas reglas se creyese de todo punto imposible. Era incurablemente deshonesto. No podía sentirse en desventaja, y dada esta repugnancia, supongo que empezó de muy joven a manejar subterfugios que le permitiesen mantener su fría e insolente sonrisa dirigida a la gente y satisfacer, al mismo tiempo, las exigencias de su duro y garboso cuerpo.

Para mí esto no tenía importancia. En una mujer, la falta de sinceridad no es cosa que se censure gravemente. Me sentí ligeramente entristecido, pero luego lo olvidé. En esa misma fecha, tuvimos una curiosa conversación acerca de cómo manejar un auto. Empezó porque pasamos tan cerca de unos obreros que el guardabarras le arrancó a uno un botón de la chaqueta.

—Manejas pésimamente —protesté—. Deberías tener más cuidado, o no conducir.

—Tengo cuidado.

—No, no lo tienes.

—Bueno, ya lo tienen los demás —replicó ella, con ligereza.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Se corren de mi camino. Para que haya un accidente tienen que ser dos.

—Supón que tropiezas con uno tan imprudente como tú.

—Espero que eso no llegue a suceder; me molesta la gente descuidada. Por eso me gustas tú.

Sus grises ojos, irritados por el sol, miraban de frente; no obstante, deliberadamente, había introducido un cambio en nuestras relaciones y, por un momento, pensé que la amaba. Pero soy de pensamiento lento y estoy lleno de reglas internas que actúan como frenos sobre mis deseos. Sabía que lo primero que tenía que hacer era salir definitivamente del lío que tenía allá en mi casa. Todas las semanas había escrito cartas firmando «con todo cariño, Nick», y todo lo que podía evocar era que, cuando cierta muchacha jugaba al tenis, en su labio superior se formaba un ligero vello de sudor. De todas maneras, existía un vago compromiso que tenía que romper con tacto, antes de recobrar mi libertad.

Todos creemos que, como mínimo, poseemos una virtud capital; la mía es esta: soy una de las pocas personas honradas que conocí.

Capítulo IV

El domingo por la mañana, mientras las campanas de las iglesias repicaban en las aldeas costeras, el mundo distinguido entraba en casa de Gatsby. La elegante concurrencia alternaba bulliciosamente.

—Es un contrabandista de alcohol —decían las jovencitas, yendo de un lado a otro, entre sus cócteles y sus flores—. Una vez mató a un hombre que se enteró de que era sobrino de Von Hindenburg, y primo segundo del diablo. Dame una rosa, encanto, y échame una última gota en la copa.

Una vez escribí en los espacios vacíos de una guía de ferrocarriles los nombres de los que, aquel verano, estuvieron en casa de Gatsby. Ahora es ya una guía atrasada, rota por todos lados, en la que se lee: «Este horario tiene efecto a partir del día 5 de julio de 1922»; no obstante, quedan bien claros los grises nombres que, más expresivamente que mis generalizaciones, pueden dar idea de quiénes aceptaron la hospitalidad de Gatsby, pagándole el sutil tributo de no saber absolutamente nada de su persona.

Pues bien, de East Egg estuvieron los Chester Becker, los Leech, y un chico llamado Bunsen, a quien conocí en Yale; el doctor Webster Civeaux, que el verano pasado se ahogó en Maine. Los Hornbeam, los Willie Voltaire y una familia completa, la de los Blackbuck, que siempre se reunían en un rincón y arrugaban la nariz como las cabras, a cualquiera que se les acercara. Los Ismay y los Chrystie (estaría mejor decir Hubert Auerbach y la mujer del señor Chrystie), y Edgar Beaver cuyos cabellos dicen que se volvieron blancos como el algodón, sin ningún motivo, una tarde de invierno.

Por lo que puedo recordar, Clarence Endive era también de East Egg. Sólo acudió una vez, luciendo blancos pantalones de golf, y se peleó en el jardín con un sinvergüenza llamado Ety. De otros puntos de la isla vinieron los Cheadle, los O. R. P. Schraeder y los Stonewall Jackson Abrams de Georgia, además de los Fishguard y los

Ripley Snell. Snell estuvo ahí tres días antes de ir a parar a la cárcel, tan borracho que llegó al extremo de tolerar que el coche de la señora Ulysses Swett le pasara por encima de la mano derecha. También estuvieron los Dancie y S. B. Whitebait, que tenía más de sesenta años, Maurice A. Flink, los Hammerhead, y Beluga, el importador de tabaco, acompañado de sus hijas.

West Egg estuvo representado por los Pole, los Mulready, Cecil Roebuck, Cecil Schoen, Gulick, el senador del Estado, Newton Orchid, que controlaba Films Par Excellence, Eckhaust, Clyde Cohen, Don S. Schwartz (hijo), y Arthur McCarty, relacionados todos, en una u otra forma, con el cine. Por otro lado, los Catlip, los Bemberg, y G. Earl Muldoon, hermano del que más tarde estranguló a su mujer. Da Fontano el promotor, Ed Legros, James B., alias *Rot-Gut*, Ferret, los De Jong y Ernest Lilly iban a jugar, y cuando Ferret se paseaba por el jardín significaba que se había quedado sin un centavo y que, al próximo día, las acciones de la Associated Traction fluctuarían ventajosamente.

Un hombre llamado Klipspringer iba tan seguido, que se lo conocía como el «pupilo». No creo que tuviera casa. El ramo teatral asistía en las personas de Gus Waize, Horace O'Donovan, Lester Myer, George Duckweed y Francis Bulla. Entre los de Nueva York se contaban los Chrome, los Blackhysson, los Dennicker, Russel Bety, los Corrigan y los Kelleher, los Dewer, los Scully, S. W. Belcher, los Smirke, los jóvenes Quinn, actualmente divorciados, y Henry L. Palmetto, que se suicidó tirándose a las vías del subte en Times Square.

Benny McClenahan llegaba siempre con cuatro chicas. Nunca eran las mismas, pero se parecían tanto entre sí que, inevitablemente, daban la impresión de haber estado ya otras veces ahí. Olvidé sus nombres, aunque me parece que se llamaban Jaqueline, o Consuelo, Gloria, Judy o June, y sus apellidos eran melodiosos nombres de flores y de meses, o bien los más duros de los grandes capitalistas americanos, de los cuales declaraban ser primas cuando alguien se empeñaba en saberlo.

Además de todos estos, recuerdo a Faustina O'Brien, que vino por lo menos una vez; las chicas Baedeker, el joven Brewer, a quien le arrancaron la nariz en la guerra; el señor Albrucksburger y la señorita Hagg, su prometida; Ardita Fitz-Peters, el señor P. Jewett, en otro tiempo jefe de la American Legion, y la señorita Claudia Hip, acompañada de un hombre del cual se decía que era su chofer y príncipe de alguna parte, y a quien llamábamos Duke; su verdadero nombre, si es que alguna vez lo supe, me lo olvidé.

Toda esa gente iba a casa de Gatsby durante el verano.

A las nueve, una mañana a fines de julio, el soberbio coche de Gatsby se deslizó por la rocosa pendiente hasta mi puerta y dejó escapar por su claxon de tres notas un chorro de melodía. Era la primera vez que me visitaba, si bien yo había estado en dos

de sus fiestas, me había subido a su hidroavión y, ante sus reiteradas invitaciones, había usado frecuentemente su playa.

—Buenos días, camarada. Hoy almorzarás conmigo... Pensé que podríamos salir juntos.

Se balanceaba sobre el guardabarros de su coche con la ligereza de movimientos tan peculiarmente americana —que proviene, supongo, de la ausencia de trabajos pesados en la juventud— y, sobre todo, con la ceremoniosa gracia de nuestros nerviosos, aunque esporádicos juegos. Esta cualidad asomaba continuamente a través de sus solemnes modales bajo la forma de inquietud. Nunca estaba del todo quieto; siempre había un pie que golpeaba, o una mano que se abría y se cerraba impacientemente.

Me vio contemplar, con prolongada admiración, su auto.

—Lindo, ¿no? —Se bajó para que lo viera mejor—. ¿No lo habías visto antes?

Sí lo había visto; todo el mundo lo había visto. Era de color crema oscuro, con brillantes piezas niqueladas, inflado acá y allá en sus monstruosas dimensiones, con triunfantes sombrereras, cestas de fiambres, cajas de herramientas y plataformas que reflejaban en un laberinto de parabrisas una docena de soles. Sentados debajo de muchas capas de cristal, en una especie de invernadero de cuero verde, nos dirigimos a la ciudad.

Durante el último mes quizás había hablado con él media docena de veces y, con gran desilusión, advertí que tenía poco que decir. Así que mi primera impresión de que se trataba de una persona de indefinida importancia se desvaneció gradualmente para convertirse, simplemente, en el propietario del suntuoso palacio de al lado de mi casa.

Y entonces tuvo lugar aquel desconcertante viaje. No habíamos llegado aún a West Egg cuando Gatsby empezó a dejar inconclusas sus elegantes frases y a golpearse la rodilla con aire vacilante.

—Oye... —empezó inesperadamente—: ¿qué opinas de mí?

Un poco azorado, recurrí a los banales subterfugios que la pregunta merecía.

—Bien, voy a contarte algo sobre mi vida —me interrumpió—. No quiero que por las historias que lleguen a tus oídos te hagas una idea equivocada...

¡Así que estaba al tanto de las estrafalarias acusaciones que condimentaban las conversaciones en sus salones!

—Te juro por Dios que voy a decir la verdad. —Su mano derecha, extendida, contribuyó a solemnizar su juramento—. Soy hijo de una familia rica del Medio Oeste, actualmente extinguida. Nací en Estados Unidos, pero me eduqué en Oxford, porque durante varias generaciones mis antepasados se educaron ahí. Es una tradición familiar...

Me miró de reojo y entendí por qué Jordan Baker pensaba que mentía. Dijo la frase «educado en Oxford» rápido como si se la tragara o bebiera, como si antes le hubiera molestado. Y ante esta vacilación, su afirmación se esfumó. Me pregunté si, en el fondo, no latía algo siniestro en torno suyo.

—¿De qué parte del Medio Oeste? —pregunté despreocupadamente.

—San Francisco.

—Ahá.

—Toda mi familia murió, y heredé mucho dinero.

Su voz tenía un tono solemne, como si aún le obsesionara el recuerdo de la súbita extinción de una tribu. Sospeché, por un instante, que me tomaba el pelo; sin embargo, una mirada me bastó para ver que no era así.

—Más tarde viví en todas las capitales extranjeras como un joven rajá... París, Venecia, Roma, coleccionando joyas, principalmente rubíes, dedicado a la caza mayor, pintando para mí, e intentando olvidar algo muy trágico que me pasó hace mucho tiempo.

Con un gran esfuerzo logré contener mi incrédula risa. Esas frases estaban tan gastadas, tan raídas, que no evocaban ninguna imagen, excepto la de un tipo con turbante, derramando serrín por todos los poros mientras perseguía a un tigre por el Bois de Boulogne.

—Entonces vino la guerra, camarada. Fue un gran alivio; hice todo lo posible por encontrar la muerte, pero se hubiera dicho que estaba hechizado. Acepté una misión como primer teniente. En el bosque de Argonne llevé al resto de mi batallón de ametralladoras tan adelante, que dejamos, a ambos lados, un hueco de media milla que la infantería no podía franquear. Ahí nos quedamos durante dos días y dos noches, ciento veinte hombres con dieciséis ametralladoras Lewis, y cuando, por fin, pudo llegar la infantería, encontré los estandartes de tres Divisiones alemanas entre los montones de muertos. Me ascendieron a mayor; todos los gobiernos aliados me condecoraron, incluso Montenegro, ¡el pequeño Montenegro, enclavado en el mar Adriático!

¡El pequeño Montenegro! Destacó las palabras y se inclinó ante ellas con una sonrisa. La sonrisa comprendía la inquieta historia de Montenegro, simpatizando con las duras luchas de los montenegrinos. Apreciaba ampliamente la cadena de circunstancias internacionales que atrajo este tributo del ardiente corazoncito de Montenegro. Mi incredulidad se había convertido en fascinación: aquello era semejante a hojear apresuradamente una docena de revistas.

Buscó en su bolsillo una pieza de metal que colgaba de una cinta, y la depositó en mi mano:

—Esta es la de Montenegro.

Con profundo asombro, pude ver que el objeto tenía todas las apariencias de ser auténtico: «Orderi de Danilo», decía la inscripción circular. «Montenegro, Nicolas Rex».

—Dala vuelta.

—«Mayor Jay Gatsby» —leí—. «Por su extraordinario valor».

—Mira, acá hay otra cosa que siempre llevo encima. Un recuerdo de los días de Oxford. La sacaron en Trinity Quad; ese de mi izquierda es ahora el conde de Doncaster.

En la fotografía había una docena de muchachos, con chaquetas de franela, colocados junto a una arcada, a través de la cual se veía una multitud de campanarios. Gatsby estaba ahí. Un Gatsby un poco más joven, no mucho, con un palo de cricket en las manos.

Todo era verdad. Vi pieles de tigre llameando en su palacio del Gran Canal, lo vi abriendo un cofre de rubíes para calmar, con sus transparencias de color carmesí, la tortura de su destrozado corazón.

—Hoy te voy a pedir un favor muy grande

—dijo, guardándose sus recuerdos con aire satisfecho—. Por eso creí que tenías que saber algo de mí. No quería que me creyeses un don nadie... Verás; por lo general, he vivido siempre entre extraños porque voy de un lado a otro, procurando olvidar la tragedia que me sucedió. —Vaciló—. Esta tarde lo sabrás.

—¿A la hora de almorzar?

—No, esta tarde. Me enteré de que piensas ir a tomar el té con la señorita Baker.

—¿Insinúas que estás enamorado de la señorita Baker?

—¡No, no, nada de eso! Sin embargo, la señorita Baker tuvo la amabilidad de acceder a hablarte del asunto.

No tenía la más leve idea de lo que pudiera ser el «asunto», pero me sentía más molesto que interesado. No le pedí a Jordan que fuésemos a tomar el té juntos para hablar del señor Gatsby. Tenía la seguridad de que la petición sería algo tremendamente fantástico, y por un momento, lamenté haber puesto los pies en su superpoblado césped.

No dijo ni una palabra más, y al acercarnos a la ciudad, su ceremoniosidad aumentó. Pasamos Port Roosevelt, desde donde vimos los transatlánticos de fajón rojo, que zarpaban con lentitud; nos apresuramos por barrios bajos, de empedrado, guarnecidos con las oscuras y concurridas tabernas del apagado oropel de 1900. Después se abrió, a ambos lados, el valle de las cenizas, y al pasar pude ver a la señora Wilson manejando la bomba del garaje con jadeante vitalidad. Con los guardabarros abiertos, semejantes a alas, derramamos luz por medio Astoria; sólo medio porque cuando nos encaramábamos por el pilar de la meseta se dejó oír el familiar «chuck chuck» de una motocicleta, y un frenético policía apareció a nuestro lado.

—Está bien, camarada. Disminuiremos la velocidad —dijo Gatsby, sacando de la billetera una tarjeta blanca que agitó ante los ojos del funcionario.

—Bien, señor —cedió el policía, tocándose la gorra—. La próxima vez ya lo reconoceré, señor Gatsby, disculpe.

—¿Qué era eso? ¿La foto de Oxford?

—En una ocasión le hice un favor al comisario, y cada año, para Navidad, me manda una tarjeta.

Cruzamos el gran puente, bajo un radiante sol que lanzaba sus alegres rayos sobre los coches y sobre la ciudad, enorme montón de terrones de azúcar que se yergue, blanco y altivo, por encima del río. Desde el puente Queensbord, la ciudad se ofrece por primera vez a la vista como una promesa de toda la belleza y de todo el misterio del mundo.

Nos cruzamos con un muerto conducido en un coche cargado de flores, y seguido por dos vehículos con las persianas bajas, que, a su vez, precedían a otros coches más alegres, para los amigos. Nos miraron con sus trágicas pupilas que, como sus delgados labios superiores, delataban que eran oriundos del sudeste de Europa, y me enorgullecí de que la vista del espléndido coche de Gatsby quedara incluida en su sombrío acontecimiento. Al pasar por Blackwell's Island, me fijé en una limosina conducida por un chofer blanco, en la que estaban sentados tres elegantes negros: dos hombres y una chica. Me puse a reír ruidosamente mientras nos miraban con altiva rivalidad.

«Ahora que hemos pasado el puente —pensé—, puede pasar cualquier cosa...»

Incluso a Gatsby podía ocurrirle algo sin que hubiera motivos de asombrarse demasiado.

Era mediodía. Me reuní con Gatsby para almorzar. En una bodega bien ventilada de la calle Cuarenta y dos. Aturdido por el contraste entre la oscuridad del lugar y la luz de la calle, lo descubrí dificultosamente en la antesala, hablando con otro.

—Señor Carraway, mi amigo, el señor Wolf-sheim.

Un judío bajito y chato levantó su enorme cabeza y me miró, agitando dos magníficas matas de pelo que brotaban de sus fosas nasales; al cabo de un instante, descubrí, en la semioscuridad, sus ojitos.

—Así que lo miré —dijo señor Wolfsheim, estrechándome la mano fuertemente—, ¿y qué le parece que hice?

—¿Qué? —pregunté cortésmente.

Con toda evidencia no se dirigía a mí, puesto que dejó caer mi mano y apuntó a Gatsby con su expresiva nariz.

—Entregué el dinero a Katspaugh y le dije: «Bueno, Katspaugh, no le pagué un centavo hasta que cierre el pico». Y lo cerró ahí enseguida.

Gatsby nos agarró a ambos del brazo, y nos dirigimos al restaurante; el señor Wolfsheim se tragó una frase que había empezado, entregándose a una sonámbula abstracción.

—¿Albóndigas? —inquirió el *maître*.

—Es un buen restaurante —dijo el señor Wolfsheim, contemplando las ninfas presbiterianas del techo—, aunque a mí me gusta más el de la acera de enfrente.

—Sí, albóndigas —asintió Gatsby; dirigiéndose a Wolfsheim, añadió—: Ahí hace demasiado calor.

—Sí, hace calor y es pequeño, pero está lleno de recuerdos.

—¿Cómo se llama aquel local? —pregunté.

—El viejo Metropole.

—¡El viejo Metropole! —musitó tristemente el señor Wolfsheim—, lleno de rostros de muertos y desaparecidos, lleno de amigos para siempre idos... Mientras viva no me voy a olvidar de la noche en que mataron a Rosy Rosenthal... En la mesa éramos seis. Rosy no había parado de comer y de beber durante toda la noche. Cuando empezaba a amanecer, el camarero se le acercó mirándole extrañamente y dijo que alguien quería hablarle afuera. «Está bien», dijo Rosy, y empezó a levantarse; pero yo lo obligué a sentarse de nuevo. «Deja que esos bastardos —le dije— entren si quieren algo, pero hazme caso, y no salgas de aquí...» Eran las cuatro de la madrugada; si hubiéramos levantado las persianas habríamos visto la luz del día.

—¿Y se marchó? —pregunté, inocentemente.

—Claro que sí —la nariz del señor Wolfsheim se volvió, indignada—. Al llegar a la puerta dio una vuelta en redondo y nos dijo: «¡No dejen que el camarero se lleve mi café...!» Entonces salió a la calle, le metieron tres tiros en la barriga y se largaron...

—Cuatro de ellos fueron electrocutados... —murmuré haciendo memoria.

—Con Becker, cinco. —Sus fosas nasales me encañonaron—. Tengo entendido que busca usted *guelaciones* para meterse en asuntos de negocios...

La yuxtaposición de estas observaciones fue sorprendente. Gatsby contestó por mí:

—¡No, no...!, no es este.

—¿No...? —El señor Wolfsheim pareció decepcionado.

—Sólo es un amigo... Ya le dije que hablaremos de aquel asunto en cualquier otro momento.

—Perdóneme —se disculpó el señor Wolf-sheim—, sufrí una confusión.

Hizo su aparición un succulento picadillo, y el señor Wolfsheim, olvidando el ambiente más sentimental del viejo Metropole, se lanzó a comer con feroz delicadeza. Sus ojos, entretanto, recorrían lentamente la habitación; un vez completo el arco, se dedicó a inspeccionar a la gente que teníamos a nuestra espalda. Creo que, de no haberlo retenido mi presencia, hubiera dado una ojeada debajo de nuestra propia mesa.

—Oye, camarada —dijo Gatsby, inclinándose hacia mí—. Creo que esta mañana en el coche te hice enojar.

Aparecía de nuevo aquella sonrisa, pero esta vez lo resistí.

—No me gustan los misterios —dije—. No entiendo por qué no hablas claro y me dices lo que pretendes. ¿Por qué tienen que salir las cosas por mediación de la señorita Baker?

—¡Oh, no es nada clandestino! —me aseguró—. La señorita Baker, como sabes, es una gran deportista, e incapaz de hacer nada que no estuviera bien.

De golpe miró el reloj, se puso de pie de un salto y salió, dejándome en la mesa con el señor Wolfsheim.

—Tiene que llamar por teléfono —explicó el señor Wolfsheim, siguiéndolo con la mirada—. ¡Un gran tipo!, ¿no? Buena facha y un perfecto caballero.

—Sí.

—Estuvo en *Oggsford*.

—¡Oh!

—En la Universidad de *Oggsford*, en Inglaterra. ¿Conoce la Universidad de *Oggsford*?

—Escuché hablar de ella.

—Es una de las más famosas del mundo.

—¿Hace tiempo que conoce a Gatsby? —le pregunté.

—Varios años —contestó, satisfecho—. Tuve el gusto de conocerlo poco después de la guerra. Y a la hora de hablar con él, me di cuenta de que había dado con un hombre de buena educación. Me dije: «Es de la clase de hombres que te gustaría llevar a casa y presentar a tu madre y a tu hermana». —Hizo una pausa—. Veo que contempla mis gemelos.

No los había mirado aún, pero entonces me fijé en ellos. Estaban hechos de trozos de marfil, extrañamente familiares.

—Los mejores ejemplares de molares humanos —me informó.

—¡Vaya! —Volví a mirarlos—. Es una idea muy interesante.

—Sí —ocultó los puños de la camisa en las mangas de la chaqueta—. Sí, Gatsby es muy cuidadoso con las mujeres; no se atrevería a mirar a la esposa de un amigo.

Cuando el objeto de esta instintiva confianza regresó a la mesa y se sentó, el señor Wolfsheim se bebió el café de un trago, poniéndose de pie.

—Disfruté de mi almuerzo y me largo, muchachos, antes de hacerme pesado.

—No se apresure, Meyer —dijo Gatsby, sin el menor entusiasmo.

Wolfsheim levantó la mano en una especie de bendición.

—Es usted sumamente amable, pero pertenezco a otra generación —nos comunicó solemnemente—. Ustedes se quedan a discutir de deportes, de chicas y... —con otro

gesto de la mano suministró un imaginario nombre—. Por lo que a mí se refiere, tengo cincuenta años y no quiero abusar más.

Mientras estrechaba mi mano, su trágica nariz temblaba. Me pregunté si podía haber dicho algo capaz de ofenderlo.

—A veces se pone muy sentimental —explicó Gatsby—. El de hoy es uno de sus días sentimentales. En Nueva York es un personaje..., un ciudadano de Broadway.

—¿Y qué hace? ¿Es actor?

—No.

—¿Dentista?

—¿Meyer Wolfsheim? No, es jugador profesional. —Gatsby vaciló, añadiendo luego fríamente—: Es el sujeto que arregló la Serie Mundial en 1919.

—¿Que arregló la Serie Mundial? —repetí.

La simple idea me hizo tambalear. Claro que me acordaba de que la Serie Mundial había sido arreglada en 1919, aunque si hubiese llegado a pensarlo a fondo hubiese creído que era algo necesario, el final de una inevitable cadena. Jamás se me habría ocurrido que un hombre fuera capaz de jugar con la buena fe de cincuenta millones de personas, con la sencillez de un ladrón volando una caja fuerte.

—¿Cómo pudo hacerlo? —pregunté, al cabo de un minuto.

—Vio la oportunidad.

—¿Y por qué no está preso?

—No pueden agarrarlo, camarada; es un tipo listo.

Insistí en pagar la cuenta, y en el momento en que el camarero me traía el cambio, vi a Tom Buchanan al otro lado del atestado recinto.

—Ven conmigo —le dije a Gatsby—. Tengo que saludar a un amigo.

Al vernos, Tom se puso de pie de un salto, dando unos pasos en nuestra dirección.

—¿Dónde te metiste? —preguntó vehementemente—. Daisy está furiosa porque no volviste a venir.

—Señor Gatsby, señor Buchanan.

Se dieron la mano brevemente; una insólita expresión de tensa incomodidad apareció en el rostro de Gatsby.

—De todas maneras, ¿puedes decirme dónde estuviste? —insistió Tom—. ¿Por qué diablos viajaste tanto para almorzar?

—Almorcé con el señor Gatsby.

Me di vuelta hacia el que acababa de mencionar, pero había desaparecido.

»—Un día de octubre de 1917... —dijo Jordan Baker aquella tarde, sentada muy tiesa en una silla en el *tea-garden* del Hotel Plaza— estaba caminando de un lugar a otro, la mitad por las veredas, la mitad por el césped. Prefería ir por el césped porque tenía puestos zapatos ingleses, con taquitos de goma en las suelas, que se hundían en

la blanda tierra. También llevaba una falda nueva, escocesa, que revoloteaba al viento, y cuando esto ocurría, las banderas rojo-blanco-azules que ondeaban en lo alto de las casas se estiraban muy tiesas y decían “tu-tu, tu-tu”, con un sonido de desaprobación.

»La bandera más grande y el mayor trozo de césped pertenecían a la casa de Daisy Fay. Acababa de cumplir dieciocho años, dos más que yo, y era la más popular de todas las muchachitas de Louisville. Siempre vestía de blanco, tenía un pequeño Roadster blanco, y en su casa sonaba todo el día el teléfono; excitados oficialitos de Camp Taylor le pedían el privilegio de monopolizarla aquella noche: “al menos una hora...”.

»Cuando llegué frente a su casa, su Roadster blanco estaba junto a la acera; ella estaba sentada con un teniente al que yo nunca había visto. Estaban tan absortos el uno en el otro, que Daisy no me vio hasta que estuve a metro y medio de distancia.

»—Oye, Jordan —me llamó, inesperadamente—. Haz el favor de venir.

»Me sentí halagada de que quisiera hablarme, porque de todas las chicas mayores era ella a quien más admiraba. Me preguntó si iba a la Cruz Roja a hacer vendas. Sí. ¿Podría decirles que ella no iría? Mientras hablaba, el oficial la miraba de la forma en que toda chica sueña que alguna vez la miren. Me pareció un incidente tan romántico que no lo he olvidado. Aquel oficial se llamaba Jay Gatsby, y pasaron más de cuatro años sin que volviese a verlo. Incluso después de encontrarlo en Long Island no supe darme cuenta de que era la misma persona.

»Eso pasó en 1917. Al año siguiente, yo tenía unos cuantos pretendientes, y empecé a participar en torneos, de modo que veía poco a Daisy. Me enteré de que iba con una pandilla poco mayor, si iba con alguien. Corrían exagerados rumores sobre ella; se decía que una noche de invierno su madre la encontró preparando la valija para irse a Nueva York a despedir a un militar que se iba a ultramar; se pudo impedir que lo hiciera, pero durante varias semanas no le dirigió la palabra a su familia. Ya no se dedicó más a los militares, sino a chicos de pies planos, cortos de vista, que no eran admitidos en el ejército.

»Al otoño siguiente, volvió a estar alegre, tan alegre como siempre. Se presentó en sociedad después del armisticio, y en febrero se dijo que estaba comprometida con un chico de Nueva Orleans. En junio se casó con Tom Buchanan, de Chicago, con más pompa y solemnidad de lo que Louisville había conocido hasta entonces. Tom llegó con cien personas, en cuatro coches particulares, alquilando un piso entero del hotel; y el día antes de la boda le regaló a su novia un collar de perlas valorado en trescientos cincuenta mil dólares. Yo fui dama de honor; media hora antes de la cena de esponsales entré en su cuarto; la encontré tendida en la cama, tan bonita, en su traje estampado, como la noche de junio, y más borracha que una cuba. Tenía una botella de Sauternes en una mano y una carta en la otra.

»—Felicítame —balbució—. Nunca había bebido, pero, ¡oh!, ¡cómo me gusta...!

»—¿Qué te pasa, Daisy?

»Estaba espantada, te lo digo; nunca había visto a una chica en semejante estado.

»—Toma, monina. —Hurgó en un cesto de papeles que tenía encima de la cama, sacando la sarta de perlas—. Llévalas abajo y devuélveselas a su dueño. Diles a todos que *Daihy caambió de pareher*. Diles: “¡*Daihy caambió de pareher!*”

»Se puso a llorar; lloró y lloró. Me precipité fuera del cuarto, y encontré a la criada de su madre. Cerramos la puerta con llave y, tomando a Daisy por sorpresa, la metimos bajo la ducha fría. No quería soltar la carta; se la llevó al baño, estrujándola en una pelota, y sólo me permitió quitársela cuando vio que se deshacía como la nieve. Sin embargo, no dijo ni una palabra más. Le dimos amoniaco, le pusimos hielo en la frente, la vestimos de nuevo, y, media hora más tarde, cuando salíamos de la habitación, las perlas estaban alrededor de su cuello y el incidente había terminado. A las cinco de la tarde del día siguiente se casó con Tom Buchanan, sin estremecerse. Se fueron en un viaje de tres meses por los mares del Sur.

»A su regreso, los encontré en Santa Bárbara y pensé que jamás había visto una chica tan locamente enamorada de su marido. Si por un instante salía de la habitación, ella miraba, inquieta, a su alrededor, diciendo: “¿Adónde ha ido Tom?”, y hasta verlo aparecer por la puerta, su rostro expresaba una intensa desolación. Solía sentarse horas enteras en la playa, con la cabeza de su marido en las rodillas, pasándole los dedos por los párpados y contemplándolo con insondable placer. Verlos juntos era conmovedor, hacía reír de un modo encantador, secreto. Eso fue en agosto. Un mes después de haberme ido de Santa Bárbara, Tom chocó, una noche, con una carreta, en la carretera de Ventura, y destrozó la rueda delantera de su coche. También salió en el diario la chica que lo acompañaba, porque se rompió un brazo: era una de las empleadas del hotel de Santa Bárbara.

»Daisy tuvo su niñita al siguiente abril; durante un año estuvieron en Francia. Los vi una primavera en Cannes, más tarde en Deauville, después se instalaron en Chicago. Como sabes, Daisy era muy popular en Chicago. Iban con una pandilla muy descocada, todos jóvenes, ricos y desenfrenados; sin embargo, ella continuaba teniendo una reputación perfecta. Quizá porque no bebe. Entre gente que bebe mucho, no beber es una ventaja. Se puede contener la lengua, y además, es posible calcular cualquier pequeña irregularidad particular de forma que los demás están tan ciegos que no la ven o no les importa. Acaso Daisy jamás se ha entregado al amor... No obstante, hay algo en su voz... Bueno, hace unas seis semanas escuchó el nombre de Gatsby por primera vez en muchos años; fue cuando te pregunté, ¿te acuerdas?, si conocías a un Gatsby que vive en West Egg. Después de que te fuiste, subió a mi cuarto, me despertó y dijo: “¿Qué Gatsby...?” Al describírselo, yo estaba medio dormida, pero me di cuenta de que su voz era muy rara cuando dijo que debía ser el

que ella había conocido... Hasta entonces no relacioné a este Gatsby con el oficialito que años antes viera en el coche blanco.

Cuando Jordan Baker terminó de contarme todo esto, hacía media hora que habíamos salido del Plaza e íbamos en una victoria, paseando por Central Park. El sol se había puesto ya detrás de los altos picos de las estrellas cinematográficas en los West Fifties, y las claras voces de los chiquillos, reunidos como grillos en el césped, se elevó en el cálido crepúsculo:

*Soy el Caíd de Arabia
Tu amor me pertenece.
Por la noche, mientras duermas,
Me deslizaré en tu tienda...*

—Fue una extraña coincidencia —dije.

—¡No fue coincidencia!

—¿Cómo?

—Gatsby compró la casa para tener a Daisy al otro lado de la bahía.

¡Entonces no fue solamente a las estrellas a lo que aspirara en aquella noche de junio! Ahora lo veía lleno de vida, súbitamente nacido de las entrañas de su inexplicable esplendor.

—Quiere saber —prosiguió Jordan— si querrías invitar a Daisy a tu casa, una tarde, y dejar que él vaya también.

Me sorprendió la modestia de la petición. ¡Esperó cinco años y compró un palacio donde ofrecía el resplandor de las estrellas a indiferentes polillas, para poder pasar una tarde en el jardín de un desconocido...!

—¿Era necesario que me enterase de todo esto antes de pedir una cosa tan pequeña?

—¡Tiene miedo! ¡Esperó tanto! Pensó que te ibas a ofender. En el fondo es un tipo de una pieza.

Me preocupó una cosa:

—¿Y por qué no te pidió que preparases una entrevista?

—Quiere que ella vea su casa —explicó— y la tuya está de por medio.

—¡Oh!

—Creo que, en cierta forma, confiaba en que, una noche, ella fuese a una de sus fiestas —siguió diciendo Jordan—, pero nunca lo hizo... Entonces empezó a preguntarle a la gente, así, indiferentemente, si la conocían; yo fui la primera que encontró. Ocurrió la noche en que me mandó a buscar en el baile..., tendrías que

haber escuchado la complicada manera en que me lo preguntó. Le sugerí, como es natural, un almuerzo en Nueva York, y pensé que me pegaba... «¡No quiero nada incorrecto! —repetía—. Quiero verla al lado de casa». Cuando le dije que eres amigo particular de Tom, se dispuso a abandonar la partida. No sabe gran cosa de Tom, aunque dice que hace años que lee un diario de Chicago con la sola esperanza de encontrar alguna vez el nombre de Daisy.

Había oscurecido, y mientras nos deslizábamos bajo un pequeño puente, pasé mi brazo en torno a la bronceada espalda de Jordan, la atraje hacia mí y la invité a cenar. De repente, no pensé ya en Daisy y en Gatsby, sino en aquella recatada, arisca y limitada personita que repartía un escepticismo universal y se apoyaba garbosamente en el círculo de mi abrazo. En mis oídos empezó a latir una frase, con una especie de impetuosa excitación: «Sólo existen los perseguidos, los perseguidores, los ocupados y los ociosos...»

—Y Daisy debería tener algo en su vida —murmuró.

—¿Quiere ver a Gatsby?

—No lo tiene que saber. Gatsby no quiere que lo sepa. Sólo tienes que decirle que la invitas a tomar el té.

Pasamos una barrera de oscuros árboles y la fachada de la calle Cincuenta y nueve. Un bosque de pálida y delicada luz resplandeció en el parque. Al contrario que Gatsby y que Tom Buchanan, yo no tenía ninguna muchacha cuyo disperso rostro flotara entre las oscuras cornisas y las cegadoras señales, así es que atraje hacia mí a la chica que tenía a mi lado, ciñéndola fuertemente entre mis brazos. Sonrió su irónica y atractiva boca, y la atraje más aún, junto a mi rostro.

Capítulo V

Esa noche, cuando volví a West Egg, temí por un momento que se estuviera quemando mi casa. Eran las dos de la mañana; todo ese ángulo de la península aparecía llameante de luz que caía, desconcertante, sobre los matorrales, produciendo sutiles y alargados destellos sobre los alambres de la carretera. Al dar la vuelta a un recodo, advertí que el origen del fenómeno era la casa de Gatsby, iluminada de la torre a los sótanos.

Se me ocurrió que se trataba de otra fiesta, una turbulenta pandilla de jueguistas jugando al «escondite» o a la «sardina», con la casa abierta de par en par; pero no se escuchaba el menor ruido. En la arboleda, sólo gemía el viento que hacía oscilar los alambres, encendiendo y apagando las luces, como si la casa guiñara los ojos en la oscuridad. Cuando mi taxi se alejó, gruñendo, por la carretera, vi a Gatsby que cruzaba el césped en mi dirección.

—Tu casa parece la Exposición Universal —le dije.

—Ah..., ¿sí? —Volvió la vista hacia su casa, distraídamente—. Le estuve echando un vistazo a algunas habitaciones. Camarada, vámonos a Coney Island, en mi coche...

—Es demasiado tarde.

—¿Y si nos damos un chapuzón en la pileta? No la usé en todo el verano.

—Tengo que irme a la cama.

—Está bien.

Esperó, sin dejar de mirarme con contenida vehemencia.

—Estuve hablando con la señorita Baker —dije, al cabo de unos minutos—. Mañana voy a llamar a Daisy y la voy a invitar a tomar el té.

—¡Magnífico...! —exclamó, descuidadamente—. No quisiera ocasionarte una molestia.

—¿Qué día te parece mejor?

—¿Qué día te parece mejor? —me corrigió rápidamente—. Verás..., te repito que no quisiera causarte molestias.

—¿Qué te parece pasado mañana?

Lo pensó un momento.

—Quiero cortar el pasto —opuso, de mala gana.

Ambos miramos al césped: se advertía una aguda línea donde terminaba mi desigual parterre y empezaba la más oscura y bien cuidada extensión del suyo. Sospeché que aludía a mi césped.

—Hay otra cosa... —dijo, titubeando.

—¿Preferirías aplazarlo unos días?

—¡No!, no es eso..., por lo menos... —comenzó una serie de frases—. Verás..., yo creí... Verás... Oye, camarada: tú no haces mucho dinero, ¿verdad?

—No, no mucho.

Esto pareció tranquilizarlo, y continuó, con más confianza:

—Pensé que si no hacías... Esto si perdonas mi... Verás, yo tengo otro negocio, una especie de actividad extra..., ¿comprendes? Y pensé que si no hacías mucho dinero... Vendes acciones, ¿verdad, camarada?

—Lo intento.

—Pues eso te interesaría. No te ocuparía mucho tiempo, y te harías con una bonita suma. Es una cosa más o menos confidencial...

Ahora me doy cuenta de que aquella conversación, en otras circunstancias, hubiera sido una de las soluciones de mi vida, pero dado que la oferta fue hecha sin el menor tacto, como compensación por un favor, no tuve otra alternativa que cortarla en seco.

—Tengo las manos ocupadas —le dije—. Te lo agradezco mucho, pero no puedo aceptar más trabajo.

—No tendrías que tratar con Meyer Wolfsheim —evidentemente, pensaba que eludía la *guelación* mencionada en el almuerzo, pero le aseguré que estaba en un error. Esperó un poco más, confiado en que yo iniciaría una conversación, pero me sentía demasiado preocupado para mostrarme comprensivo. Finalmente se fue, de mala gana, a su casa.

La noche me había aturdido y me había llenado de alegría. Creo que en cuanto crucé el umbral de mi casa, me quedé dormido. Así que no sé si Gatsby llegó a ir a Coney Island, ni cuántas horas estuvo dando vistazos a las habitaciones, en tanto que su mansión resplandecía llamativamente. A la mañana siguiente, desde la oficina, llamé a Daisy, para invitarla a tomar el té.

—No traigas a Tom —le advertí.

—¿Qué?

—Que no traigas a Tom.

—¿Quién es Tom? —preguntó ella inocentemente.

El día convenido amaneció diluviando. A las once de la mañana, un hombre cubierto con un impermeable y arrastrando una cortadora de pasto llamó a la puerta y me dijo que el señor Gatsby lo mandaba a cortar el césped. Eso me recordó que había olvidado decirle a la finlandesa que volviera, de manera que me fui a West Egg, buscándola entre empapados y encalados callejones, y aprovechando, luego, para comprar tazas, limones y flores. Las flores resultaron innecesarias, a las dos llegó un invernadero de la casa de Gatsby con innumerables jarrones donde ponerlas. Una hora más tarde la puerta se abrió nerviosamente y Gatsby, vestido de franela blanca, camisa plateada y corbata dorada, se apresuró a entrar. Estaba pálido, y tenía oscuras muestras de insomnio detrás de sus ojos.

—¿Todo va bien?

—El pasto quedó magníficamente bien... si es eso a lo que te refieres.

—¿Qué pasto? —preguntó, desconcertado—. ¡Ah, el pasto del jardín!

Se acercó a la ventana para mirarlo, pero, a juzgar por la expresión de su rostro, tuve la impresión de que no vio nada.

—Queda bien —observó vagamente—. Uno de los diarios dice que se cree que a eso de las cuatro va a parar de llover. Creo que es *The Journal*. ¿Tienes todo preparado para el té?

Lo llevé a la despensa, donde miró a la finlandesa con una leve expresión de disgusto. Examinamos los doce pastelillos de limón que traje de la pastelería.

—¿Te parece que le gustarán?

—Claro..., claro... Son estupendos —y añadió, apagadamente—, camarada...

Alrededor de las tres y media la lluvia paró, convirtiéndose en una húmeda niebla a través de la cual flotaban infinidad de gotas parecidas al rocío. Gatsby miró, con pupilas vacías, un ejemplar de *Economics*, de Clay, estremeciéndose al oír las pisadas de la finlandesa en la cocina, y contemplando, de vez en cuando, las llorosas ventanas, como si una serie de acontecimientos alarmantes e invisibles estuvieran ocurriendo en el exterior. Finalmente, se puso de pie, comunicándome con voz incierta que se iba a su casa.

—¿Por qué?

—Nadie viene a tomar el té..., es demasiado tarde. —Miró su reloj, como si su tiempo fuera urgentemente solicitado en otra parte—. No puedo esperarla todo el día.

—No seas tonto..., faltan dos minutos para las cuatro.

Se sentó tristemente, como si le hubiera dado un empujón, y al instante se escuchó el ruido de un coche que subía por la vereda. Nos sobresaltamos; un poco conmovidos, salimos juntos al jardín.

Pasando por debajo de los desnudos y chorreantes arbustos de lilas, un largo automóvil descubierto subía por la alameda. Se detuvo. El rostro de Daisy, sombreado bajo un tricornio color lavanda, me miró con brillante y arrobada sonrisa:

—¿Realmente es acá donde vives, amor mío?

El estimulante murmullo de su voz fue un soplo cordial bajo la lluvia. Por un instante, seguí su sonido antes de que me alcanzaran las palabras. Un húmedo mechón de pelo, semejante a una mancha de pintura azul, aparecía en su mejilla, y al tomarla de la mano para ayudarla a bajar del coche, noté que la tenía empapada de brillantes gotas de lluvia.

—¿Estás enamorado de mí? —me preguntó al oído—. Si no es así, ¿por qué tuve que venir sola?

—Ese es el secreto de Castle Rackrent... Dile al chofer que se vaya y que vuelva en una hora.

—Vuelva dentro de una hora, Ferdie. —Y añadió, en grave murmullo—: Se llama Ferdie.

—¿No le afecta la nafta a la nariz?

—No lo creo —dijo ella, inocentemente—. ¿Por qué?

Entramos, y me encontré con la abrumadora sorpresa de que el cuarto de estar estaba vacío.

—¡Vaya, qué raro! —exclamé.

—¿Qué es lo que es raro?

Al oír el ligero y ceremonioso golpe que acababan de dar a la puerta, Daisy giró la cabeza. Salí a abrir. Gatsby, tan pálido como la muerte, con las manos hundidas, como si fueran pesos, en los bolsillos de la chaqueta, apareció, de pie en un charco de agua, mirándome trágicamente a los ojos.

Con las manos siempre en los bolsillos, se deslizó por el vestíbulo, dio la vuelta como si tuviera un resorte y desapareció en el cuarto de estar. No resultaba para nada divertido. Percibiendo el fuerte latir de mi propio corazón, cerré la puerta a la lluvia que ahora arreciaba.

Durante medio minuto no se oyó nada; después sonó una especie de ahogado murmullo y parte de una risa, seguida por la voz de Daisy, en claro y artificial diapasón:

—¡Estoy contentísima de verte de nuevo!

Una pausa que duró espantosamente. Nada tenía que hacer en el vestíbulo, así que entré a la habitación.

Gatsby, todavía con las manos en los bolsillos, estaba recostado contra la chimenea, en una nerviosa imitación de perfecta desenvoltura, de aburrimiento. Su cabeza se apoyaba tan lejos, que descansaba en la esfera de un difunto reloj de chimenea, y desde esa posición sus extraviadas pupilas contemplaban a Daisy sentada, gentil y atemorizada, en el borde de una silla dura.

—Nos conocemos de antes —murmuró Gatsby, lanzándome una mirada y entreabriendo los labios en una abortada sonrisa.

Felizmente, el reloj supo aprovechar esta ocasión para oscilar peligrosamente bajo la presión de su cabeza. Gatsby se dio vuelta, y con temblorosos dedos lo puso de nuevo en su lugar. Después se sentó rígidamente, con el codo en el brazo del sofá y el mentón apoyado en las manos.

—Lamento lo del reloj... —murmuró.

En mi propio rostro aparecía, ahora, un profundo rubor tropical. No me salía ni una sola de todas las banalidades que tenía en la cabeza.

—Era un reloj viejo —comenté, estúpidamente. Por un instante, todos creímos que se había destrozado contra el suelo.

—Hace muchos años que no nos vemos —dijo Daisy, con voz tan indiferente como pudo.

—En noviembre va a hacer cinco años.

La automática calidad de la respuesta de Gatsby nos hizo recobrarlos, por lo menos un minuto más. Los hice ponerse de pie, sugiriéndoles desesperadamente que me ayudaran a preparar el té en la cocina, cuando a la endemoniada finlandesa se le ocurrió traerlo en una bandeja.

Bajo la bienvenida confusión de tazas y pasteles, se estableció cierta decencia física. Gatsby desapareció en la sombra y, mientras Daisy y yo hablábamos, nos miraba concienzudamente con unas pupilas tristes y contraídas. De todas maneras, como la tranquilidad no constituía en sí misma un fin, me disculpé apenas pude.

—¿Adónde vas? —preguntó Gatsby, alarmadísimo.

—Vuelvo en seguida.

—Primero tengo que hablar contigo.

Me siguió extraviadamente a la cocina, cerró la puerta y suspiró desgarradoramente: «¡Dios mío!»

—¿Qué pasa?

—Fue una terrible equivocación —dijo, moviendo la cabeza de un lado al otro—. Una terrible, terrible equivocación.

—Lo que pasa es que estás nervioso —dije, añadiendo oportunamente—: Daisy también está nerviosa.

—¿Está nerviosa? —repitió, lleno de incredulidad.

—Tanto como tú.

—No hables tan fuerte.

—Te estás comportando como una criatura —lo interrumpí, impacientemente—; y no sólo eso, sino también como un grosero; Daisy está sola...

Levantó la mano para contener mis palabras, me miró con irrefrenable reproche y, abriendo la puerta cautelosamente, regresó al cuarto de estar.

Salí por detrás, como había hecho Gatsby media hora antes, cuando realizó su nervioso circuito de la casa, y corrí hacia un enorme, negro y nudoso árbol cuyas apretadas hojas constituían una muy eficaz defensa contra la lluvia.

Otra vez llovía a raudales, y mi irregular césped, bien podado por el jardinero de Gatsby, abundaba en pequeños y fangosos pantanos y en prehistóricos lodazales. Desde debajo del árbol sólo se podía contemplar el caserón de Gatsby, y durante media hora lo estuve mirando, como Kant el campanario de su iglesia. Lo construyó un cervecero una década antes, a principios de la locura de «época», y había una historia que decía que había ofrecido pagar los impuestos de cinco años a todos los cottages vecinos, si los propietarios accedían a cubrir sus techos con paja. Quizá la negativa le sacó las ganas de seguir con su plan de «fundar una familia», porque casi inmediatamente empezó a decaer hasta el punto de que sus hijos vendieron la casa cuando todavía colgaba en la puerta la corona negra del entierro. Los norteamericanos, a pesar de ser propicios e incluso de querer ser siervos, siempre se negaron a ser vistos como campesinos.

El sol volvió a brillar al cabo de media hora, y el coche de la proveeduría dio la vuelta por la avenida de Gatsby, portador de las materias primas para la cena de sus criados. Estaba seguro de que él no probaría bocado. Una empleada empezó a abrir las ventanas de arriba y apareció momentáneamente en cada una de ellas, inclinándose desde el mirador central para escupir al jardín. Era hora de volver. Mientras duró la lluvia, escuchaba el murmullo de sus voces, elevándose y aumentando de volumen de vez en cuando, con ráfagas de emoción, pero ante el nuevo silencio sentí que quizá también había caído el silencio dentro de la casa.

Entré en la cocina haciendo todo el ruido posible, menos caerme encima de la cocina, pero no creo que escucharan nada. Estaban sentados en los extremos opuestos del sofá, mirándose como si se hubieran hecho alguna pregunta y la respuesta estuviera en el aire. Todo vestigio de confusión había desaparecido. La cara de Daisy estaba surcada por las lágrimas; cuando yo entré se puso de pie y empezó a secarse las mejillas delante del espejo, con un pañuelo. Sin embargo, en Gatsby se había producido un cambio sencillamente desconcertante. Resplandecía literalmente, sin palabras o gestos de exultación; irradiaba un bienestar de su persona que llenaba la pequeña habitación.

—¡Ah, hola, camarada! —me dijo, como si hiciera dos años que no me hubiese visto; por un momento llegué a pensar que me daría la mano.

—Dejó de llover...

—Ah, ¿sí...? —y cuando se dio cuenta de lo que hablaba, el cuarto estaba lleno de trémulos rayos de sol; sonrió como meteorólogo, como radiante patrón de la luz que volvía, y le repitió la noticia a Daisy—: ¿Qué te parece...? Dejó de llover.

—Me alegro, Jay —respondió ella; su garganta, llena de dolorosa y triste belleza, sólo expresó su inesperada alegría.

—Quiero que tú y Daisy vengan a casa —dijo Gatsby—, quiero que la vea.

—¿Estás seguro de que quieres que vaya yo también?

—Completamente seguro, camarada.

Daisy subió a lavarse las manos mientras Gatsby y yo esperábamos en el jardín; demasiado tarde pensé, avergonzado, en mis toallas.

—Mi casa tiene buen aspecto, ¿no? —preguntó—. Fíjate cómo la fachada absorbe la luz.

Estuve de acuerdo en que era espléndida.

—Sí —sus ojos recorrieron cada puerta de arco y cada torre cuadrada—. Me llevó tres años ganar el dinero necesario para comprarla.

—Creí que el dinero lo habías heredado.

—Lo heredé, camarada —dijo automáticamente—, pero perdí la mayor parte en el gran pánico, el pánico de la guerra.

Creo que a duras penas sabía lo que decía, porque cuando le pregunté a qué tipo de negocio se dedicaba, me contestó: «Es asunto mío», antes de darse cuenta de que no era una respuesta apropiada.

—¡Estuve en varias cosas! —se corrigió—. Estuve en el negocio farmacéutico y después en el del petróleo..., pero ahora no me dedico a ninguna de esas dos cosas. —Me miró más atentamente—. ¿Acaso estuviste pensando lo que te propuse la otra noche?

Antes de que pudiera contestarle, Daisy salió de la casa; bajo la luz del sol, brillaron las dos hileras de botones de cobre de su traje.

—¿Es esa casa enorme? —inquirió, señalándola.

—¿Te gusta?

—Me encanta..., aunque no sé cómo puedes vivir tan solo...

—Día y noche la tengo llena de gente interesante. Gente que hace cosas interesantes, gente famosa.

En lugar de tomar el atajo por el Sound, bajamos a la carretera y entramos por el gran portón. Daisy admiraba con encantadores murmullos este o aquel aspecto de la feudal silueta que se recortaba contra el cielo. Admiraba los jardines, el embriagador perfume de los junquillos, el espumoso olor del espinillo blanco y de los capullos del ciruelo, el pálido y dorado aroma de los pensamientos. Era extraño llegar a los escalones de mármol sin tropezar con el movimiento de brillantes trajes que entran y salen y oír sólo el sonido de las voces de los pájaros en los árboles.

Y adentro, mientras recorríamos salas de música estilo María Antonieta y salones estilo Restauración, pensé que atrás de cada sofá y de cada mesa había huéspedes escondidos, con orden de guardar absoluto silencio hasta que hubiéramos pasado.

Cuando Gatsby cerró la puerta de la «Merton College Library», habría jurado que oía estallar en fantasmal carcajada al hombre de los ojos de lechuza.

Subimos al piso de arriba, pasamos por dormitorios de época, envueltos en seda rosa y lavanda, saturados de flores frescas, por vestuarios, salas de juego, cuartos de baño con bañeras empotradas en el suelo, y nos metimos en la habitación donde un sujeto despeinado, en pijama, tendido en el suelo, hacía ejercicios para el hígado. Era el señor Klipspringer, el «pupilo». Esa misma mañana lo había visto vagar, hambriento, por la playa. Y finalmente, fuimos al estudio Adams, donde nos sentamos y bebimos una copa de Chartreuse que Gatsby sacó de un armario empotrado en la pared.

Ni un solo instante apartó la mirada de Daisy; creo que revalorizaba todo cuanto había en su casa, de acuerdo con la medida de aprobación que leía en sus adorables pupilas. A veces miraba sus posesiones asombrado, como si en su real y sorprendente presencia nada fuera ya real. En cierto momento, casi se cae por las escaleras.

Su dormitorio era la habitación más sencilla; sólo la cómoda estaba adornada con un juego de tocador, de oro mate puro. Alborozada, Daisy agarró el cepillo y se alisó el pelo mientras Gatsby se sentaba, desternillándose de risa, tapándose los ojos con ambas manos.

—Es divertidísimo, camarada —dijo con incontenible hilaridad—. No puedo..., cuando pienso...

Había pasado, visiblemente, por dos estados, y entraba ahora en un tercero. Después de la confusión y de la alegría irracional, ahora estaba consumido de admirativa placidez ante la amada presencia. Había estado tanto tiempo repleto de esta idea, la había soñado hasta el más mínimo detalle, la había esperado con los dientes apretados, por así decir, bajo un inconcebible grado de intensidad... Ahora, con la reacción, iba como un reloj con demasiada cuerda.

Se recuperó en un instante y nos abrió dos enormes y brillantes armarios, que contenían sus trajes amontonados, sus batines, corbatas y camisas colocadas como ladrillos, en pilas de una docena de alto.

—Tengo alguien en Inglaterra que me compra la ropa... A principio de cada temporada, primavera y verano, me manda una selección de artículos.

Sacó un montón de camisas, echándolas una por una ante nosotros: camisas del mejor hilo, de seda espesa y magnífica franela, que al caer perdían sus pliegues y cubrían la mesa en multicolor desorden. Mientras las admirábamos, sacó más, y el suave y lujoso montón fue aumentando; camisas a rayas y a espirales, a cuadros en coral y verde manzana, lavanda y naranja claro, con monogramas indios en azul cobalto. De golpe, con un ahogado gemido, Daisy se inclinó sobre las camisas y estalló en un llanto.

—Son tan lindas... —sollozó, la voz ahogada entre los espesos pliegues—: Me pongo triste porque nunca antes había visto camisas tan... tan lindas como estas.

Después de la casa, teníamos que ver los jardines, la pileta, el hidroavión y las flores de verano, pero empezó a llover de nuevo al otro lado de la ventana de Gatsby, obligándonos a quedarnos en la casa, contemplando la ondulada superficie del Sound.

—Si no fuera por la niebla, veríamos tu casa, al otro lado de la bahía... —dijo Gatsby—. Siempre tienen una luz verde encendida al final del muelle...

Bruscamente, Daisy pasó su brazo por debajo del de Gatsby, pero él parecía absorto en lo que acababa de decir. Acaso se le había ocurrido que el colosal significado de aquella luz desaparecía para siempre. Comparado con la enorme distancia que lo había separado de Daisy, la luz le había parecido muy cercana a ella, casi rozándola; tan cerca como puede estarlo una estrella de la luna. ¡Ahora, de nuevo, era sólo una luz verde en un muelle! Su cuenta de objetos encantados ahora tenía uno menos.

Empecé a caminar por el cuarto, examinando varios objetos indefinidos en la semioscuridad.

Me llamó la atención una enorme fotografía colgada en la pared, encima del escritorio: un hombre de cierta edad en traje de *yachting*.

—¿Quién es?

—¿Ese? El señor Dan Cody, camarada.

El nombre sonaba ligeramente familiar.

—Murió... Era mi mejor amigo.

Había una pequeña foto de Gatsby, también en traje de *yachting*, con la cabeza retadoramente echada hacia atrás, que, al parecer, había sido sacada cuando tendría unos dieciocho años.

—¡Me encanta! —exclamó Daisy—. ¡Qué copete...! Nunca habías dicho que usabas copete, ni que tenías un yate...

—Mira esto —dijo Gatsby, rápidamente—. Hay un montón de recortes acerca de ti.

Se pararon uno al lado del otro, examinándolos. Iba a pedirle que nos mostrara los rubíes cuando sonó el teléfono y Gatsby levantó el auricular.

—Sí..., bueno, ahora no puedo hablar..., ahora no puedo hablar, camarada. Dije una ciudad pequeña..., tiene que saber lo que es una ciudad *pequeña*... No nos sirve si Detroit es su idea de una ciudad pequeña...

Y colgó...

—¡Ven en seguida! —le gritó Daisy, desde la ventana.

La lluvia seguía cayendo; sin embargo, por el oeste la oscuridad se había despejado, y por encima del mar asomaba un rosado y dorado colchón de esponjosas nubes.

—Mira eso —susurró la joven. Al cabo de un momento añadió—: Me gustaría agarrar una de esas nubes rosadas, meterte en ella y soplar.

Quise irme, pero no me dejaron; quizá mi presencia los hacía sentirse más satisfactoriamente solos.

—Ya sé lo que vamos a hacer... —dijo Gatsby—, que Klipspringer toque el piano.

Salió de la habitación gritando: «¡Ewing...!», y volvió a los pocos minutos, acompañado de un confundido y ligeramente deteriorado joven, con gafas de nácar y escaso pelo rubio. Ahora iba decentemente vestido: camisa deportiva, de cuello abierto, jersey y anchos pantalones de nebuloso color.

—¿Lo molestamos en sus ejercicios? —inquirió Daisy, cortésmente.

—Dormía —exclamó el señor Klipspringer, en un espasmo de confusión—. Quiero decir que había estado durmiendo, y entonces me iba a levantar.

—Klipspringer toca el piano —elogió Gatsby, interrumpiéndolo—. ¿No, Ewing, camarada?

—¡Pero no toco bien! Apenas un poco... No practico...

—Vamos a ir abajo —volvió a interrumpir Gatsby. Accionó un interruptor y las grises ventanas desaparecieron al brillar la abundante iluminación interior.

Gatsby encendió una lámpara solitaria en la sala de música, junto al piano. Luego encendió el cigarrillo de Daisy, con temblorosa cerilla, sentándose con ella en un sofá, al otro lado de la habitación donde sólo llegaba la luz que el brillante suelo reflejaba del vestíbulo.

Klipspringer, después de tocar «The Love Nest», giró en el taburete, buscando tristemente a Gatsby en la penumbra.

—¿Ves que me falta práctica? Te dije que no podía tocar... Hace mucho que no practico.

—No hables tanto, camarada —le ordenó Gatsby—. ¡Toca!

*Por la noche
y la mañana,
¿no que nos divertimos?*

Ahora el viento soplaba fuerte; se escuchaban estampidos de truenos por el Sound. En West Egg todas las luces estaban prendidas; los trenes eléctricos, llenos de gente, se abrían paso desde Nueva York a través de la fuerte lluvia. Era la hora de una profunda movilización humana, y la atmósfera se cargaba de excitación.

*Una cosa es segura, y nada es más seguro: los ricos tienen riqueza, y los pobres
tienen... hijos
Mientras tanto,
en el medio...*

Cuando me acerqué para despedirme, vi que la expresión de asombro aparecía de nuevo en la cara de Gatsby, como si tuviera una leve duda sobre la calidad de su actual felicidad. ¡Casi cinco años! Tuvo que haber instantes, incluso esa misma tarde, en que Daisy no llegó a ser el vértice de sus sueños, y no precisamente por su culpa, sino por la colosal vitalidad de su ilusión. Había ido más allá de ella, más allá de todo. Se había entregado, con creadora pasión, acrecentándolo todo, adornándolo con cualquier pluma brillante que encontrara en su camino. Ninguna cantidad de fuego o frescura puede desafiar a lo que un hombre es capaz de almacenar en su fantasmal corazón.

Bajo mi mirada, se rehízo un poco. Su mano tomó la de ella, y cuando ella le susurró algo al oído, él se volvió hacia ella, emocionado. Creo que aquella voz, con su fluctuante y febril calor, era lo que más lo retenía, porque no era posible soñarla de más; esa voz era una canción inmortal.

Me habían olvidado, aunque Daisy me miró una vez y tendió la mano. Gatsby ya no me reconocía. Los miré una vez más y ellos a su vez me miraron, remotamente, poseídos por una vida intensa. Entonces salí de la habitación, bajé los escalones de mármol y salí a la lluvia, dejándolos ahí, juntos.

Capítulo VI

Más o menos por esta misma época, un periodista de Nueva York joven y ambicioso llegó una mañana a la puerta de Gatsby y le preguntó si tenía algo que decir.

—¿Algo que decir sobre qué? —inquirió Gatsby, cortésmente.

—Bueno..., alguna declaración que quiera hacer...

Después de cinco minutos algo confusos, resultó que el muchacho había escuchado nombrar a Gatsby en la oficina en relación con algo que no quería revelar o que no terminaba de entender. Éra su día libre, y con una loable iniciativa se había acercado «a ver qué pasaba».

Fue un tiro al azar. Sin embargo, el instinto del periodista era bueno. La notoriedad de Gatsby, desparramada por los cientos de personas que aceptaron su hospitalidad, convirtiéndose así en autoridades sobre su pasado, fue en aumento durante todo el verano, y poco faltó para que se convirtiera en una sensación. A su nombre se lo relacionó con leyendas contemporáneas como el «oleoducto subterráneo hasta Canadá», y corría la insistente historia de que no vivía en una casa, sino en un barco con aspecto de casa, que navegaba secretamente ida y vuelta por la costa de Long Island. No es fácil adivinar por qué estas invenciones constituían fuente de satisfacción para James Gatz de Dakota del Norte.

James Gatz, ese era su verdadero nombre, al menos ante la ley. Se lo había cambiado a los diecisiete años, en un momento específico que marcó el principio de su carrera, cuando vio al yate de Dan Cody echar ancla en el más insidioso escollo del lago Superior. Fue James Gatz quien estuvo vagando por la playa aquella tarde, con un harapiento jersey verde y unos pantalones de lona; pero fue Jay Gatsby quien pidió prestado un bote, fue hasta el *Tuolomee* y le informó a Cody que lo podía agarrar un viento y destrozarlo en media hora.

Supongo que, incluso entonces, hacía ya tiempo que tenía preparado el nombre. Sus padres eran errantes y poco afortunados granjeros, su imaginación jamás los aceptó como padres. La verdad es que Jay Gatsby, de West Egg, Long Island, nació de su platónica concepción de sí mismo. Era hijo de Dios, frase que si algo significa, es justamente eso, y tenía que ocuparse de los asuntos de su padre, al servicio de una amplia, vulgar y prostituida belleza. Así, pues, se inventó el tipo de Jay Gatsby, que sólo un muchacho de diecisiete años podía inventar, y fue fiel hasta el fin a esa peregrina concepción.

Durante más de un año se había esforzado por abrirse camino en la costa sur del lago Superior, como pescador de almejas y salmón, o desempeñando cualquier otra actividad que le proporcionara cama y comida. Su moreno y endurecido cuerpo vivía naturalmente a través del semiferoz, semiperezoso trabajo de los días claros. Había conocido pronto a las mujeres, y como lo mimaban, empezó a despreciarlas: a las jóvenes vírgenes, por ignorantes; a las demás, por sentirse histéricas por cosas que, en su abrumadora abstracción, él consideraba naturales.

Sin embargo, su corazón estaba siembre en una constante y turbulenta agitación. Las más grotescas y complicadas fantasías lo obsesionaban, por las noches, en su cama. Un universo de indescriptible brillo se entretejía en su cerebro, mientras el reloj dejaba oír su tic-tac desde el lavabo, y la luna empapaba con húmeda luz sus ropas revueltas, en el suelo. Cada noche aumentaba el argumento de sus imaginaciones, hasta que el sueño se cerraba, con apretado abrazo, sobre alguna brillante escena. Durante algún tiempo, estos ensueños le proporcionaron una vía de escape a su imaginación, fueron satisfactoria señal de la irrealidad de la realidad, promesa de que la roca del mundo estaba fuertemente asentada en las alas de un hada.

Meses antes, el instinto de su futura gloria lo había llevado a la pequeña universidad luterana de Saint Olaf, en el sur de Minnesota. Ahí estuvo tres semanas, anonadado ante la feroz indiferencia de todos para con los derroteros de su destino, para con su propio destino, y despreciando las tareas de portero con las que tendría que pagarse sus estudios. Volvió al lago Superior, y todavía estaba viendo qué hacer el día en que el yate de Dan Cody ancló en las aguas poco profundas, junto a la costa.

En aquella época, Dan Cody tenía cincuenta años; era un producto de las minas de plata de Nevada, en el Yukón, de cada fiebre de metales preciosos, desde 1875. Las transacciones de cobre de Montana, que lo hicieron muchas veces millonario, lo encontraron físicamente robusto, pero al borde del reblandecimiento cerebral. Sospechando esto, una infinita cantidad de mujeres intentaron separarlo de su dinero. Las poco honorables artes con que Ella Kaye, la periodista, ofició de Madame de Maintenon con su debilidad, y lo mandó al mar, eran de dominio público y propiedad común del ampuloso periodismo de 1902. Durante cinco años estuvo recorriendo

costas demasiado hospitalarias, hasta que apareció en Little Girl Bay, como el destino de James Gatz.

Para el joven Gatz, apoyado en sus remos, observando la cubierta, ese yate representaba toda la belleza y el atractivo del mundo. Supongo que debió sonreírle a Cody; seguramente había descubierto que, cuando sonreía, le gustaba a la gente. Fuera como fuese, Cody le hizo unas preguntas —una de ellas obtuvo como respuesta el flamante nombre—, y se dio cuenta de que era rápido y extravagantemente ambicioso. Lo llevó a Duluth. Días después, le compró una chaqueta azul, seis pares de pantalones blancos y una gorra de marinero. Y cuando el *Tuolomee* zarpó hacia las Indias Occidentales y la costa de Berbería, Gatsby también formó parte de la expedición.

Su empleo tenía límites muy indefinidos; mientras estuvo con Cody fue, al mismo tiempo, mayordomo, marinero, capitán, secretario y hasta carcelero, porque Dan Cody, sereno, sabía de qué barbaridades podía ser capaz Dan Cody borracho, y, por lo tanto, se previno para tales contingencias, poniendo más y más confianza en Gatsby. Esto duró cinco años, y la embarcación dio tres veces la vuelta al mundo. Esa situación habría durado indefinidamente, si no hubiese sido porque una noche, en Boston, Ella Kaye subió a bordo, y una semana más tarde Dan Cody moría de modo poco hospitalario.

Recuerdo el retrato en el dormitorio de Gatsby, un rubicundo hombre de grises cabellos, un rostro duro, inexpresivo; el explorador de libertinajes que, en una de las fases de la vida americana, volvió a traer a la costa este la salvaje violencia de los burdeles y tabernas de la frontera. Indirectamente, la parquedad de Gatsby en la bebida tuvo su origen en Cody. A veces, en el transcurso de divertidas fiestas, las mujeres vertían champaña en sus cabellos, pero él adoptó como norma prescindir del alcohol.

Y de Cody heredó dinero: un legado de veinticinco mil dólares. No llegó a recibirlo. Nunca pudo entender la argucia legal empleada contra él, pero lo que quedó de los millones fue a parar, intacto, a Ella Kaye. Y él ahí quedó, con su esmerada y acrisolada educación. El vago contorno de Jay Gatsby se había llenado con la sustancialidad de un hombre.

Todo esto me lo contó mucho después, pero lo anoté acá con la idea de dinamitar esos primeros y estafalarios rumores sobre sus antecedentes, que ni siquiera se aproximaban ligeramente a la verdad. Además, me lo contó en momentos de confusión, cuando yo había llegado al punto de creerlo todo y no creer nada. Así que aprovecho esta breve pausa, mientras Gatsby recobra el aliento, por decirlo así, para aclarar de una vez esta serie de malentendidos.

También hubo un alto en mi contacto con sus asuntos. Durante semanas enteras no lo vi ni oí su voz por teléfono; me pasaba la mayor parte del tiempo en Nueva York,

tratando con Jordan y procurando congraciarme con su senil tía; finalmente, un domingo a la tarde fui a casa de Gatsby. No hacía dos minutos que había llegado cuando alguien hizo pasar a Tom Buchanan para tomar una copa. Me llamó la atención, naturalmente, aunque lo verdaderamente sorprendente era que esto no hubiese pasado antes.

Era un grupo de tres personas a caballo: Tom, un sujeto llamado Sloane y una bonita muchacha en traje de montar color castaño, que ya en otras ocasiones había estado allí.

—Encantado de verlos —dijo Gatsby, de pie en el pórtico—, encantado de verlos. ¡Como si esto les importara!

—Siéntense... ¿Cigarrillos o cigarros? —Dio la vuelta alrededor a la habitación tocando rápidos timbres—. Les daré algo de beber en menos de un segundo.

Se sentía profundamente afectado por el hecho de que Tom estuviera ahí; de todas maneras, estaría confuso hasta ofrecerles algo; comprendía vagamente que a eso era a lo que habían ido. El señor Sloane no quería nada. ¿Limonada? No, gracias. ¿Un poco de champaña? No, nada, gracias, lo siento.

—¿Dieron un buen paseo?

—Sí, hay buenos caminos por los alrededores.

—Supongo que los automóviles...

—Sí.

Gatsby, movido por un impulso irresistible, se dirigió a Tom, que aceptó la presentación como si se tratara de un desconocido.

—Me parece que nos hemos visto antes, señor Buchanan.

—¡Ah, sí! —dijo Tom, gruñonamente cortés, aunque evidentemente sin acordarse—. ¡Ah, sí, me acuerdo bien...!

—Hará un par de semanas.

—Sí, estaba usted con Nick.

—Conozco a su mujer —prosiguió Gatsby, casi agresivamente.

—¿En serio? —Tom se volvió hacia mí—. ¿Vives cerca, Nick?

—Puerta por medio.

—¡Ah, sí!

El señor Sloane no participaba en la conversación; se recostaba altivamente en su silla. La muchacha no dijo nada hasta que, de repente, después del segundo *highball*, se volvió amable.

—Vamos a venir todos a su próxima fiesta, señor Gatsby —declaró—. ¿Qué le parece?

—Por supuesto, estaré encantado de recibirlos.

—Será muy agradable —dijo el señor Sloane, sin la menor gratitud—. Bueno, me parece que nos tenemos que ir.

—Por favor, sin apuro —rogó Gatsby. Ahora estaba en sus cabales, y quería ver un poco más de Tom—. ¿Por qué no..., por qué no se quedan a cenar? Seguramente esta noche vendrá gente de Nueva York.

—Ustedes vienen a cenar conmigo —dijo la joven, entusiasmada—, los dos.

Eso me incluía. El señor Sloane se puso de pie.

—Vamos —exclamó dirigiéndose únicamente a ella.

—Lo digo en serio —insistió la chica—; me gustaría que vinieran..., hay sitio para todos...

Gatsby me miró inquisitivo; quería ir, y no se daba cuenta de que el señor Sloane había decidido que no fuese.

—Me temo que no podré —me disculpé.

—Bueno, pues venga usted —insistió ella, concentrándose en Gatsby.

El señor Sloane le murmuró algo al oído.

—Si nos vamos ahora no llegaremos tarde —advirtió en voz alta.

—No tengo caballos —dijo Gatsby—. Montaba cuando estaba en el ejército, pero no compré caballos... Los sigo en el coche. Discúlpenme un momento

Salimos a la terraza, donde Sloane y la muchacha iniciaron, en un aparte, una acalorada disputa.

—¡Dios mío, me parece que este tipo va a venir! —exclamó Tom—. ¿No se da cuenta de que ella no quiere?

—Pues está diciendo que sí.

—Da una gran cena. No va a conocer a nadie —dijo, y frunció las cejas—. Me gustaría saber dónde demonios conoció a Daisy. ¡Dios mío, si seré chapado a la antigua!, pero hoy en día, las mujeres van demasiado sueltas para que esto me parezca bien. Conocen a seres absurdos.

De repente, el señor Sloane y la muchacha bajaron los escalones y montaron a caballo.

—Vamos —le dijo el señor Sloane a Tom—. Es tarde. Nos tenemos que ir. —Y dirigiéndose a mí—: ¿Nos puede hacer el favor de decirle que no pudimos esperarlo?

Tom y yo nos dimos la mano; con los demás cambié una fría inclinación de cabeza. Se lanzaron al trote rápido por la alameda, desapareciendo bajo el agostado follaje en el mismo instante en que Gatsby, con sombrero y un abrigo ligero en la mano, salía por la puerta de entrada.

Evidentemente, Tom se sentía preocupado por Daisy, que «iba demasiado suelta», ya que, al siguiente domingo, por la noche, la acompañó a la fiesta de Gatsby. Quizá su presencia le dio a la noche la peculiar calidad de opresión que la hace destacar en mi memoria sobre las otras fiestas de Gatsby. Estaba la misma gente, por lo menos la misma clase de gente, idéntica profusión de champaña, la misma multicolor y multirrítmica conmoción, pero advertí algo desagradable en la atmósfera, una

impregnante e insistente dureza que hasta entonces jamás había notado. Quizá sería que estaba acostumbrado, que me había acostumbrado a aceptar a West Egg como un mundo completo, con sus normas propias y sus propias figuras, no inferior a nadie por no tener conciencia de serlo, y ahora lo estaba mirando a través de los ojos de Daisy. Es invariablemente triste mirar a través de nuevos ojos las cosas a las que uno ha extendido su capacidad de adaptación.

Llegaron al atardecer, y mientras paseábamos entre los resplandecientes centenares de huéspedes, la voz de Daisy jugaba deliciosamente en su garganta.

—¡Estas cosas me excitan tanto...! —susurró—. Si quieres besarme en cualquier momento de la noche, dímelo y me será grato complacerte, Nick. Límitate a indicar mi nombre o exhibe una tarjeta verde. Hoy reparto tarjetas verdes.

—Mira a tu alrededor —sugirió Gatsby.

—Estoy mirando, estoy pasando un maravilloso...

—Seguramente podrás ver gente de quien has oído hablar.

Las arrogantes pupilas de Tom vagaron entre la multitud.

—No salimos mucho —dijo—. De hecho, estaba pensando que no conozco ni a un alma.

—Quizá conoce a aquella señora. —Gatsby señaló a una mujer maravillosa, orquídea escasamente humana, majestuosamente sentada debajo de un ciruelo. Tom y Daisy la miraron, con esa particular e irreal sensación que acompaña al reconocimiento de una hasta entonces fantasmal estrella de cine.

—Es preciosa... —dijo Daisy.

—El que se está inclinando hacia ella es su director.

Los llevó, muy ceremoniosamente, de grupo en grupo.

—La señora Buchanan... y el señor Buchanan —añadiendo, tras un instante de vacilación—: El jugador de polo.

—¡Oh, no! —protestó Tom, rápidamente—, yo no...

Era evidente, el sonido de la frase satisfizo a Gatsby, porque Tom siguió siendo «el jugador de polo» toda la noche.

—Nunca había visto tantas celebridades —exclamó Daisy—. Me gusta aquel hombre, ¿cómo se llama...?, el que tiene la nariz azul.

Gatsby lo identificó, explicando que se trataba de un pequeño productor cinematográfico.

—Bueno, pues me gusta, de todas maneras.

—Francamente, preferiría contemplar a toda esa gente desde el fondo del anonimato —exclamó Tom, con placidez.

Daisy y Gatsby se pusieron a bailar. Recuerdo cuánto me sorprendió su elegante y gracioso estilo de bailar el foxtrot; no lo había visto bailar nunca. Después se fueron a mi casa, y durante media hora se quedaron sentados en los escalones mientras,

accediendo a lo que Daisy me pidió, me quedé vigilando en el jardín. «Por si llegara a haber un incendio, una inundación —explicó— o cualquier acto providencial.»

Cuando nos sentamos a cenar, Tom salió del anonimato:

—¿Les importaría que cenase con aquella gente? —nos preguntó—. Hay un tipo que está contando unas cosas muy graciosas.

—Adelante —contestó Daisy risueña—; si quieres apuntarte alguna dirección, aquí tienes mi lápiz de oro. —Miró a su alrededor, y, al cabo de un momento, me dijo que la chica era «ordinaria pero bonita», y me di cuenta de que salvo por la media hora que había paasado a solas con Gatsby, no se estaba divirtiendo.

Estábamos en una mesa particularmente encendida. La culpa fue mía, porque a Gatsby lo habían llamado por teléfono, y esa misma gente me había divertido hacía dos semanas; pero lo que entonces me había divertido, ahora se pudría en el aire.

—¿Cómo se siente, señorita Baedeker?

La muchacha en cuestión intentaba, sin el menor éxito, apoyarse en mi hombro. Al escuchar la pregunta, se irguió, abriendo los ojos.

—¿Qué...?

Una maciza y letárgica mujer que estaba molestando a Daisy para que fuera a jugar al golf con ella al día siguiente en el club local salió en defensa de la señorita Baedeker.

—¡Oh, ahora está muy bien! Después de cinco o seis cócteles siempre se pone a gritar así. No me canso de decirle que debería dejar.

—¡Pero si ya dejo de beber! —afirmó la acusada, tristemente.

—La escuchamos gritar. En seguida le dijimos al doctor Civet, acá presente: hay alguien que necesita sus servicios.

—Desde luego, le debe estar muy agradecida —replicó otro amigo, sin pizca de compasión—, pero le mojó todo el traje cuando le metió la cabeza en la pileta.

—¡Si hay algo que detesto es que me metan la cabeza en una pileta! —cloqueó la señorita Baedeker—. Una vez en Nueva York casi me ahogan...

—Entonces deje de beber —contestó el doctor Civet.

—¡Ocúpese de usted! —gritó la señorita Baedeker, airadamente—. Le tiemblan las manos; ¡jamás le permitiría operarme!

Y así sucesivamente. Casi lo último que recuerdo fue estar de pie con Daisy, contemplando al director cinematográfico y a su estrella. Todavía estaban debajo del blanco ciruelo; sus rostros quedaban sólo separados por un pálido y delgado rayo de luna. Se me ocurrió que toda la noche él estuvo inclinándose para lograr esa proximidad, y mientras lo miraba, lo vi agacharse un último grado y besarle la mejilla.

—Me gusta —dijo Daisy—, me parece maravilloso.

Sin embargo, el resto la ofendió contundentemente, porque no era un gesto sino una emoción. Estaba atemorizada por West Egg, este lugar sin precedentes que

Broadway había engendrado en un pueblito de pescadores de Long Island; atemorizada por el crudo vigor que se agitaba bajo los viejos eufemismos, y por el absurdo destino que llevaba en manada a sus habitantes, de la nada a la nada, por un corto atajo. En la misma sencillez que no lograba entender, vio algo horrible.

Me senté con ellos en los escalones de la entrada, mientras esperaban su coche. Estábamos a oscuras; sólo la brillante puerta lanzaba al boleo diez pies cuadrados de resplandor, que se hundían en la suave y negra madrugada. A veces, arriba, se movía una sombra contra la persiana de un tocador, dejaba paso a otra, indefinida procesión de sombras que se pintaban y empolvaban en un invisible espejo.

—Bueno, ¿y este Gatsby quién es? —inquirió Tom, de repente—. ¿Un famoso contrabandista de alcohol?

—¿Dónde lo escuchaste? —pregunté.

—No me lo dijeron, me lo imagino. Un montón de nuevos ricos son grandes contrabandistas de alcohol, ¿no lo sabes?

—Pues Gatsby no lo es.

Se quedó callado un momento; crujieron, bajo sus pies, los guijarros de la alameda.

—Bueno, desde luego tiene que haber hecho ímprobos esfuerzos para reunir esta *ménagerie*...

Una tenue brisa agitó la niebla gris del cuello de pieles de Daisy.

—Al menos son más interesantes que la gente que conocemos —dijo, con esfuerzo.

—No parecías tan entusiasmada.

—Lo estaba.

Tom se echó a reír y se volvió hacia mí.

—¿Te fijaste en la cara de Daisy cuando la chica esa la pidió que la metiera debajo de una ducha fría?

Daisy empezó a cantar, siguiendo la música, en ronco y rítmico susurro, dando a cada palabra un significado que nunca tuvo ni tendría jamás. Cuando la melodía ascendía, se quebraba su voz, dulcemente, siguiéndola como hacen las voces de contralto, y a cada mutación vertía en el aire algo de su cálida magia humana.

—Mucha gente viene sin ser invitada —dijo, de repente—. La chica esa no estaba invitada... Se cuelan tranquilamente, y él es demasiado educado para protestar.

—Me gustaría saber quién es y qué hace —insistió Tom—. Y me parece que lo voy a saber.

—Te lo puedo decir ahora mismo —contestó Daisy—. Estuvo en el negocio farmacéutico, un montón de droguerías que él mismo instaló.

La demorada limosina apareció, ascendiendo la empinada alameda.

—Buenas noches, Nick —dijo Daisy.

Su mirada se apartó de mí y buscó la parte iluminada de los peldaños, por donde «Three o'Clock in the Morning», un primoroso y triste vals de aquella temporada, salía

flotando a través de la puerta abierta. En la misma inconsecuencia de la fiesta de Gatsby cabían, después de todo, románticas posibilidades, totalmente ausentes de su mundo. ¿Qué latía en esa canción que parecía atraerla hacia dentro? ¿Qué iba a ocurrir en las opacas e incalculables horas? Quizá llegaría algún inesperado huésped, persona infinitamente preciosa, digna de la mayor admiración, alguna jovencita auténticamente radiante, que con una mirada dirigida a Gatsby, con un solo instante de mágico encuentro, borraría los cinco años de inquebrantable devoción.

Aquella noche me quedé hasta tarde; Gatsby me pidió que lo esperara, y me entretuve en el jardín hasta que el inevitable grupo de nadadores, helados y exaltados por la negra playa, subió al piso de arriba; hasta que se apagaron las luces en las habitaciones de los huéspedes. Cuando por fin bajó las escaleras, la bronceada piel de Gatsby estaba extrañamente tirante en su rostro, y sus pupilas se veían, a la vez, brillantes y cansadas.

—No le gustó —dijo al instante.

—Claro que sí.

—No le gustó —insistió—. No se divirtió. Se quedó callada, y adiviné su inexpresable depresión.

—Me siento lejos de ella; es difícil hacerle entender. ¿Te refieres al baile?

—El baile... —Con un gesto de su mano alejó todos los bailes—. El baile no tiene importancia, camarada.

Pretendía de Daisy que se dirigiera a Tom y le dijera que nunca lo había querido, nada menos; cuando borrarse esos cuatro años con esa frase, decidirían las medidas prácticas a tomar. Una de ellas consistía en ir a Louisville, cuando ella estuviese libre, como si retrocedieran cinco años.

—No comprende... Antes solía comprender... Pasábamos sentados horas enteras...

Se interrumpió y empezó a pasearse nerviosamente a lo largo de un sendero, desolado por cortezas de frutas, lazos olvidados y flores aplastadas.

—Yo no le pediría demasiado —me atreví a insinuarle—. El pasado no puede volver.

—¿El pasado no puede volver? —gritó, lleno de incredulidad—. ¡Claro que sí!

Miró en torno suyo, violentamente, como si el pasado acechara en las sombras de su casa, cerca y lejos del alcance de su mano.

—Todo quedará como antes —dijo, moviendo la cabeza con decisión— y ella se dará cuenta.

Habló largo rato sobre el pasado, y comprendí que quería recuperar algo, quizás una idea de sí mismo que se transfirió a su amor por Daisy. Desde entonces, su vida fue confusa y desordenada, pero si una vez, sólo una vez, lograra regresar a determinado punto de partida y repetirlo todo lentamente, sabría qué era lo que buscaba...

... Una noche de otoño, cinco años atrás, estuvieron paseando por la calle mientras las hojas caían, y llegaron a un lugar donde no había árboles, y la vereda aparecía blanca a la luz de la luna. Se frenaron y se miraron. Era una fresca noche con esa misteriosa excitación que late en los dos cambios anuales. Las quietas luces de las casas centelleaban rompiendo la oscuridad, y entre las estrellas reinaba agitación y movimiento. Gatsby se daba cuenta de que el mundo le ofrecía una escalera que podía conducirlo a las alturas, por encima del nivel vulgar. Pero tenía que subirla solo. Y cuando llegase a la meta, podría acercar sus labios a las fuentes de la vida y beber el néctar incomparable de la gloria.

Cuando el blanco rostro de Daisy se acercó al suyo, su corazón empezó a latir más rápido. Sabía que cuando besara a aquella muchacha y uniera para siempre sus inefables visiones a aquel aliento perecedero, su cerebro no se agitaría ya como la mente de un dios. Por eso esperó, escuchando un instante más, el misterioso oráculo de una estrella. Después la besó, y con el roce de sus labios, ella se abrió como una flor.

En medio de todo lo que dijo, incluso en medio de su abrumador sentimentalismo, me hizo acordar de algo, un ritmo elusivo, un fragmento de palabras perdidas que yo había escuchado en algún lado hacía mucho tiempo. Por un momento una frase intentó formarse en mi boca y mis labios se entreabrieron como los de un tonto, como si en ellos hubiera más violencia que la de una ráfaga huracanada. Pero no emitieron ningún sonido, y lo que había estado a punto de recordar se perdió para siempre.

Capítulo VII

Fue en el mismo momento en que la curiosidad por Gatsby estaba en su apogeo cuando, un sábado, las luces de su casa no funcionaron; y tan oscuramente como había empezado, su carrera de Trimalción había terminado. Sólo poco a poco me fui dando cuenta de que los automóviles que aparcaban esperanzados en la explanada se quedaban ahí sólo un minuto, y después se alejaban de mala gana. Preguntándome si estaría enfermo, fui a averiguar a su propia casa. Un mayordomo desconocido con cara de malo me miró recelosamente desde la puerta.

—¿El señor Gatsby está enfermo?

—No. —Tras una pausa, añadió: «señor», con evidente mala gana.

—Es que al no verlo me preocupé. Dígale que ha venido el señor Carraway.

—¿Quién? —preguntó groseramente.

—Carraway.

—Carraway... Bueno... Se lo diré. —Y cerró la puerta de un golpe.

Mi finlandesa me informó que hacía una semana que Gatsby había despedido a todo el servicio, sustituyéndolo por media docena de criados que nunca iban a West Egg a ser sobornados por los puesteros, sino que pedían las provisiones por teléfono. El chico de la proveeduría hizo saber que la cocina parecía una pocilga, y la opinión del pueblo era que aquel personal no estaba compuesto, en modo alguno, por verdaderos criados.

Al día siguiente, Gatsby me llamó por teléfono.

—¿Te vas? —le pregunté.

—No, camarada.

—Porque me enteré de que despediste a todo el servicio.

—Estaba buscando gente discreta. Daisy viene por las tardes con bastante frecuencia...

¡De modo que toda la ostentosa exhibición se había derrumbado como castillo de naipes ante la desaprobación asomada a los ojos de Daisy!

—Es gente a la que Wolfsheim quería que ayudara. Son hermanos..., habían tenido un pequeño hotel.

—Comprendo.

Me llamaba a pedido de Daisy. ¿Me gustaría ir al día siguiente a almorzar a la casa de ella? La señorita Baker también iría. Daisy me llamó media hora más tarde. Pareció aliviada al enterarse de que no faltaría. Algo pasaba. Y, no obstante, se me hacía difícil creer que escogerían esta oportunidad para una escena, en particular para la más bien conmovedora escena que Gatsby me esbozara en el jardín.

El día siguiente fue tórrido; casi el último día de verano, y desde luego el más caluroso. Cuando el tren en el que yo iba pasó del túnel a la luz del sol, únicamente las sirenas de la National Biscuit Company rompieron el hirviente silencio del mediodía. Los asientos de paja estaban al borde de la combustión. Por unos instantes, la mujer que iba sentada al lado mío sudó delicadamente sobre su blanca blusa; luego, mientras un diario se humedecía en sus manos, se entregó a un ataque de profundo calor, prorrumpiendo en un grito desolado. Su monedero se cayó al piso:

—¡Oh! —jadeó.

Le levanté el monedero, agachándome fatigosamente y, con el brazo estirado, para dar a entender que no tenía el menor designio nefasto, se lo entregué. Sin embargo, todos los que allí se encontraban, incluso ella, me miraron con recelo.

—¡Calor...! —murmuraba el guarda a los rostros conocidos—. ¡Qué clima...! Calor..., calor... ¿Le parece que hace bastante calor...? Calor..., calor...

Mi boleto volvió a mí con una mancha oscura, huella de sus dedos. Me parecía imposible que, con aquel calor, alguien pudiera interesarse por unos labios encendidos o por la cabeza que, por la noche, empaparía de sudor el bolsillo de su pijama, encima del corazón...

A través del vestíbulo de la casa de Buchanan cruzó un ligero viento que nos trajo a Gatsby y a mí el sonido del teléfono, mientras esperábamos en la puerta.

—¿El cuerpo del amo? —rugía el mayordomo—. Lo lamento, Madame... No se lo podemos facilitar; está demasiado caliente... No se lo puede tocar... Por lo menos, este mediodía...

Lo que en realidad dijo, fue: «Sí..., sí..., ya veré...»

Dejó el aparato y se dirigió hacia nosotros, deslizándose ligeramente para tomar nuestros sombreros de paja.

—Madame los espera en el salón —exclamó, indicándonos, superfluamente, la dirección. Con aquel calor, cualquier gesto inútil constituía una afrenta a la existencia humana.

La habitación, preservada con amplios toldos, aparecía oscura y fresca. Daisy y Jordan estaban echadas como ídolos de plata en un enorme sofá, y sus blancos trajes ondeaban bajo la brisa cantarina de los ventiladores.

—No nos podemos mover —exclamaron al unísono.

Los dedos de Jordan, cubiertos de polvos que disimulaban su bronceado, descansaron un instante en los míos.

—¿Y el señor Thomas Buchanan, el atleta? —inquirí.

Simultáneamente oí su voz gruñona, ahogada y ronca, en el teléfono del vestíbulo.

Gatsby se quedó de pie en el medio de la alfombra roja, mirando a su alrededor con ojos fascinados. Daisy lo miró y se echó a reír con su dulce y excitante risa; una nubecita de polvos voló de su pecho al aire.

—Se rumorea —susurró Jordan— que la amiguita de Tom está al teléfono.

Nos quedamos callados. En el vestíbulo, la voz se elevó, en tono de enojo: «Muy bien, entonces no le vendo el coche. No tengo ninguna obligación con usted, y por lo que se refiere a fastidiarme con estas cosas a la hora de almorzar, le advierto que no estoy dispuesto a aguantarlo...»

—Con el teléfono en la mano —dijo Daisy, cínicamente.

—No, no —le aseguré—. Es un asunto de buena fe. Da la casualidad de que estoy enterado.

Tom abrió la puerta de par en par, bloqueó por un instante el hueco con su compacto cuerpo y se apresuró a entrar en la habitación.

—Señor Gatsby. —Le tendió su ancha y aplastada mano con bien disimulado desagrado—. Encantado de verlo, caballero... ¿Qué tal, Nick?

—Prepara algo fresco —pidió Daisy.

Al salir Tom de la habitación, la joven se puso de pie, se acercó a Gatsby y, atrayendo su rostro, lo besó en la boca.

—Sabes que te quiero —murmuró.

—Olvidas que hay una dama —dijo Jordan.

Daisy miró a su alrededor con aire de duda.

—Puedes besar a Nick, si quieres. ¡Qué chica tan ordinaria! ¡Qué soez!

—No me importa... —gritó Daisy; y empezó a cargar la chimenea. Entonces se acordó del calor y se sentó, abochornada, en el sofá, en el momento en que una niñera escrupulosamente limpia entraba conduciendo a una niña.

—Preciosa... Cielo... —canturreó Daisy, tendiéndole los brazos—. Ven con mami que te quiere...

La niña, luego de que la criada la soltara, se precipitó a través del cuarto y se agarró tímidamente al vestido de su madre.

—Belleza... Preciosa... Mamá te empolvó tu pelo rubio... Vamos, ponte en pie y saluda a estos señores... Di: «¿Cómo-tá-uté?»

Gatsby y yo nos inclinamos, tomando la pequeña y reacia manito. Gatsby miraba, sorprendido, a la niña; creo que hasta aquel momento no había creído en su existencia.

—Me vestí antes de almorzar —dijo la niña, volviéndose vehementemente hacia Daisy.

—Eso fue porque mamá quería que te vieran. —Su rostro se inclinó hacia la única arruga del pequeño y blanco cuello almidonado—. Eres un sueño..., un sueño chiquitín.

—Sí —admitió la niña, tranquilamente—. Tía Jordan también lleva vestido blanco.

—¿Te gustan los amigos de mamá? —Daisy la puso frente a Gatsby—. ¿Te parecen lindos?

—¿Dónde está papá?

—No se parece a su padre —dijo Daisy—; se parece a mí. Tiene mi pelo y mis facciones.

Daisy se sentó, otra vez, en el diván; la niñera se adelantó, tendiendo la mano.

—Vamos, Pammy.

—Adiós, cariño.

Con una mirada de resignado disgusto, la obediente niña tomó la mano de la niñera, que la arrastró fuera, en el momento en que Tom regresaba con cuatro *gin rickys* que tintineaban, llenos de hielo.

Gatsby tomó una copa.

—Parecen bien frescos —comentó con visible nerviosismo.

Bebimos, en largos y ansiosos sorbos.

—En algún lado leí que el sol está más caliente cada año —dijo Tom, de buen humor—. Parece que pronto la tierra se caerá en el sol o..., esperen un minuto, no, es al revés, el sol se enfría cada año... Venga conmigo —le sugirió repentinamente a Gatsby—, me gustaría mostrarle la casa.

Salí con ellos a la terraza. Por el verde Sound, estancado por el calor, una pequeña vela reptaba lentamente hacia el fresco mar. Los ojos de Gatsby la siguieron lentamente unos instantes, después levantó la mano y señaló a través de la bahía.

—Vivo exactamente enfrente de ustedes.

Nuestras miradas pasaron por encima de los macizos de rosas, del cálido césped y de los herbosos desperdicios de los días caniculares en la costa. Las blancas alas del barquito se movían lentamente, destacándose en el azul y fresco límite del cielo. Más allá, se veía el ondulante océano, con sus numerosas y plácidas islas.

—¡Eso es un deporte! —dijo Tom, entusiasmado—. Me gustaría pasar una hora con ese tipo. Almorzamos en el comedor, protegido, también, contra el calor, y bebimos con nerviosa alegría la cerveza fresca.

—¿Qué haremos por la tarde? —preguntó Daisy—. ¿Y mañana? ¿Y los treinta próximos años?

—No seas morbosa —dijo Jordan—. En otoño, cuando empieza a refrescar, la vida empieza de nuevo.

—¡Si hace tanto calor! —insistió Daisy, a punto de echarse a llorar—, y todo es tan confuso... ¡Vámonos a la ciudad!

Su voz luchaba contra el calor, golpeándolo, moldeando su absurdo en las más diversas formas.

—Escuché decir que a veces transforman a los establos en garajes —le decía Tom a Gatsby—, pero yo soy el primero que hizo de un garaje un establo.

—¿Quién quiere ir a la ciudad? —insistió Daisy. Los ojos de Gatsby se fijaron en ella—. ¡Ah! —exclamó la joven—, ¡tienes un aspecto tan fresco...!

Sus pupilas se encontraron, y en el espacio se miraron largamente. Haciendo un esfuerzo, Daisy dirigió su mirada a la mesa:

—¡Tienes siempre un aspecto tan sereno!

Le había dicho que lo amaba, y Tom Buchanan lo comprendió. Estaba atónito. Su boca se entreabrió; miró a Gatsby, y después a Daisy, como si acabara de reconocer en ella a alguien conocido mucho tiempo atrás.

—Te pareces al anuncio del hombre —prosiguió Daisy, inocentemente—. ¿Conoces el anuncio del hombre...?

—Está bien —interrumpió Tom, con rapidez—, estoy perfectamente dispuesto a ir a la ciudad. Vamos, vamos todos a la ciudad.

Se levantó; sus ojos seguían centelleando entre su mujer y Gatsby. Nadie se movió.

—Vamos. —Su irritabilidad empezaba a hacerse visible—. ¡A ver...! ¿Qué pasa? Si vamos a ir a la ciudad, vámonos de una vez.

Su mano, temblorosa por el esfuerzo que hacía para dominarse, llevó a sus labios el vaso de cerveza. La voz de Daisy nos hizo levantar, y salimos a la ardiente grava de la alameda.

—¿Nos vamos a ir así? —protestó Daisy—. ¿Sin dejar que nadie se fume un cigarrillo?

—Ya todos fumamos durante el almuerzo.

—¡Oh, divirtámonos! —rogó ella—. Hace demasiado calor para enfadarse.

Tom no contestó.

—Como quieras —dijo su mujer—. Vamos, Jordan.

Subieron a arreglarse. El plateado disco de la luna asomaba ya por Occidente. Gatsby empezó a hablar, cambió de opinión, pero no antes de que Tom se diera vuelta y lo mirara expectante.

—¿Tiene aquí los caballos? —preguntó Gatsby, al fin, haciendo un esfuerzo.

—Más o menos a un cuarto de milla, por la carretera.

—¡Ah!

Una pausa.

—No veo la razón de ir a la ciudad —declaró Tom, rabiosamente—. ¡Se les mete cada cosa en la cabeza a esas mujeres...!

—¿Nos llevamos algo para beber? —preguntó Daisy, desde una ventana.

—Llevaré algo de whisky —repuso Tom, entrando en la casa.

Gatsby se volvió rígidamente.

—En su casa no puedo decir nada, camarada.

—Es que Daisy tiene una voz tan indiscreta... —observé—. Está llena de... —vacilé.

—Su voz está llena de dinero... —dijo de repente.

Eso era. Hasta entonces no lo había entendido. Estaba llena de dinero; eso constituía el inagotable encanto que en ella subía y bajaba: el tintineo, la canción de los címbalos... En lo más alto de un blanco palacio, Daisy la hija del rey, la muchacha de oro...

Tom salió envolviendo en una toalla una botella, seguido de Daisy y Jordan, que se habían puesto sombreritos apretados de tela metálica y llevaban al brazo ligeros abrigos.

—Vamos todos en mi coche —sugirió Gatsby. Tocó el caliente cuero verde del asiento—. Tendría que haberlo dejado a la sombra.

—¿Tiene la caja de cambios normal? —preguntó Tom.

—Sí.

—Bueno, agarre usted mi coche y déjeme que yo lleve el suyo.

La sugerencia le desagradó a Gatsby.

—Me parece que no tiene suficiente nafta.

—Tiene de sobra —exclamó Tom, ruidosamente, mirando el indicador—, y si se acaba, siempre estoy a tiempo de pararme en una estación de servicio... Hoy en día, en las estaciones de servicio se encuentra de todo.

Al oír esta frase, aparentemente insustancial, Daisy miró a Tom con las cejas fruncidas, al tiempo que una enigmática expresión, que para mí resultaba poco familiar y vagamente reconocible, como si sólo la conociera descrita en palabras, cruzó el rostro de Gatsby.

—Vamos, Daisy —dijo Tom, empujándola al coche de Gatsby—. Te voy a llevar en este carronato de circo.

Abrió la puerta, pero ella se puso fuera del alcance de sus brazos.

—Llévate a Nick y a Jordan; nosotros te seguiremos en la cupé.

Pasó por delante de Gatsby, rozándole la chaqueta con la mano. Jordan, Tom y yo nos acomodamos en el asiento de adelante. Tom maniobró desconocidos mecanismos y nos lanzó a través del opresivo calor, hasta que perdimos de vista a Gatsby y Daisy.

—¿Viste eso? —preguntó Tom.

—¿Qué...?

Me miró agudamente, sospechando que Jordan y yo estábamos enterados de todo.

—Se piensan que soy tonto, ¿no? —murmuró—. Quizá lo sea, pero tengo una especie de doble visión que a menudo me indica lo que tengo que hacer. Tal vez no lo crean, pero la ciencia...

Se detuvo, la inmediata contingencia lo sorprendió, lo apartó del borde del abismo teórico.

—Hice una pequeña investigación sobre este tipo —prosiguió—. Podría haber ido más hondo si hubiese sabido...

—¿Quieres decir que fuiste a ver a un médium? —inquirió Jordan, burlona.

—¿Qué...? —Nos miró, confundido, al oírnos reír—. ¿Un médium?

—Para Gatsby...

—¿Para Gatsby? No. Dije que estuve haciendo una pequeña averiguación sobre su pasado.

—Y te enteraste de que fue alumno de Oxford —dijo Jordan, ayudándolo.

—¿Alumno de Oxford? ¡Un cuerno...! ¡Usa traje rosa!

—Igual fue alumno de Oxford.

—Oxford, Nuevo México —respondió Tom, despreciativamente—, o algo parecido.

—Oye, Tom: si eres tan esnob, ¿por qué lo invitaste a almorzar? —preguntó Jordan.

—Fue Daisy la que lo invitó... Lo conoce desde antes de casarnos. Dios sabe dónde lo habrá conocido.

Los efectos de la cerveza desaparecían, y todos estábamos irritados; dándonos cuenta del creciente mal humor, nos quedamos un rato callados. Entonces, cuando los apagados ojos del doctor T. J. Eckleburg aparecieron en la carretera, me acordé de la advertencia de Gatsby sobre la nafta.

—Tenemos suficiente como para llegar a la ciudad —afirmó Tom.

—¡Ahí mismo hay una estación de servicio!

—dijo Jordan—. No tengo ganas de quedarme encerrada en este horno.

Tom apretó el freno con impaciencia. Nos deslizamos por un abrupto y polvoriento terreno, hasta detenernos debajo del letrero de Wilson. Al cabo de un momento, el propietario salió de su establecimiento, mirando el coche con rostro inexpresivo.

—¡Cárguenos combustible! —pidió Tom, ásperamente—. ¿Para qué cree que paramos, para mirar el paisaje?

—Estoy enfermo —dijo Wilson, sin moverse—. Estuve así todo el día.

—¿Qué le pasa?

—Estoy destruido.

—¿Me cargo combustible yo mismo? —preguntó Tom—. Por teléfono se lo escuchaba lo suficientemente bien.

Con un esfuerzo, Wilson abandonó la sombra del umbral y, respirando ruidosamente, desenroscó la tapa del tanque. A la luz del sol, su rostro tenía un tinte verdoso.

—No quería interrumpir su almuerzo —dijo—, pero necesito dinero urgentemente, y me preguntaba qué haría con el coche viejo...

—¿Qué le parece este? —preguntó Tom—. Lo compré la semana pasada.

—Tiene un bonito color amarillo —dijo Wilson, haciendo girar dificultosamente la manivela.

—¿Lo compra?

—Buena oportunidad. —Sonrió débilmente—. Sin embargo, podría hacer algún dinero con el otro.

—¿A qué viene esa repentina necesidad de dinero?

—He pasado demasiado tiempo aquí; me quiero ir... Mi mujer y yo queremos marcharnos al oeste.

—¿Que su mujer quiere...! —exclamó Tom, sorprendido.

—Lleva diez años diciéndolo. —Descansó un instante apoyado en la bomba, tapándose los ojos—. Y ahora va a marcharse, tanto si quiere como si no; pienso llevarla conmigo.

La cupé pasó velozmente por nuestro lado, levantando una ráfaga de polvo y dejando ver el centelleo de una mano.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Tom, ásperamente.

—Estos últimos días me enteré de algunas cosas raras —observó Wilson—; por eso quiero irme... Por eso lo molesté con lo del coche.

—¿Cuánto le debo?

—Un dólar veinte.

El implacable y asfixiante calor empezaba a aturdirme; pasé un mal rato antes de darme cuenta de que las sospechas de Wilson no se habían dirigido aún sobre Tom. Había descubierto que Myrtle tenía otra vida lejos de él, en otro mundo, y la conmoción lo había enfermado físicamente. Lo miré, después miré a Tom, que en menos de una hora había hecho un descubrimiento paralelo, y pensé que no había diferencia de raza o de inteligencia tan profunda como la indiferencia entre sanos y enfermos. Wilson estaba tan enfermo que tenía aspecto culpable, imperdonablemente culpable, como si acabara de violar a una pobre muchacha.

—Tendrá el coche —concedió Tom—. Mañana por la tarde se lo mandaré.

Aquel lugar resultaba siempre vagamente inquietante, incluso a plena luz del día; me di vuelta como si hubiesen avisado de algún peligro a mis espaldas. Las gigantescas pupilas del doctor Eckleburg seguían vigilando por encima de los montones de ceniza, pero al cabo de un rato advertí que otros ojos nos miraban a menos de veinte pies de distancia.

Las cortinas de una de las ventanas que se abrían encima del garaje habían sido apartadas, y Myrtle Wilson estaba mirando el coche. Tan absorta estaba que no se daba cuenta de que era observada. En su rostro se dibujaban las más diversas emociones, como imágenes de una película proyectada en cámara lenta. Su expresión era curiosamente familiar, expresión a menudo vista en rostros femeninos, aunque en el suyo parecía inexplicable y absurda, hasta que me di cuenta de que sus pupilas, dilatadas en celoso terror, estaban fijas no en Tom, sino en Jordan Baker, a quien creyó su esposa.

No hay confusión como la confusión de una mente sencilla; mientras nos alejábamos, Tom experimentaba los ardientes latigazos del pánico. Su mujer y su amante, hasta una hora antes seguras e inviolables, eludían, precipitadamente, su dominio. Por instinto, pisó el acelerador, con el doble propósito de alcanzar a Daisy y dejar atrás a Wilson. Corrimos hacia Astoria, a cincuenta millas por hora, hasta que, bajo los retorcidos cables del puente levadizo, advertimos la cupé azul, que corría tranquilamente.

—Esos cines de la calle Cincuenta son frescos —observó Jordan—. Me gusta Nueva York en las tardes de verano, cuando la gente está fuera. En todo hay algo muy sensual, maduro, como si una clase de frutas exóticas fuera a caer en nuestras manos.

La palabra «sensual» tuvo el efecto de preocupar todavía más a Tom, pero antes de concebir una protesta, la cupé se detuvo y Daisy nos hizo una seña para que nos acercáramos.

—¿Adónde vamos?

—¿Qué les parece ir al cine?

—Demasiado calor —se quejó—. Vayan ustedes. Nosotros damos una vuelta y después los vamos a buscar. —Su ingenio despertó débilmente, con esfuerzo—: Los esperaremos en alguna esquina... Para que me reconozcan, voy a estar fumando dos cigarrillos.

—Dejemos eso, ahora —dijo Tom, impaciente, en el momento en que un camión dejaba oír un agudo bocinazo a nuestras espaldas—. Síganme a la parte sur del Central Park, frente al Plaza.

En el camino, se dio vuelta varias veces, buscando el otro coche; si el tráfico los detenía, aminoraba la marcha hasta verlos de nuevo. Creo que tenía miedo de que doblaran en una calle transversal y desaparecieran para siempre. Pero no lo hicieron, y todos dimos el paso, menos explicable, de alquilar un salón en el Hotel Plaza.

No recuerdo la prolongada y tumultuosa discusión que nos terminó llevando en rebaño a esa habitación, aunque tengo el agudo recuerdo físico de que durante dicha polémica mi ropa interior empezó a trepar por mis piernas como una serpiente, mientras intermitentes gotas de sudor corrían, frescas, por mi espalda. La sugerencia

de Daisy de alquilar cinco cuartos de baño y tomar baños fríos asumió la forma más tangible de limitarnos «a alquilar un lugar donde beber un *mint-julep*». Todos dijimos, una y otra vez, que era una idea absurda; le hablábamos en coro a un asombrado conserje, y creíamos, o pretendíamos creer, que estábamos resultando graciosos.

La habitación era grande y sofocante. Aunque eran las cuatro de la tarde, las ventanas abiertas sólo dejaron paso a una ráfaga embalsamada con los cálidos aromas de las hierbas del parque. Daisy se acercó al espejo y se dedicó a acomodarse el pelo, de espaldas a nosotros.

—Es un salón estupendo —susurró Jordan, respetuosamente; y todos nos echamos a reír.

—Abre otra ventana —ordenó Daisy, sin volverse.

—No hay más.

—Entonces lo mejor es que llames por teléfono y pidas un hacha.

—Lo que hay que hacer es no pensar en el calor —dijo Tom, impacientemente—, dándole tanta importancia lo empeoran diez veces. —Desenvolvió la botella de whisky de la toalla y la puso sobre la mesa.

—¿Por qué no la deja en paz, camarada? —observó Gatsby—. Fue usted quien quiso venir a la ciudad. Hubo un momento de silencio. La guía telefónica se salió de su clavo y se cayó al piso. Jordan susurró: «perdón...», pero nadie se rio.

—Yo la levanto —me ofrecí.

—Ya la tengo. —Gatsby examinó el hilo roto, murmurando—: ¡Hmm...! —y la tiró encima de una silla.

—Magnífica expresión, ¿verdad? —dijo Tom, agudamente.

—¿Cuál?

—Eso de «camarada...» ¿Dónde lo aprendió?

—Vamos, Tom —dijo Gatsby, apartándose del espejo—. Si empieza a hacer comentarios de índole personal, no me quedo ni un minuto... Pida hielo para el *mint-julep*.

En el momento en que Tom levantaba el teléfono, el calor comprimido estalló en ruidos; hasta nosotros llegaron los portentosos acordes de la marcha nupcial, procedentes del salón de baile de la planta baja.

—¡Es asombroso que haya alguien a quien se le ocurra casarse con este calor! —dijo Jordan, tristemente.

—Yo me casé a mediados de junio —recordó Daisy—. Louisville..., en junio; alguien se desmayó. ¿Quién fue, Tom?

—Biloxi —repuso, ásperamente, el interpelado.

—Un hombre llamado Biloxi, «Blocks» Biloxi, fabricante de cajas..., y era de Biloxi, Tennessee.

—Lo llevaron a casa —añadió Jordan— porque vivíamos junto a la iglesia... Se quedó tres semanas, hasta que papá le dijo que se largase. Y el día después de que se fue, papá se murió. —Al cabo de un rato, agregó—: Después ya no tuvo ninguna relación con nosotros.

—Conocí a un Bill Biloxi, de Memphis —dije.

—Era su primo... Antes de que se fuera me enteré de la historia de toda su familia... Me regaló un palo de golf de aluminio que todavía uso.

Al empezar la ceremonia, la música se había apagado; a través de la ventana salían alegres vivas, seguidos por intermitentes gritos de «¡yea-ea-ea!», y, finalmente, un estallido de jazz al empezar el baile.

—Nos hacemos viejos... —dijo Daisy—. Si fuéramos jóvenes, nos levantaríamos y bailaríamos.

—Acuérdate de Biloxi —le advirtió Jordan—. ¿Dónde lo conociste, Tom?

—¿A Biloxi...? —Se concentró con un esfuerzo—. No lo conocía. Era amigo de Daisy.

—No —negó ella—. No lo había visto nunca. Llegó en el coche privado...

—Dijo que te conocía..., que había crecido en Louisville. Asa Bird lo trajo a última hora y preguntó si había lugar para él.

Jordan sonrió.

—Probablemente vagabundeaba camino a su casa. Me dijo que era presidente de tu clase, en Yale.

Tom y yo nos miramos extrañados.

—¡Biloxi!

—En primer lugar, no teníamos presidente...

El pie de Gatsby inició un corto e inquieto redoble. De repente, Tom lo miró:

—A propósito, Gatsby, tengo entendido que es usted ex alumno de Oxford.

—No exactamente.

—¡Sí!; tengo entendido que estuvo en Oxford.

—Sí, estuve allí.

Una pausa. Luego, la voz de Tom, incrédula, insultante:

—Debió de ser más o menos en la misma época en que Biloxi estuvo en New Haven.

Otra pausa. Un camarero tocó la puerta y entró con menta aplastada y hielo pero ni su «gracias», ni el suave cerrarse la puerta rompieron el silencio. Por fin se iba a aclarar el tremendo detalle.

—Le digo que estuve allí.

—Ya lo escuché; pero me gustaría saber cuándo fue eso.

—En 1919. Sólo estuve cinco meses; por eso no puedo decir realmente que soy en ex alumno.

Tom nos miró para ver si también nosotros reflejábamos su incredulidad; pero todos mirábamos a Gatsby.

—Fue una oportunidad que se les otorgó a algunos oficiales después del armisticio —prosiguió—. Podíamos ir a cualquiera de las universidades de Inglaterra o Francia.

Sentí impulsos de levantarme y darle una palmada en la espalda. Experimentaba una renovación de completa confianza, que ya antes había sentido.

Daisy se levantó, sonriendo, y se dirigió lentamente a la mesa.

—Destapa el whisky, Tom —ordenó—. Te haré un *mint-julep*; verás cómo no te encontrarás tan estúpido... ¡Miren la menta...!

—Un minuto —saltó Tom—. Me gustaría hacerle otra pregunta al señor Gatsby.

—Adelante —dijo Gatsby, cortésmente.

—Vamos a ver: ¿qué clase de lío pretende armar en mi casa?

Por fin se veían las caras; Gatsby estaba contento.

—No está armando ningún lío. —Daisy miró desesperadamente a uno y a otro—. Tú estás armando un lío... ¡Por favor, contrólate un poco...!

—¡Controlarme! —repitió Tom, maravillado—. Supongo que la última moda es quedarse sentado tranquilamente y dejar que Don Nadie de Ningún Lado le haga el amor a tu mujer... Bueno, si esa es la idea, no cuentes conmigo. Ahora la gente empieza a burlarse de la vida de familia y de las instituciones familiares; y más adelante van a tirar todo por la borda y van a hacer matrimonios interraciales entre blancos y negros.

Sofocado por su apasionada diatriba, se vio a sí mismo, erguido, solo, en la última barrera de la civilización.

—Acá somos todos blancos... —murmuró Jordan.

—Sé que no soy muy popular... No doy grandes fiestas... Supongo que, en el mundo moderno, para tener amigos hay que convertir las casas en pocilgas.

Enfadado como yo estaba, como estábamos todos, me entraban ganas de reír cada vez que Tom abría la boca, tan radical era su transformación de libertino en moralista pedante.

—Tengo algo que decir... —empezó Gatsby; pero Daisy adivinó su intención.

—No, por favor —interrumpió, suplicante—. ¡Vámonos a casa! ¿Por qué no nos vamos a casa...?

—Es una buena idea. —Me levaté—. Vamos, Tom, nadie quiere beber...

—Quiero saber lo que el señor Gatsby tiene que decir.

—Su mujer no lo ama —dijo Gatsby—; nunca lo amó. ¡Me ama a mí!

—¡Usted debe estar loco! —exclamó Tom, automáticamente.

Gatsby se puso de pie, ardiendo de excitación.

—Nunca lo amó, ¿me escucha? Se casó con usted porque yo era pobre y se cansó de esperarme... Fue una terrible equivocación, pero en su corazón nunca amó a otra persona, siempre me amó a mí.

Al llegar a este punto, Jordan y yo intentamos irnos, pero Tom y Gatsby insistieron con obstinada firmeza en que nos quedáramos, como si no tuvieran nada que ocultar, y como si nos concedieran el obligado privilegio de compartir sus emociones.

—Siéntate, Daisy. —La voz de Tom buscó inútilmente la nota paternal—. ¿Qué hubo entre ustedes? Quiero enterarme de todo...

—Ya le dije lo que hubo —dijo Gatsby—. Hace cinco años que dura, y usted lo ha estado ignorando.

Tom se volvió bruscamente hacia Daisy.

—¿Lo estuviste viendo durante cinco años?

—No viéndonos —dijo Gatsby—. No podíamos vernos. Sin embargo, nos estuvimos queriendo todo el tiempo, camarada, y usted no lo sabía. A veces me reía —sin embargo, a sus ojos no asomó la menor hilaridad— al pensar que usted no lo sabía.

—¡Oh, eso es todo...! —Tom juntó sus dedos en actitud beatífica, y se recostó en la silla—. ¡Está loco! —estalló—. No puedo decir nada de lo que ocurrió hace cinco años porque no conocía a Daisy, y que me maten si entiendo cómo pudo acercársele a una milla de distancia a menos que trajera las verduras por la puerta de atrás. Pero todo lo demás es una maldita mentira. Daisy me amaba cuando nos casamos y todavía me ama.

—No —dijo Gatsby, moviendo la cabeza.

—Claro que sí. El problema es que a veces se le meten ideas tontas en la cabeza y no sabe lo que está haciendo —afirmó Tom juiciosamente—. Y, es más, yo también la amo. De vez en cuando me voy por ahí y me comporto como un imbécil, pero siempre vuelvo. Y en mi corazón nunca dejo de amarla.

—¡Eres asqueroso! —exclamó Daisy. Se volvió hacia mí. Su voz bajó una octava y llenó la habitación con su escalofriante sarcasmo—. ¿Sabes por qué nos fuimos de Chicago? Me extraña que no te hayan deleitado con la historia de cuando se fue por ahí.

Gatsby se le acercó y se paró a su lado.

—Ya pasó todo, Daisy —le dijo ansiosamente—. Ya no importa. Sólo dile la verdad, que nunca lo amaste, y todo queda borrado para siempre.

Ella lo miró sin verlo.

—¿Cómo podría amarlo...?

—Nunca lo amaste.

Daisy dudó. Sus ojos nos miraron a Jordan y a mí con una especie de súplica, como si, por fin, se diera cuenta de lo que estaba haciendo, y como si nunca hubiese tenido, para nada, la intención de hacer algo. Pero ya estaba hecho. Era demasiado tarde.

—Nunca lo amé —dijo, con perceptible esfuerzo.

—¿Tampoco en Kapiolani? —inquirió Tom, súbitamente.

—No...

Desde el salón de baile de abajo, ahogados y sofocantes acordes flotaban hacia arriba empujados por cálidas oleadas de aire.

—¿Ni el día en que te llevé en brazos desde Punch Bowl, para que no te mojaras los pies? —En su voz había una ronca ternura—. ¡Contéstame, Daisy...!

—No, ¡por favor! —Su voz era fría, pero todo el rencor había desaparecido. Miró a Gatsby—. Jay —dijo. Su mano estaba temblando cuando intentó encender un cigarrillo. De golpe tiró el cigarrillo y el fósforo encendido a la alfombra—. ¡Pides demasiado! —le gritó a Gatsby—. Te amo ahora, ¿no es suficiente? No puedo evitar lo que pasó —empezó a llorar, completamente indefensa—. Es cierto que amé a Tom, pero también te amaba a ti.

Gatsby parpadeó, desconcertado.

—¿También me amabas? —repitió Gatsby

—Incluso eso es mentira —dijo Tom, salvajemente—. Ella no sabía que usted estaba vivo... ¡Vaya, hay cosas entre Daisy y yo que usted nunca podrá saber...! Cosas que ninguno de los dos podremos olvidar.

Estas palabras parecieron morder físicamente a Gatsby.

—Quiero hablar a solas con Daisy —insistió—. Está muy nerviosa.

—Ni siquiera sola voy a poder decir que nunca amé a Tom... —admitió Daisy con voz lastimera—. No sería cierto.

—Claro que no —asintió Tom.

Daisy se dirigió a su marido:

—¡Como si te importara...!

—¡Claro que me importa! De ahora en adelante te voy a cuidar más.

—¿Es que no lo comprende? —dijo Gatsby, con algo de pánico—. Usted no va a cuidar más de ella.

—Ah, ¿no? —Tom abrió los ojos desmesuradamente y se empezó a reír. Ahora podía darse el lujo de controlarse—. ¿Y por qué?

—Daisy lo deja.

—¡Absurdo!

—Pero es así —dijo ella, haciendo un visible esfuerzo.

—¡No me deja! —Las palabras de Tom parecieron abalanzarse sobre Gatsby—. No por un vulgar estafador que tendría que robar el anillo que le pusiera en el dedo.

—¡No soporto todo esto! —exclamó Daisy—. ¡Por favor..., vámonos!

—Después de todo, ¿quién es usted? —interrumpió Tom—. Uno de esos que andan con Meyer Wolfsheim... Lo sé... Hice una pequeña investigación sobre sus asuntos, y mañana la voy a seguir.

—Hágalo con gusto, camarada —dijo Gatsby tranquilamente.

—Descubrí qué eran sus droguerías. —Se volvió hacia nosotros, hablando de prisa—. Este y Wolfsheim compraron un montón de negocios ubicados en calles alejadas, acá y en Chicago, y en el mostrador vendían aguardiente de maíz. Esa es una de sus pequeñas hazañas... La primera vez que lo vi me dio la impresión de que era un contrabandista de alcohol, no estaba tan alejado.

—¿Y qué tiene...? —dijo Gatsby, cortésmente—. Supongo que su amigo Walter Chase no era tan orgulloso como para no meterse en el asunto.

—Y usted le dejó en la estacada, ¿no? Permitted que pasara un mes en la cárcel, en Nueva Jersey... ¡Por Dios! ¡Tendría que escuchar a Walter hablar de usted!

—Cuando nos vino a ver estaba completamente quebrado... Lo puso muy contento poder hacer algo de dinero, camarada.

—¡No me llame camarada! —gritó Tom. Gatsby no contestó—. Walter pudo haberlos denunciado por contravenir la ley de apuestas, pero Wolfsheim lo espantó y le hizo cerrar la boca. —La poco familiar, aunque reconocible expresión, asomó de nuevo en el rostro de Gatsby—. Ahora usted está metido en algo de lo que Walter no se anima a hablar.

Miré a Daisy, que miraba aterrorizada a ambos contendientes, y a Jordan, que había empezado a balancear un invisible e intrigante objeto en la punta de su mentón. Después me volví hacia Gatsby, y me sorprendió su expresión. Tenía el aspecto —y esto lo digo con todo el desprecio por el parloteo difamatorio de su jardín— de haber «matado a un hombre». Por un instante, la expresión de su rostro pudo ser descrita así, de esta fantástica manera.

La expresión desapareció, y él le empezó a hablar excitadamente a Daisy negándolo todo y defendiéndose contra acusaciones que nadie le había hecho. Sin embargo, con cada palabra suya, ella se retiraba más y más dentro de sí misma, por lo que Gatsby dejó todo eso a un lado, y sólo el sueño muerto siguió peleando mientras la tarde se desvanecía, intentando tocar lo que ya no era tangible, forcejeando triste, desesperanzadamente, por aquella voz perdida al otro lado de la habitación.

La voz volvió a rogar que nos fuéramos.

—¡Por favor, Tom, no lo aguanto más!

Sus ojos asustados decían que cualquier intención, cualquier valor que hubiera tenido, se había esfumado definitivamente.

—Daisy —dijo Tom—. Tú y Gatsby se van a casa en su coche.

Daisy lo miró alarmada, pero él insistió, con magnánimo desprecio:

—Puedes ir; ya no te va molestar. Me parece que ya se dio cuenta de que su presuntuoso pequeño flirteo se acabó.

Se fueron, sin una palabra, de repente, aislados, como fantasmas, incluso de nuestra pena.

Al cabo de un momento, Tom se puso de pie y envolvió de nuevo la botella de whisky.

—¿Quieren un poco de esto...? ¿Jordan...? ¿Nick...? —ofreció.

Yo no contesté.

—¿Nick...? —repitió.

—¿Qué...?

—¿Quieres un poco...?

—No... Me acabo de acordar de que hoy es mi cumpleaños.

Tenía treinta. Ante mí se extendía el portentoso y amenazador camino de una nueva década.

Eran las siete cuando subimos a la cupé y salimos para Long Island. Tom hablaba incesantemente, exultante, risueño, pero su voz estaba tan lejos de Jordan y de mí como el extraño bullicio callejero o el tumulto del tren elevado. La simpatía humana tiene sus límites, y nos complacía poder permitir que todas sus trágicas discusiones se desvanecieran con las luces de la ciudad. Treinta años... Promesa de una década de soledad, una lista más delgada de amigos solteros por conocer, un bolso de entusiasmo más delgado, el pelo más delgado... Pero Jordan estaba a mi lado y, al contrario que Daisy, era demasiado prudente como para arrastrar, de época en época, sueños olvidados. Al pasar por encima del oscuro puente, su pálido rostro se apoyó, perezosamente, sobre mi hombro, y el formidable tañido de los treinta años se apagó a la tranquilizadora presión de su mano.

Y así seguimos andando hacia la muerte a través del refrescante atardecer.

El joven griego Michaelis, dueño del café emplazado junto a los montones de ceniza, fue el principal testigo en el sumario judicial. Durmió durante las horas de más calor, hasta después de las cinco; después fue al garaje, donde encontró a George Wilson enfermo en su oficina. Auténticamente enfermo, tan pálido como su pálido cabello, y temblando de pies a cabeza. Michaelis le aconsejó que se metiera en la cama, pero Wilson se negó, diciendo que si lo hacía perdería un negocio, y mientras su vecino intentaba convencerlo, se escuchó arriba un tremendo barullo.

—Tengo a mi mujer encerrada —explicó Wilson, tranquilamente—. Y ahí se va a quedar hasta pasado mañana, y después nos vamos.

Michaelis se quedó anonadado. Durante cuatro años habían sido vecinos, y Wilson jamás había dado la impresión de ser capaz de llegar a tal extravagancia. Por lo general, era uno de esos hombres eternamente cansados; cuando no trabajaba, se sentaba en una silla junto a la puerta, mirando la gente y los coches que pasaban por la carretera. Cuando uno le hablaba, se reía, invariablemente, de manera agradable e inexpresiva. Le pertenecía a su mujer, no a sí mismo.

Naturalmente, Michaelis quiso saber qué había pasado, pero Wilson no le contó nada. En lugar de responder, empezó a dar curiosas y recelosas miradas a su visitante, y a preguntarle lo que estuvo haciendo en ciertos momentos de ciertos días. Cuando este último se empezaba a sentir incómodo, unos obreros pasaron en dirección a su restaurante, de modo que aprovechó la oportunidad para irse, con la idea de volver más tarde. Pero no volvió. En su declaración suponía que se había olvidado de hacerlo. Al salir de nuevo, a eso de las siete, se acordó de la conversación, porque en el garaje había oído la voz de la señora Wilson, sonora y regañona.

—¡Pégame! —oyó gritar—. Tírame al suelo y pégame... ¡Cochino cobarde!

Un instante después se precipitaba en el crepúsculo, agitando las manos y gritando; y antes de que Michaelis hubiera traspasado la puerta ya todo había pasado.

El «coche asesino», como lo llamaron los diarios, no se detuvo; salió de las sombras que empezaban a caer. Se bamboleó trágicamente y desapareció en la primera curva. Mavro Michaelis ni siquiera estaba seguro del color; al primer policía le dijo que era verde claro. El otro coche, que iba a Nueva York, se paró a cien yardas. Su conductor se apresuró a acercarse a Myrtle Wilson, que estaba de bruces en la carretera, sin vida, con una espesa y oscura mancha de sangre absorbida por el polvo.

Michaelis y este hombre fueron los primeros en llegar; cuando abrieron la blusa, todavía húmeda de sudor, vieron que el seno izquierdo de la víctima colgaba suelto como una aleta; no hacía falta auscultarle el corazón. Tenía la boca abierta, algo desgarrada en las comisuras, como si al entregar la tremenda vitalidad que durante tanto tiempo almacenara, se hubiera ahogado.

Estábamos todavía a cierta distancia cuando vimos a los tres o cuatro autos y a la gente ahí congregada.

—Un choque —dijo Tom—, eso es bueno. Al menos, Wilson tendrá algo que hacer.

Disminuyó la velocidad, sin la menor intención de pararse, hasta que, al aproximarnos, los atónitos y crispados rostros de la gente agrupada frente a la puerta del garaje lo impulsaron a frenar bruscamente.

—Vamos a dar un vistazo —dijo, vacilante—, sólo un vistazo.

A mis oídos llegó entonces un triste y desgarrador lamento que salía sin cesar del garaje, lamento que, al bajarnos del coche y dirigirnos a la puerta, se resolvió en las palabras: «¡Oh, Dios Santo!», repetidas una y otra vez en jadeante lloriqueo.

—Acá pasó algo malo —dijo Tom, excitado.

Se puso en puntas de pie y miró por encima de un círculo de cabezas en dirección al garaje, iluminado sólo por una luz amarilla colocada dentro de una oscilante cesta de metal. De su garganta salió un áspero ronquido y, con un violento empujón, se abrió camino.

El círculo se volvió a cerrar con un murmullo de advertencia. Pasó un minuto antes de que yo pudiera ver algo. Los que iban llegando desarmaban la fila, y Jordan y yo de repente estuvimos adentro.

El cuerpo de Myrtle Wilson, envuelto en dos mantas como si estuviera resfriada, yacía en un banco de trabajo, al lado de la pared. De espaldas a nosotros, Tom estaba inclinado, inmóvil, mirándola. A su lado había un policía de tránsito que anotaba nombres, con mucho sudor y corrección, en una libretita. No pude dar con la fuente del agudo alarido que resonaba clamorosamente por el desnudo garaje; después vi a Wilson en el umbral del despachito, tambaleándose de acá para allá, agarrado al marco de la puerta con las dos manos. Alguien le hablaba en voz baja. De vez en cuando intentaba apoyar una mano en su hombro, pero Wilson no oía ni veía. Sus ojos pasaban de la luz al banco, y volvía a tambalearse, y emitiendo, sin parar, su agudo y horrible clamor.

De pronto, Tom levantó la cabeza y, después de recorrer de una mirada el garaje con vidriosas pupilas, dirigió una confusa pregunta al policía.

—M-a-v —decía el policía.

—No..., erre —corrigió el otro hombre—, Mavro.

—Oiga —exclamó Tom, airadamente.

—Erre —dijo el policía—. Luego una o...

—Eso es. Ge...

—Ge... —Miró a Tom en el instante en que su manaza caía pesadamente sobre su hombro—. ¿Qué quiere?

—Quiero saber qué pasó.

—La atropelló un coche... Murió instantáneamente.

—Murió instantáneamente... —repitió Tom con los ojos desorbitados.

—Eché a correr por la carretera... El muy... sinvergüenza ni siquiera paró el coche.

—Pasaban dos coches. Uno yendo, otro viniendo... —intervino Mavro.

—¿Para dónde? —preguntó el policía, agudamente.

—Uno yendo pa' cada lado, y ella... —Su mano se levantó señalando las mantas, pero se detuvo a mitad de camino, cayendo otra vez—. Echó a correr... El que venía de N'York le dio de lleno..., yendo a treinta cuarenta millas por hora.

—¿Cómo se llama este lugar? —preguntó el policía.

—No tiene nombre.

Un negro pálido, bien vestido, se acercó.

—Fue un coche amarillo —dijo—, un enorme coche amarillo..., nuevo.

—¿Presenció el accidente?

—No, pero el coche pasó junto a mí por la carretera; iba a más de cuarenta millas por hora... A cincuenta o sesenta.

—Dígame su nombre. Oiga, quiero que me diga su nombre.

Algunas palabras de esta conversación debieron llegar a Wilson, que seguía balanceándose en la puerta, porque de repente su voz se dejó oír.

—No tienen que decirme qué clase de coche era... Sé qué coche era.

Al mirar a Tom, vi cómo sus bíceps se endurecían bajo la chaqueta; se dirigió rápidamente a Wilson y, plantándose delante de él, lo agarró firmemente de las axilas.

—Tiene que tranquilizarse —le dijo con suave aspereza.

Wilson miró a Tom, se puso en puntas de pie y se hubiera caído de rodillas si Tom no le hubiese sostenido.

—Oiga —dijo Tom, sacudiéndolo un poco—. Acabo de llegar de Nueva York... Le traigo la cupé del que hablamos. El coche amarillo que conducía esta tarde no era mío, ¿entiende? No lo vi en toda la tarde.

Sólo el negro y yo estábamos bastante cerca como para escuchar lo que decía, pero el policía advirtió algo en su tono, y lo miró con ojos maliciosos.

—¿Qué pasa acá? —preguntó.

—Soy amigo suyo. —Tom volvió la cabeza sin dejar de sujetar a Wilson—. Dice que sabe cuál es el coche..., un coche amarillo.

Algún oscuro impulso movió al policía a mirar recelosamente a Tom.

—¿Y de qué color es el suyo?

—Es una cupé azul.

—Veníamos directamente de Nueva York —intervine.

Alguien que había llegado detrás de nosotros confirmó nuestra declaración, y el policía se alejó.

—Tengan la amabilidad de dejarme tomar bien los nombres.

Tom, agarrando a Wilson como si fuera un muñeco, lo llevó al despachito, lo sentó en una silla y volvió.

—No estaría de más que alguien le hiciera compañía —exclamó autoritariamente, fijando sus ojos sobre el grupo.

Los dos hombres que estaban más cerca de él se miraron desconcertados y entraron de mala gana en la habitación. Tom cerró la puerta y bajó el único escalón, evitando mirar a la mesa. Al pasar por mi lado susurró:

—Vamos.

Un poco cortado, mientras él con sus musculosos brazos se abría camino, lo seguí entre la muchedumbre; en el trayecto nos cruzamos con un individuo que llevaba un maletín. Era un médico que, con exagerada esperanza, se mandó a buscar media hora antes.

Tom maniobró lentamente hasta después de la curva; ahí pisó el acelerador, y el coche voló a través de la noche. Al cabo de un instante, escuché un ronco y quedo sollozo. Las lágrimas corrían por su cara.

—¡Maldito cobarde! —gimoteó—. Ni siquiera frenó...

Entre los oscuros y ruidosos árboles se destacó, de repente, la casa de los Buchanan. Tom frenó al lado del pórtico y miró al segundo piso, donde, entre las enredaderas, se vislumbraban dos ventanas iluminadas.

—Daisy está en casa. —Al bajar del coche me miró, frunciendo ligeramente las cejas—. Debí haberte dejado en West Egg, Nick... Esta noche ya no podemos hacer nada...

En su espíritu se había operado un cambio; hablaba gravemente, con decisión. Al pasar por la grava, iluminada por la luz de la luna, y antes de entrar por el pórtico, solucionó la situación en pocas y enérgicas frases:

—Voy a llamar a un taxi para que te lleve a casa. Mientras esperas, sería mejor que tú y Jordan fueran a la cocina y comieran algo..., si quieren. —Abrió la puerta—: Entra.

—No, gracias. Te agradecería que pidieses el taxi... Esperaré afuera.

Jordan puso una mano en mi brazo.

—¿No quieres entrar, Nick?

—No, gracias.

Me sentía mal y quería estar solo, pero Jordan se entretuvo un momento:

—¡Son apenas las nueve y media! —exclamó.

No entraría ni aunque me lo pidiesen de rodillas. Estaba más que harto de todos ellos, Jordan incluida. Seguro se dio cuenta de lo que me pasaba, porque se dio vuelta bruscamente, subió los peldaños del pórtico y se metió en la casa. Me senté unos minutos con la cabeza apoyada en las manos, hasta que escuché que descolgaban el teléfono. Sonó la voz del mayordomo encargando un taxi; entonces empecé a caminar, lentamente, por la alameda, con la idea de esperar junto a la verja.

No había recorrido veinte yardas cuando oí mi nombre. Gatsby apareció en el sendero, surgiendo de unos matorrales. En ese momento me debía estar sintiendo bastante mal, porque no podía pensar en nada; excepto en la luminosidad de su camisa rosa a la luz de la luna.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Sólo ando por acá, camarada...

No sé por qué, esa me pareció una despreciable ocupación. A juzgar por lo que de él habían dicho, era muy capaz de asaltar la casa en un santiamén. No me hubiera extrañado ver rostros siniestros, los rostros de la gente de Wolfsheim, a sus espaldas.

—¿Viste algo en la carretera? —preguntó, al cabo de un minuto.

—Sí.

—¿Murió?

—Sí.

—¡Me lo imaginé! Le dije a Daisy que me había parecido... Es mejor recibir el golpe de una vez. Lo resistió muy bien.

Hablaba como si la reacción de Daisy fuese lo único que tuviese importancia.

—Llegué a West Egg por un atajo —prosiguió— y dejé el coche en el garaje. No creo que nadie nos viera, aunque... no estoy seguro.

En aquellos momentos me desagradaba tanto, que no creí necesario decirle que estaba equivocado.

—¿Quién era la mujer?

—Se llamaba Wilson. Su marido es el dueño del garaje. ¿Cómo demonios pasó?

—Verás. Intenté agarrar el volante... —Se interrumpió y, súbitamente, adiviné la verdad.

—¿Manejaba Daisy?

—Sí —dijo, al cabo de un momento—. Aunque, como es natural, diré que era yo quien lo hacía. Al salir de Nueva York estaba muy nerviosa; creyó que conducir la iba a calmar, y la mujer se precipitó en el momento en que nos cruzábamos con un coche que pasaba en dirección contraria; todo sucedió en un minuto. Me pareció que la mujer quería hablarnos; se le debió ocurrir que nos conocía. Daisy, primero, se apartó de la mujer desviándose hacia el otro coche; luego perdió la serenidad y soltó el volante; en el momento en que yo lo tomé, sentí el choque... Debió morir instantáneamente.

—La destrozaron...

—No me lo cuentes, camarada. —Se estremeció—. Sea como sea, Daisy apretó el acelerador. Quise hacerla parar, y ella se negó, obligándome a usar el freno de mano; se cayó sobre mis rodillas, y yo seguí... Mañana va a estar bien —agregó, pensativo—. Me quedo para ver si la molesta por la desagradable escena de esta tarde. Se encerró en su cuarto; si él le llega a querer hacer algo, ella va a encender y apagar la luz.

—No tengas miedo, no la va a tocar; no piensa en ella.

—No me inspira confianza.

—¿Cuánto tiempo vas a esperar?

—Toda la noche, si es necesario... En todo caso, hasta que todos se acuesten.

Se me ocurrió un nuevo punto de vista. Supongamos que Tom se enterase de que era Daisy la que manejaba; pensaría que existía algo significativo en este hecho, pensaría cualquier cosa. Miré a la casa. Dos o tres ventanas aparecían iluminadas en la planta baja, y el rosado resplandor de la habitación de Daisy en el piso.

—Espérame acá —le dije—. Voy a ver si pasó algo.

Volví a pasar por el borde del césped, crucé suavemente la grava y, en puntas de pie, subí los escalones de la terraza. Las cortinas del salón estaban descorridas y la habitación, vacía. Atravesando el pórtico donde cenamos tres meses atrás en aquella noche de junio, llegué a un pequeño rectángulo de luz. Adiviné que era la ventana de la despensa. La persiana estaba baja, pero pude dar con una rendija. Daisy y Tom estaban sentados ante la mesa de la cocina, frente a una fuente de pollo frío y dos botellas de cerveza. Tom hablaba vehementemente, y en su anhelante discurso su

mano cubría la de su mujer. De vez en cuando, ella lo miraba y bajaba la cabeza en señal de asentimiento.

No eran felices, ninguno de los dos había tocado ni el pollo ni la cerveza... y sin embargo tampoco eran desdichados. En aquel cuadro doméstico existía un inequívoco aire de natural intimidad; cualquiera hubiera dicho que conspiraban.

Al alejarme en puntas de pie, escuché a mi taxi que se abría paso por el oscuro camino, hacia la casa. Gatsby esperaba en la alameda, donde yo lo había dejado.

—¿Todo tranquilo? —preguntó con ansiedad.

—Sí, todo tranquilo... —dudé—. Es mejor que vuelvas a tu casa y duermas un poco.

Movió la cabeza.

—Quiero esperar hasta que Daisy se acueste. Buenas noches, camarada...

Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y volvió, ansiosamente, a vigilar la casa, como si mi presencia estorbaba su caballeresca vigilancia. Así que me alejé y lo dejé ahí de pie bajo la luna, vigilando la nada.

Capítulo VIII

No pude dormir en toda la noche; una sirena de niebla gemía incesantemente en el Sound, y yo daba vueltas, medio enfermo, entre la grotesca realidad y pesadillas horribles. Hacia la madrugada escuché un auto que subía por la alameda de Gatsby. Salté de la cama y me empecé a vestir. Sentí que tenía algo que decirle, advertirle algo; mañana sería demasiado tarde.

Al cruzar el césped, vi que la puerta de entrada seguía abierta; él estaba apoyado en una mesa del vestíbulo, cansado por la vigilia, la tristeza o el desaliento.

—No pasó nada —dijo tristemente—. Esperé. A eso de las cuatro salió a la ventana, estuvo ahí un minuto, y apagó la luz...

Su caserón nunca me había parecido tan enorme como aquella noche, cuando registramos las habitaciones buscando cigarrillos. Corrimos cortinas que eran como pabellones, tanteamos por encima de muchos pies de oscura pared, buscando interruptores de luz eléctrica. En un momento caí con una especie de splash sobre las teclas de un piano fantasmal. Por todas partes había una inexplicable cantidad de polvo; las habitaciones olían a moho, como si hiciera muchos días que no se hubieran ventilado. Encontré el humidificador en una desconocida mesita, con dos viejos y secos cigarrillos adentro. Abriendo de par en par los balcones del salón, nos sentamos a fumar en la oscuridad.

—Deberías irte —le dije—. Casi seguro van a encontrar tu auto.

—¿Irme *ahora*, camarada?

—Vete a pasar una semana a Atlantic City o a Montreal.

No quiso pensarlo ni un momento. De ningún modo podía dejar a Daisy hasta saber lo que haría... Se había aferrado a una última esperanza, y no podía zafarse de ella.

Fue aquella noche cuando me contó la extraña historia de su juventud al lado de Dan Cody; me la contó porque Gatsby se había quebrado, como el cristal, contra la

dura maldad de Tom; la larga y secreta extravagancia había llegado a su fin. Creo que en aquellos momentos hubiese relatado, sin reservas, cualquier cosa, pero quería hablar de Daisy.

Era la primera muchacha de buena familia que había conocido. En varias, aunque no reveladas actividades, había entrado en contacto con tal gente, pero siempre con indiscernibles alambrados de por medio. Al conocerla, la encontró excitantemente deseable. Primero fue a su casa con otros oficiales de Camp Taylor; luego, solo. Lo sorprendió. Nunca había estado en una casa tan hermosa, pero lo que le daba un aire de jadeante intensidad era que Daisy vivía ahí. Para ella, esa casa era algo tan indiferente como para él su tienda de campaña en el campamento. En torno a ella había un maduro misterio, vistazos de dormitorios más frescos y hermosos que otros dormitorios, alegres y radiantes actividades que tenían lugar por los pasillos, romances que no estaban marchitos y guardados entre hojas de lavanda, sino frescos y llenos de vida; automóviles último modelo, bailes cuyas flores apenas se marchitaban. También lo excitaba el hecho de que muchos hombres hubiesen amado a Daisy; en su opinión, eso aumentaba su valor intrínseco. Sentía su presencia en toda la casa, impregnando el aire con las sombras y los ecos de emociones que se prendían, temblorosas, en la atmósfera.

Sin embargo, sabía que estaba en casa de Daisy por un colosal accidente. Por más glorioso que pudiera ser su futuro como Jay Gatsby, en ese momento era un pobre muchacho sin pasado; en cualquier instante, la invisible capa de su uniforme resbalaría de sus hombros. Así que aprovechaba el tiempo. Agarraba lo que podía agarrar, voraz y despreocupadamente. Una callada noche de otoño, tomó a Daisy; la hizo suya, precisamente, porque no tenía derecho a pedir su mano.

Tenía motivos para despreciarse; la hizo suya con deliberado engaño. No quiso decir que mencionara sus fantasmales millones, pero había dado a Daisy una sensación de seguridad, la dejó creer que pertenecía a su mismo ambiente, que estaba ampliamente capacitado para cuidar de ella. Y carecía de estas facilidades; a sus espaldas no existía una confortable familia, sino que estaba sujeto al capricho de un impersonal gobierno que, en cualquier instante, podría enviarlo a otro rincón del mundo.

Pero no se despreció, y las cosas no salieron como él se había imaginado. Probablemente se había propuesto tomar lo que pudiera y largarse, pero se encontró con que se había entregado a algo sublime. Sabía que Daisy era extraordinaria, pero no se había dado cuenta de lo muy extraordinaria que puede ser una muchacha decente. Se esfumó en su suntuosa casa, en su suntuosa y animada casa, dejando a Gatsby como un cero a la izquierda. Y él se sentía casado con ella, eso era todo.

Cuando, dos días más tarde, se volvieron a ver, fue Gatsby quien estaba jadeante; quien, sin entender cómo, se sentía traicionado. La terraza brillaba con el lujo de las

estrellas que se compran. Cuando Daisy se dio vuelta para que él besara su extraña y adorable boca, crujió elegantemente el mimbres del sillón. La muchacha se había resfriado, y su voz sonaba más ronca y encantadora que nunca. Gatsby se daba abrumadora cuenta de la juventud y misterio que la riqueza atesora y protege, de la lozanía de un nutrido guardarropas, y de Daisy, radiante como la plata, segura y orgullosa por encima de las ardientes luchas de los pobres.

—No tengo palabras para describirte mi sorpresa al darme cuenta que la amaba, camarada... Incluso llegué a desear que me echase a la calle. Pero no, no lo hizo; estaba enamorada de mí. Creía que yo sabía mucho, porque sabía cosas distintas de las que ella sabía... Bueno; ahí estaba, lejos de mis ambiciones, enamorándome más a cada minuto, y... de repente, no me importó. ¿De qué me servía hacer grandes cosas si la pasaba mejor contándole a ella lo que iba a hacer?

La última tarde antes de su partida a ultramar, tuvo a Daisy en sus brazos durante largos y silenciosos momentos. Era un frío día de otoño, había fuego en la habitación y ella tenía las mejillas encendidas. De vez en cuando se movía; él cambiaba la posición de su brazo. En una ocasión, besó su oscuro y sedoso cabello; la tarde los había sosegado como dándoles un profundo recuerdo para la larga despedida que el día siguiente prometía. En todo su mes de amor, nunca estuvieron más cerca uno de otro ni se entendieron tan bien como cuando ella rozaba con sus silenciosos labios el hombro de su chaqueta o él acariciaba, suavemente, las puntas de sus dedos, como si durmiera.

En la guerra se destacó sobresalientemente. Antes de ir al frente ya era capitán; después de la batalla de Argonne obtuvo el grado de mayor y el mando del batallón de ametralladoras. Después del armisticio intentó, frenéticamente, volver a Estados Unidos, pero alguna complicación o malentendido lo hizo ir a parar a Oxford. Estaba preocupado; en las cartas de Daisy latía una especie de nerviosa desesperación. No entendía por qué no volvía. Experimentaba la presión del mundo exterior; quería verlo, sentir su presencia a su lado, estar segura de que, después de todo, estaba haciendo lo correcto.

Y es que Daisy era joven; su artificioso mundo estaba saturado de orquídeas, de agradable y alegre fanfarronería, y de orquestas que marcaban el ritmo del año, resumiendo la tristeza y las posibilidades de la vida en nuevas canciones. Los saxofones gemían durante toda la noche el desolado comentario de los *Beale Street Blues* mientras cientos de dorados y plateados zapatitos se deslizaban sobre el reluciente polvo. A la hora gris del té, siempre había habitaciones que latían

incesantemente con esta leve y dulce fiebre, y caras frescas flotaban por acá y por allá como pétalos de rosa impulsados por el aire de los tristes instrumentos.

Daisy empezó a circular de nuevo a través de este universo crepuscular; repentinamente, volvió a tener media docena de citas diarias con media docena de hombres y se dormía al amanecer, mientras las gasas y las cuentas de su traje de noche se arrugaban en el suelo, al lado de las moribundas orquídeas. Y todo el tiempo, algo en su interior exigía una decisión. Quería que su vida tomara forma en ese mismo momento, inmediatamente, y la decisión tenía que guiarla alguna fuerza... del amor, del dinero, de incuestionable practicidad... que estuviera al alcance de la mano.

Y a mediados de primavera esa fuerza tomó forma con la llegada de Tom Buchanan. En su persona y en su posición existía una saludable solidez, y Daisy se sintió halagada. Desde luego, hubo cierta lucha y cierto alivio; la carta le llegó a Gatsby cuando todavía estaba en Oxford.

Ahora amanecía en Long Island. Fuimos abriendo el resto de las ventanas de la planta baja, llenando la casa de una luz grisácea que luego se volvió dorada; la sombra de un árbol cayó pesadamente encima del rocío, y fantásticos pájaros empezaron a cantar entre las hojas azules. En el aire se advertía un lento y agradable movimiento, apenas una brisa, que prometía un fresco y hermoso día.

—No creo que jamás lo haya amado... —Gatsby se puso de espaldas a la ventana y me miró con desafío—. Recuerda, camarada, que esta tarde estaba muy nerviosa. Él le dijo todas esas cosas de una manera que la asustó, que me hizo parecer una especie de tramposo barato... y el resultado fue que ella apenas si sabía lo que estaba diciendo —se sentó tristemente—. Claro que pudo haberlo querido por un momento cuando estaban recién casados, pero después me quiso todavía más..., ¿entiendes? —Hizo una observación extraña—. Sea como sea... fue algo personal.

¿Qué podía sacarse en limpio de esta frase, aparte de sospechar una intensidad en su reflexión, que resultaba impenetrable?

Volvió de Francia cuando Tom y Daisy todavía estaban en viaje de bodas, e hizo un miserable pero irresistible viaje a Louisville, con los últimos centavos de su paga del ejército. Se quedó ahí una semana, paseando por las calles donde sus pasos y los de su amada habían resonado al unísono bajo la noche de noviembre, y visitando de nuevo los románticos lugares que antaño frecuentaron en su blanco cochecito. Así como la casa de Daisy le había parecido siempre más alegre y misteriosa que las demás, lo mismo le pasaba con la ciudad misma, aunque ella no estuviera ahí, parecía impregnada de melancólica belleza.

Se fue, pensando que si hubiese buscado más la habría encontrado, sintiendo que la dejaba atrás. En el vagón de tercera (ya no tenía dinero) hacía mucho calor; salió a la

plataforma y se sentó en un taburete plegable. La estación se esfumó, pasaron contrafrentes de desconocidos edificios, y salieron a los campos primaverales por donde corría un tranvía, lleno de personas que, alguna vez, pudieron ver, casualmente, por la calle, la pálida magia de su rostro.

Los rieles empezaron una curva; se alejaban del sol que, al hundirse a lo lejos, parecía derramarse en bendición sobre la difuminada ciudad donde ella respiraba. Tendió la mano desesperadamente, como para apoderarse de un jirón de aire, para salvar un fragmento del lugar que ella había embellecido para él. Ahora todo iba demasiado rápido para sus ojos borrosos y supo que había perdido esa parte, la más pura, la mejor, para siempre.

Eran las nueve de la mañana cuando, después de terminar el desayuno, salimos a la terraza. La noche había cambiado el tiempo y en el aire latía un sabor de otoño. El jardinero, el último de los antiguos criados de Gatsby, se acercó a la escalinata.

—Hoy voy a vaciar la pileta, señor Gatsby; pronto empezarán a caer las hojas, y las cañerías se atascan...

—No lo haga hoy —contestó Gatsby. Se volvió hacia mí, como disculpándose—. ¿Sabes, camarada, que en todo el verano no utilicé la piscina?

Miré el reloj y me puse de pie.

—Me quedan doce minutos para tomar el tren.

En realidad no quería ir a la ciudad; no me veía con ánimos de trabajar decentemente, y además no quería dejar a Gatsby. Perdí aquel tren, y todavía otro más, antes de decidirme a partir.

—Te llamo —dije finalmente.

—Hazlo, camarada.

—Te llamo alrededor del mediodía.

Bajamos lentamente la escalera.

—Supongo que Daisy también me llamará. —Me miró ansiosamente, como esperando que corroborara su hipótesis.

—Supongo...

—Bueno, adiós.

Nos dimos la mano y me empecé a alejar. Justo antes de llegar al césped, me acordé de algo y me di vuelta.

—¡Son una asquerosa gentuza! —le grité a través del parque—. ¡Tú vales más que todos ellos juntos!

Siempre me he sentido contento de habérselo dicho. Fue el único elogio que le hice, porque de principio a fin, lo había desaprobado. Primero asintió cortésmente; después su rostro se quebró en una radiante y comprensiva sonrisa, como si todo el tiempo hubiéramos estado en estático acuerdo sobre este hecho. Su brillante y rosada camisa formaba una alegre nota de color, en contraste con los escalones blancos del

fondo. Me acordé de la noche en que, por primera vez, hacía tres meses, había ido a su ancestral mansión. El césped y la alameda estaban atestados con los rostros de los que parlotearon acerca de la corrupción, y él se quedaba en la escalera, despidiéndolos ceremoniosamente y ocultando su incorruptible sueño.

Le di las gracias por su hospitalidad.

—¡Adiós! —grité—. ¡Disfruté el desayuno, Gatsby!

Una vez en la ciudad, intenté leer las cotizaciones de una interminable cantidad de acciones, y me quedé dormido en la silla. Justo antes de mediodía me despertó el teléfono, y me reincorporé sobresaltado. Era Jordan Barker; solía llamarme a esta hora porque lo incierto de sus actividades entre hoteles, clubs y casas particulares hacía difícil encontrarla. Generalmente su voz llegaba por el cable como algo fresco y lozano, como si un fragmento de las verdes pistas flotara en la ventana de la oficina. Sin embargo, esa mañana tenía un tono seco y áspero.

—Me fui de la casa de Daisy —anunció—. Estoy en Hampstead; esta tarde voy a Southampton.

Quizá fue una prueba de tacto irse de casa de Daisy, pero me molestó saber que lo había hecho, y la siguiente observación me dejó helado:

—Anoche no fuiste muy amable.

—¿Qué importancia podía tener...?

Un instante de silencio; luego:

—De todas maneras quiero verte.

—Yo también quiero verte.

—¿Y si esta tarde no fuera a Southampton y viniera a la ciudad?

—No... me parece que esta tarde no.

—Muy bien.

—Esta tarde es imposible... Varios...

Hablamos así un rato, y después, bruscamente, ya no estábamos hablando más. No sé quién colgó con un agudo click, pero sé que no me importó. No podría haber hablado con ella aquel día con una mesa de té de por medio por más de que eso significara que no la volvería a ver.

Pocos minutos después llamé a la casa de Gatsby, pero daba ocupado. Lo intenté cuatro veces hasta que una exasperada telefonista me dijo que la línea se había retenido para una conferencia con Detroit. Sacando el horario de trenes, hice un pequeño círculo en torno al tren de las cuatro menos diez. Después me eché hacia atrás en la silla e intenté pensar. Era exactamente mediodía.

Aquella mañana, al pasar frente a los montones de ceniza, me había ubicado, deliberadamente, al otro lado del vagón. Supuse que durante todo el día habría allí una curiosa muchedumbre: niños buscando oscuras manchas por el polvo y algún que otro charlatán contando una y otra vez lo que había pasado, hasta complicar tanto el suceso con adiciones de cosecha propia, que ya no podía contarlos. Este era el gran sistema para lograr que el trágico final de Myrtle Wilson quedase totalmente olvidado. Ahora voy a retroceder un poco y voy a contar lo que pasó en el garaje, la noche anterior, después de que nos fuimos.

Hubo dificultades para localizar a Catherine. Aquella noche había roto, seguramente, su promesa de no beber, porque cuando llegó estaba atontada por el alcohol e incapaz de comprender por qué la ambulancia se había ido a Flushing. Cuando se lo dijeron se desmayó inmediatamente, como si esto fuera algo imprescindible para el éxito de la escena. Alguien, un ser bondadoso o un terrible curioso, la metió en su coche y la condujo en la estela del cuerpo de su hermana.

Hasta mucho después de medianoche, una cambiante multitud se estrellaba contra la fachada del garaje, mientras George Wilson se estremecía en el diván. La puerta de la oficina quedó abierta unos minutos, y los que entraban en el garaje miraban hacia dentro con irresistible atracción. Por fin, hubo quien dijo que era una vergüenza, y cerró la puerta. Michaelis y otros más le hicieron compañía; primero eran cuatro o cinco, más tarde dos o tres, y a última hora, Michaelis tuvo que pedir al último desconocido que esperara otros quince minutos mientras él iba a su establecimiento y hacía una jarra de café. Después se quedó a solas con Wilson hasta el amanecer.

A eso de las tres de la madrugada, el incoherente balbuceo de Wilson cesó; se calmó y empezó a hablar del coche amarillo. Dijo que tenía cómo averiguar a quién le pertenecía el coche amarillo, y reveló que hacía un par de meses su mujer había regresado de la ciudad, con la cara magullada y la nariz hinchada.

Pero al decir esto se estremeció y empezó a gritar de nuevo «¡Dios santo!» con sus gemidos. Michaelis hizo un torpe intento para distraerlo.

—¿Cuánto tiempo hacía que estaba de casado, George? Vamos, vamos, quédese quieto un momento y responda mi pregunta. ¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Doce años...

—¿Tuvieron hijos? Vamos, George, siéntese... Quieto... Le hice una pregunta. ¿Tuvieron hijos?

Los duros y pardos insectos seguían golpeteando contra la opaca luz, y cuando Michaelis oía un coche pasando a toda velocidad por la carretera, le parecía que era el que no se había parado. Le molestaba ir al garaje; el banco de trabajo tenía una mancha donde había estado el cuerpo, de modo que, molesto, se limitaba a moverse por la oficina. Antes de que se hiciera de día ya le eran familiares todos los objetos que había ahí. De vez en cuando se sentaba al lado de Wilson e intentaba calmarlo.

—¿Va usted a alguna iglesia, George? Aunque haya pasado un tiempo, podría llamar y vendría un sacerdote para animarlo.

—No voy a ninguna iglesia.

—Para momentos como este, debería tener una iglesia. Vamos, alguna vez habrá ido a la iglesia... ¿No se casaron en una iglesia? Oiga, George, óigame. ¿No se casaron en una la iglesia?

—Eso fue hace mucho tiempo.

El esfuerzo por contestar rompió el ritmo de sus histéricos movimientos; se quedó callado un instante. Después la misma semiinteligente, semianonadada expresión apareció en sus apagadas pupilas.

—Mire ahí, en el cajón —dijo, señalando la mesa.

—¿Qué cajón?

—Ese.

Michaelis abrió el cajón que tenía más cerca, no había nada. Sólo una correa de perro hecha de cuero y plata trenzada, un objeto de lujo. Al parecer, era nueva.

—¿Esto? —le preguntó.

Wilson asintió.

—La encontré ayer a la tarde; ella me quiso decir qué era, pero yo sabía que era raro.

—¿Quiere decir que su mujer la compró?

—La tenía envuelta en papel de seda guardada en su escritorio.

Michaelis no veía nada raro en ello y dio a Wilson una serie de razones por las cuales su mujer pudo haber comprado la correa. Pero probablemente Wilson ya había escuchado algunas de estas explicaciones antes, de Myrtle, porque empezó a murmurar de vuelta «¡Dios mío...!», y el que lo consolaba dejó varias de sus explicaciones en el aire.

—¡Entonces la mató! —dijo Wilson, su boca abierta de repente.

—¿Quién?

—Tengo cómo enterarme.

—No sea morboso, George. Ha sufrido una fuerte impresión y no sabe lo que dice. Mejor intente quedarse tranquilo hasta mañana.

—Él la mató.

—¡Si fue un accidente, George!

George sacudió la cabeza, cerró los ojos y abrió ligeramente la boca con la sombra de un «¡hm!».

—Lo sé —dijo firmemente—. Soy uno de esos que creen en todos y no piensan mal de nadie, pero cuando sé una cosa, la sé... Fue el hombre del coche. Ella se puso a correr para ir a hablarle y él no quiso parar.

Michaelis lo había visto, aunque no se le ocurrió que tuviera ningún significado especial. Creía que la señora Wilson se estaba escapando de su marido, más que intentado parar a un auto.

—Pero ¿cómo puede haber sido?

—Era una de esas —dijo Wilson, como si eso respondiera la pregunta. Y empezó a lamentarse nuevamente.

—¿Tiene algún amigo al que yo pueda llamar, George?

Era una absurda sugerencia, estaba seguro de que Wilson no tenía amigos; su mujer no se lo hubiese permitido. Se alegró cuando, algo más tarde, notó un cambio en la habitación: un azul progresivo en la ventana. Se dio cuenta de que estaba por amanecer. A eso de las cinco, afuera había suficiente azul como para poder apagar la luz.

Los vidriosos ojos de Wilson se clavaron sobre los montones de cenizas, donde unas nubecitas grises adquirirían formas fantásticas, corriendo de acá para allá, mecidas por el tenue viento de la madrugada.

—Le hablé —dijo tras un largo silencio—. Le dije que a mí me podía engañar, pero que no podía engañar a Dios. La llevé a la ventana —se levantó con un esfuerzo y se dirigió a la ventana de atrás, apoyando la cara en el vidrio— y le dije: «Dios sabe lo que hiciste; todo... A mí me puedes engañar... A Dios, no.»

Michaelis, que estaba detrás, se dio cuenta, presa de profundo asombro, que Wilson miraba fijamente las pupilas del doctor T. J. Eckleburg, que acababan de surgir, pálidas y enormes, de la noche que se acababa.

—¡Dios lo ve todo! —repitió Wilson.

—¡Pero eso es una publicidad! —afirmó Michaelis.

Algo lo hizo alejarse de la ventana y mirar adentro, pero Wilson se quedó ahí un rato largo, con la cara pegada a la ventana, inclinándose ante el crepúsculo matutino.

A las seis, Michaelis ya estaba muy cansado y se sintió agradecido al ruido de un coche que se paraba. Era uno de los que estuvieron ahí la noche anterior, que había prometido volver. Preparó el desayuno para los tres, que él y el otro comieron. Ahora Wilson estaba más tranquilo; Michaelis se fue a dormir a su casa y, al despertarse cuatro horas después, Wilson ya no estaba.

Más tarde se supo lo que había estado haciendo, había estado caminando. Primero fue a Port Roosevelt, después a Gad's Hill, donde se compró un sándwich que no comió y tomó una taza de café. Seguramente estaba cansado y caminaba despacio, porque no llegó a Gad's Hill hasta el mediodía. Hasta este momento, no fue difícil averiguar lo que había hecho. Unos chicos vieron a un hombre que parecía loco, y unos automovilistas vieron a un hombre que los miraba raro desde la cuneta. Pero desapareció durante tres horas. La policía, basándose en lo que le había dicho a Michaelis, respecto a que «cómo averiguarlo», supuso que pasó aquel tiempo yendo

de garaje en garaje, preguntando por un coche amarillo. Sin embargo, ningún empleado de garaje lo había visto; quizá tuvo una manera más eficaz y segura de enterarse de lo que quería. A eso de las dos y media estaba en West Egg, y le preguntó a alguien cómo llegar a la casa de Gatsby. Así que para esa hora ya sabía el nombre de Gatsby.

A las dos, Gatsby se puso el traje de baño y le dijo al mayordomo que si alguien lo llamaba que fueran a avisarle a la pileta. Se detuvo en el garaje, donde buscó una colchoneta inflable con la que sus huéspedes se habían divertido durante el verano; el chofer lo ayudó a inflarla y Gatsby le dio las instrucciones de que no se sacara, bajo ningún pretexto, el coche descubierto. Y eso le pareció raro, porque tenía el guardabarros delantero derecho estropeado.

Gatsby se puso la colchoneta al hombro y se dirigió a la pileta. Se paró una vez para cambiarla de posición; el chofer le preguntó si quería que lo ayudara, y él movió la cabeza, desapareciendo entre los árboles. No llegó ningún mensaje telefónico, pero el mayordomo no se durmió y esperó hasta las cuatro, mucho después de que ya no hubiese nadie a quien darlo, si llegaba. Tengo la impresión de que el propio Gatsby nunca creyó que llegase; quizá ya no le importaba. Si esto era cierto, debía pensar que había perdido su cálido y viejo universo. Había pagado un precio muy alto por haber vivido demasiado tiempo con un solo sueño. Debió contemplar un cielo desconocido entre amedrentadoras horas, y debió estremecerse al darse cuenta de lo grotesca que es una rosa, y de cuán cruda era la luz del sol sobre el pasto recién nacido. Un nuevo universo material, sin llegar a ser real, donde los pobres fantasmas respiraban sueños, flotaba fortuitamente a su alrededor, como aquella cenicienta y fantástica figura que, entre los amorfos árboles, se deslizaba a su encuentro.

El chofer, uno de los protegidos de Wolfsheim, escuchó los disparos; más tarde dijo que no les había dado gran importancia. Yo me fui directamente de la estación a casa de Gatsby, y lo primero que alarmó a la gente fue que me precipitara ansiosamente en la casa, aunque estoy convencido de que ya lo sabían. Y sin mediar casi ninguna palabra, los cuatro, el chofer, el mayordomo, el jardinero y yo, fuimos rápido para la pileta.

Había un débil, escasamente perceptible, movimiento de agua, y la corriente de un lado se abría camino hacia el desagüe del otro extremo, con pequeños rizos que apenas eran sombra de olas. La cargada colchoneta flotaba, irregularmente, en la pileta. Una pequeña ráfaga de viento, que no logró ondular la superficie, fue suficiente para torcer su indiferente recorrido. El roce de un montón de hojas la revolvió lentamente, trazando un delgado círculo rojo en el agua.

Poco después, cuando íbamos hacia la casa llevando a Gatsby, el jardinero vio el cuerpo de Wilson, un poco más allá en el césped, y el holocausto quedó completo.

Capítulo IX

Después de dos años sólo recuerdo el resto de aquel día, y de aquella noche y del día siguiente como una interminable sucesión de policías, fotógrafos y periodistas, dentro y fuera de las puertas de Gatsby. Una cuerda tendida a lo largo de la reja y un policía a su lado le impedían el paso a los curiosos, pero los niños no tardaron en descubrir que por mi jardín podían pasar, de modo que siempre había unos cuantos arremolinados, boquiabiertos, cerca de la pileta. Alguien, quizás un detective, usó con aire de suficiencia la palabra «demente» al inclinarse sobre el cuerpo de Wilson, y la espontánea autoridad de su voz dio el tono para las informaciones periodísticas de la mañana siguiente.

La mayor parte de los informes fue una pesadilla; grotescos y puramente circunstanciales, vehementes y falsos. Cuando el testimonio de Michaelis sacó a relucir, en el sumario, las sospechas de Wilson, pensé que el asunto no tardaría en ser representado en un sabroso vodevil, pero Catherine, que podía haber dicho algo, no dijo nada. Hizo gala de una sorprendente entereza. Miró al juez con ojos decididos, bajo aquellas borrosas cejas, y juró que su hermana nunca había visto a Gatsby, que era completamente feliz con su marido, que no se había metido en un lío. Ella misma se convenció de ello, y lloró, con la cara oculta en el pañuelo, como si el solo hecho de que le sugirieran lo contrario fuera más de lo que podía soportar. Así que Wilson quedó reducido a un hombre desequilibrado por el dolor, y el asunto se convirtió en lo más simple del mundo.

Pero todo esto me parecía remoto y carente de sentido. Me encontré a mí mismo del lado de Gatsby, y solo. Desde el momento en que hice llegar por teléfono la noticia de la tragedia al pueblo de West Egg, toda información sobre él y todo asunto práctico relacionado con él vinieron a parar a mis manos. Al principio me sorprendí y me sentí algo confuso; después, mientras él yacía en su casa, sin moverse ni respirar ni

hablar, hora tras hora, me empecé a dar cuenta de que yo estaba a cargo, porque no había nadie más que estuviera interesado... interesado, es decir, ese intenso y personal interés al cual todos tenemos un vago derecho cuando llega el final.

Llamé a Daisy media hora después de que lo encontráramos, la llamé instintivamente y sin dudarlo. Pero ella y Tom habían salido temprano esa tarde, con valijas.

—¿No dejaron ninguna dirección?

—No.

—¿Dijeron cuándo volvían?

—No.

—¿Alguna idea de dónde están? ¿De cómo podría localizarlos?

—No lo sé. No le podría decir.

Quería encontrarle a alguien. Quería ir a la habitación en la que yacía y tranquilizarlo: «Te voy a encontrar a alguien, Gatsby, no te preocupes. Sólo confía en mí y te voy a encontrar a alguien...»

Meyer Wolfsheim no figuraba en la guía telefónica. El mayordomo me dio la dirección de su oficina en Broadway, y llamé a información, pero para cuando tuve el número ya era mucho después de las cinco, y nadie atendió el teléfono.

—¿Podría llamar de nuevo?

—Ya llamé tres veces.

—Es muy importante.

—Lo lamento. Me temo que ahí no hay nadie.

Volví al salón y por un instante pensé que eran todos visitantes casuales, toda esa gente oficial que de pronto lo llenaba. Pero, aunque corrieron la sábana y miraron a Gatsby con ojos sorprendidos, su protesta continuaba sonando en mi cerebro: «Oye, camarada, tienes que traerme a alguien..., tienes que seguir intentándolo. No puedo pasar por esto solo».

Alguien empezó a hacerme preguntas; pero me escabullí y en el piso de arriba busqué apresuradamente por los cajones de su escritorio que no estaban cerrados con llave... Nunca me había asegurado que sus padres estuviesen muertos. Pero no había nada... sólo la foto de Dan Cody, una muestra de olvidada violencia, mirando desde la pared.

A la mañana siguiente mandé al mayordomo a Nueva York con una carta para Wolfsheim, en la que le pedía cierta información y que por favor viniera en el siguiente tren. Al escribirle, me pareció que la petición era superflua. Estaba seguro de que saldría en cuanto viese los diarios; tanto como de que recibiría un telegrama de Daisy antes de mediodía. Pero no llegaron ni el telegrama ni el señor Wolfshiem; sólo llegaron más policías, fotógrafos y periodistas. Cuando el mayordomo me trajo la

respuesta de Wolfshiem, empecé a sentir una especie de desafío, de desdeñosa solidaridad entre Gatsby y yo contra todos ellos.

Querido señor Carraway. Este ha sido uno de los más terribles golpes de mi vida. Apenas puedo creer que sea cierto. Un acto tan demente como el de ese hombre tendría que hacernos reflexionar a todos. Por el momento, no puedo hacer acto de presencia; estoy ocupado en algo importante y no puedo mezclarme en este asunto. Si más tarde puedo hacer algo, dígamelo, hágamelo saber en una carta dirigida a Edgar. Apenas sé dónde estoy cuando escucho algo como esto que acaba de ocurrir y me siento completamente golpeado y vencido.

*Sinceramente suyo,
Meyer Wolfshiem.*

y abajo una apresurada posdata:

Téngame al tanto del funeral etc no conozco a su familia para nada.

Cuando el teléfono sonó esa tarde y larga distancia dijo que Chicago llamaba pensé que, finalmente, sería Daisy. Pero con la conexión llegó una voz de hombre, fina y lejana.

—Aquí Slagle.

—Diga —El nombre me era desconocido.

—Endemoniado asunto, ¿no? ¿Recibió mi telegrama?

—No hemos recibido ningún telegrama.

—El chico Parker está en problemas —dijo hablando rápido—. Lo pescaron cuando pasaba los asuntos por encima del mostrador... Recibieron una circular de Nueva York en la que les pasaban los números apenas cinco minutos antes. ¿Qué le parece? Nunca se sabe en estos pueblos...

—¡Hola! —interrumpí jadeante—. Mire, no soy el señor Gatsby..., el señor Gatsby murió.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea, seguido de una exclamación... y un chillido fugaz cuando se cortó la comunicación.

Creo que fue al tercer día que un telegrama firmado Henry C. Gatz llegó de un pueblo de Minnesota. Sólo decía que el remitente salía al instante y que el entierro fuera aplazado hasta su llegada.

Era el padre de Gatsby, un solemne anciano, indefenso y anonadado, envuelto en un abrigo largo y barato, como defendiéndose del cálido día de septiembre. Sus ojos lagrimeaban continuamente con excitación, y cuando agarré su maleta y su paraguas, empezó a estirarse tan nerviosamente su rala barba gris, que me costó sacarle el abrigo. Estaba a punto de desmayarse. Lo llevé al salón de música y lo hice sentar mientras mandaba a buscar algo de comer. Pero no quería comer, y sus temblorosas manos volcaron el vaso de leche.

—Lo leí en el diario de Chicago... Salió en el diario de Chicago. Vine inmediatamente.

—Yo no sabía cómo comunicarme con usted.

Sus pupilas, que no veían nada, giraban de un lado a otro de la habitación.

—Fue un loco —dijo—. Tiene que haber estado loco.

—¿Quiere café?

—No quiero nada. Ahora estoy bien, señor...

—Carraway.

—Bueno, ahora estoy bien. ¿Dónde pusieron a Jimmy?

Lo llevé al salón donde yacía su hijo y lo dejé ahí. Unos niños habían subido la escalera y estaban curioseando en el vestíbulo. Cuando les dije quién había llegado, se fueron de mala gana.

Poco después, el señor Gatz abrió la puerta y salió. Tenía la boca abierta, la cara ligeramente sofocada, y sus ojos goteaban aisladas y poco puntuales lágrimas. Había llegado a la edad en que la muerte no tiene ya nada de fantasmal sorpresa, y cuando miró a su alrededor por primera vez y vio la altura y el esplendor del hall y las grandes habitaciones que daban ahí desde otras habitaciones, su dolor se empezó a mezclar con un maravillado orgullo. Lo acompañé a un dormitorio de arriba; mientras se sacaba el abrigo y el saco le dije que todos los arreglos habían sido diferidos hasta su llegada.

—No sabía cuáles serían sus deseos, señor Gatsby...

—Mi apellido es Gatz.

—Señor Gatz, pensé que tal vez querría llevar el cuerpo al oeste.

Sacudió la cabeza.

—A Jimmy siempre le gustó más el este. Llegó hasta donde llegó en el Este. ¿Era usted amigo de mi hijo, señor...?

—Éramos íntimos amigos.

—Tenía un gran futuro, ¿sabe? No era más que un muchacho, pero tenía una gran fuerza aquí. —Se tocó la cabeza—. Si hubiese vivido, habría sido una gran figura, un hombre como James J. Hill, habría ayudado al desarrollo del país.

—Es cierto —dijo, algo incómodo.

Tocó el bordado cubrecama, intentando separarlo, se recostó... y se durmió enseguida.

Esa noche una persona, evidentemente asustada, llamó por teléfono, preguntando quién era yo, antes de dar su nombre.

—Soy el señor Carraway —le dije.

—¡Ah...! —pareció aliviado—. Aquí Klipspringer.

También yo me sentí aliviado; eso parecía prometer la presencia de otro amigo ante la tumba de Gatsby. Yo no quería que la noticia saliera en los diarios y trajera a una multitud de mirones, así que estuve llamando a unas cuantas personas, pero fue muy difícil dar con ellas.

—El entierro es mañana —dije—, a las tres, acá, en la casa. Me gustaría que se lo dijera a quien le pudiera llegar a interesar...

—¡Ah, sí, claro..., lo haré! —balbució apresuradamente—. Claro que es probable que no vea a nadie..., pero si veo a alguien...

Su tono de voz me inspiró desconfianza.

—Usted vendrá, naturalmente.

—Bueno, lo voy a intentar... Lo estoy llamando porque...

—Espere un momento —lo interrumpí—. ¿Qué tal si me dice que va a venir?

—Bueno, el hecho es... la verdad del asunto es que me estoy quedando con una gente acá en Greenwich y esperan que mañana esté con ellos. Hay una especie de picnic o algo así... Claro que voy a hacer todo lo posible por escaparme.

Emití un incontenible «¡hm!» y debe haberme escuchado, porque siguió medio nervioso:

—Lo estoy llamando porque me olvidé ahí un par de zapatos. Me preguntaba si sería demasiada molestia que me los mandara con el mayordomo. Son unas zapatillas, y realmente las necesito. Mi dirección es a nombre de....

No escuché el resto del nombre porque corté.

Después de esto, empecé a sentir cierta vergüenza por Gatsby. Un caballero al que llamé insinuó que le habían dado su merecido. Pero eso fue culpa mía, porque era uno de esos que criticaban a Gatsby animados por las bebidas de Gatsby, y tendría que haberme dado cuenta de que habría sido mejor no llamarlo.

El día del entierro, por la mañana, me fui a Nueva York para ver a Meyer Wolfshiem; era la única forma de dar con él. La puerta que abrí sin golpear, siguiendo los consejos del chico del ascensor, ostentaba el letrero: The Swastika Holding Company, y al principio pareció que no había nadie. Pero después de gritar «¡hola!» varias veces inútilmente, se escuchó una discusión detrás de un tabique, hasta que apareció una preciosa judía examinándome con negras y hostiles pupilas.

—No hay nadie —dijo—. El señor Wolfshiem está en Chicago.

La primera parte de su afirmación era evidentemente falsa; adentro alguien había empezado a silbar, desafinadamente, la tonada de «The Rosary».

—Hágame el favor de decirle que el señor Carraway quiere verlo.

—¿No le parece que no puedo hacerlo volver de Chicago?

En ese mismo instante una voz, indudablemente la de Wolfshiem, gritó: «¡Stella!», desde el otro lado de la puerta.

—Deje su tarjeta sobre la mesa. Se la entregaré cuando vuelva.

—¡Pero si está ahí adentro!

Dio un paso adelante y empezó a deslizar, indignada, las manos arriba y abajo de sus caderas.

—Ustedes los jóvenes se creen que pueden entrar a la fuerza cuando les da la gana —me retó—. ¡Y ya estamos hartos! Cuando le digo que está en Chicago es que está en Chicago...

Mencioné a Gatsby.

—¡Oh...! —volvió a mirarme—. ¿Querrá...? ¿Cuál es su nombre?

Desapareció, y el señor Meyer Wolfshiem cruzó solemnemente la puerta tendiéndome ambas manos. Me llevó a su oficina, observando con reverente voz que eran tristes momentos para todos, y me ofreció un cigarro.

—Me acuerdo de cuando lo vi por primera vez —dijo—. Un joven mayor que había salido del ejército cubierto de medallas que le dieron en la guerra. Estaba tan apurado que iba de uniforme porque no podía comprarse ropa normal. La primera vez que lo vi fue cuando entró en la sala de juego de Winebrenner, en la calle Treinta y cuatro, y pidió trabajo. Hacía dos días que no comía. «Ven a almorzar conmigo», le dije. En media hora liquidó más de cuatro dólares de comida.

—¿Usted lo inició en los negocios?

—¿Iniciarlo...? Yo lo hice con mis propias manos.

—¡Oh!

—Lo saqué de la nada, de la misma cloaca. Al instante me di cuenta de que tenía buen aspecto; era un muchacho distinguido, y cuando me dijo que había estado en *Oggsford* supe que podría convertirlo en hombre de provecho. Lo hice ingresar en la American Legion y ahí ocupó altos cargos. Luego trabajó para un cliente mío, en Albany... En todo estuvimos tan unidos como esto —levantó dos gruesos dedos—, siempre unidos.

Me pregunté si la transacción de las World Series, en 1919, era una de las obras de aquella unión.

—Ahora ha muerto —dije, al cabo de un momento—. Usted fue su mejor amigo, así que, sin duda, querrá usted asistir a su entierro esta tarde.

—Me gustaría ir.

—Venga entonces.

El pelo de sus fosas nasales se estremeció ligeramente y, al mover la cabeza, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No puedo... No puedo verme comprometido.

—¡No hay nada que pueda comprometerlo...! Ya todo terminó.

—Cuando a un hombre lo asesinan, no me gusta mezclarme de ningún modo... En mi juventud era distinto; si un amigo mío moría de la manera que fuese, estaba a su lado hasta el final; podrá creer que soy un sentimental, pero lo digo de veras: hasta el amargo final.

Comprendí que, por alguna razón particular, había decidido no ir, y me puse de pie.

—¿Usted fue a la universidad? —preguntó de repente.

Pensé que sugeriría una *guelación*, pero sólo inclinó la cabeza y me apretó la mano.

—Aprendamos a demostrar nuestra amistad a la gente durante su vida y no después de muertos. Una vez muertos, mi norma es dejar las cosas en paz...

Cuando salí de su oficina, el cielo se había oscurecido amenazadoramente. Regresé a West Egg bajo una densa llovizna. Después de cambiarme de ropa, fui a la casa de al lado y encontré al señor Gatz paseando por el hall de un lado a otro; el orgullo que sentía por su hijo y las posesiones de su hijo iba en aumento y ahora me quería mostrar algo.

—Jimmy me mandó esta foto. —Sacó la billetera con dedos temblorosos—. Mire. —Era una foto de la casa, arrugada en los extremos y sucia por las huellas de muchas manos. Me señaló ansiosamente todos los detalles—. Fíjese.

Y buscaba admiración en mis ojos. La había mostrado tantas veces que creo que le resultaba más real que la propia casa.

—Jimmy me la mandó... Es una foto muy linda. Se ve todo bien..., ¿no?

—Muy bien. ¿Hacía mucho que no se veían?

—Vino hace unos dos años y me compró la casa en la que vivo. No teníamos un centavo cuando se fue de casa, pero ahora veo que había una explicación. Él sabía que tenía un gran futuro. Y desde que triunfó fue siempre muy generoso conmigo.

No tenía ganas de guardar la foto; la mantuvo un rato más ante sus ojos, después guardó la billetera y sacó del bolsillo un viejo ejemplar de un libro titulado *Hopalong Cassidy*.

—Fíjese en esto; es un libro de cuando era chico... Ya verá...

Abrió la contratapa y lo dio vuelta para que yo lo viera. En la última guarda estaba impresa la palabra HORARIO, y la fecha 12 de septiembre de 1906. Y abajo:

Levantarme de la cama	6.00 a.m.
Mancuernas y escalada	6.15-6.30 "
Estudiar electricidad, etc.	7.15-8.15 "
Trabajar	8.30-4.30 p.m.
Béisbol y deportes	4.30-5.00 "

Practicar dicción, postura y cómo obtenerla 5.00-6.00 "

Estudiar inventos necesarios 7.00-9.00 "

RESOLUCIONES DE TIPO GENERAL

No perder tiempo en Shafers o [nombre ininteligible].

No fumar más ni masticar chicle.

Baño día por medio.

Leer un libro instructivo o revista por semana.

Ahorrar \$ 5,00 [tachado] \$ 3,00 por semana.

Ser mejor con mis padres

—Encontré el libro de casualidad —siguió el anciano—. Lo deja claro, ¿no?

—Lo deja claro.

—Estaba destinado a salir adelante. Siempre tenía resoluciones como estas o algo. ¿Notó lo que dice de mejorar su mente? Siempre estaba atento a todo. Una vez me dijo que yo comía como un cerdo, y le pegué...

No tenía ganas de cerrar el libro; leía cada apartado en voz alta, y me miraba ansiosamente. Creo que esperaba que me copiara la lista.

Poco antes de las tres, llegó el sacerdote luterano de Flushing. Lo mismo que el padre de Gatsby, empecé a mirar involuntariamente por las ventanas esperando la llegada de otros coches. El tiempo pasaba; los criados se reunieron, esperando, en el vestíbulo. Los ojos del señor Gatz parpadeaban ansiosamente; habló, preocupado, de la lluvia. El sacerdote miró varias veces el reloj; lo llevé aparte y le pedí que esperara media hora. Pero no sirvió de nada: no vino nadie.

A eso de las cinco, nuestra comitiva de tres coches llegó al cementerio y se detuvo, bajo una espesa llovizna, al lado de la reja: primero, la fúnebre furgoneta, horriblemente mojada y negra; después el señor Gatz, el sacerdote y yo en la limusina, y algo más atrás, cuatro o cinco criados y el cartero de West Egg, en la rural, todos empapados. Al cruzar la reja, oí el ruido de un coche que frenaba. Alguien chapoteaba en el barro, atrás de nosotros. Me di vuelta. Era el hombre de ojos de lechuza que me había encontrado maravillándose con la biblioteca de Gatsby una noche tres meses atrás.

Desde entonces no lo había visto más. No sé cómo se enteró del funeral, ni cómo se llamaba. La lluvia mojaba sus gruesos anteojos; se los sacó y los limpió para ver la lona que protegía la tumba de Gatsby.

Quise pensar en Gatsby por un momento, pero ya estaba demasiado lejos, y sólo me pude acordar, sin remordimiento, de que Daisy no había mandado un mensaje ni una flor. Apenas escuché cómo alguien decía: «Felices los muertos sobre los cuales cae la lluvia», y ahí el hombre de ojos de lechuza dijo con voz clara: «Amén a eso».

Chapoteamos bajo la lluvia, dirigiéndonos a los coches. «Ojos de lechuza» me habló a la altura de la puerta.

—Me fue imposible ir a la casa... —observó.

—Lo mismo que a todos los demás.

—¡Vamos...! —exclamó, indignado—. ¡Antes la gente iba de a cientos!

Se sacó los anteojos y los volvió a limpiar, por dentro y por fuera.

—Pobre hijo de puta —dijo.

Uno de mis recuerdos más vívidos es cuando volvía de la escuela secundaria al oeste, y después cuando volvía de la universidad, para la época de Navidad. Los que iban más allá de Chicago se juntaban en la vieja y oscura Union Station a las seis de la tarde, con unos cuantos amigos de Chicago, ya metidos en su alegre torbellino de las fiestas. Me acuerdo de los tapados de piel de las chicas que venían de los cursos de la señora tal o la señora cual, la charla entre nubes de alientos helados, las manos que se agitaban al ver a viejos amigos, las invitaciones que se comentaban: «¿Vas a casa de los Ordway?, ¿de los Hersey?, ¿de los Schultz?» y los largos boletos verdes en nuestras enguantadas manos. Y por último los lóbregos coches amarillos del ferrocarril de Chicago, Milwaukee y St. Paul, con aspecto tan alegre como la propia Navidad, parados en la vía.

Cuando salíamos a la noche invernal y la verdadera nieve, nuestra nieve, empezaba a extenderse a nuestro lado y a centellear contra las ventanillas, y pasaban las tenues luces de las pequeñas estaciones de Wisconsin, el aire se llenaba de repente de una aguda y excitante sensación. Al regresar de cenar, respirábamos profundamente a través de los fríos pasillos, dándonos, por un momento, indescriptible cuenta de nuestra identidad con la tierra, antes de confundirnos otra vez con ella.

Ese es mi Medio Oeste; no el trigo, las praderas o las perdidas ciudades suecas, sino los emocionantes trenes de regreso de mi juventud, los faroles en las calles, las campanillas de los trineos sonando en la helada oscuridad, las luces que proyectan sobre la nieve las siluetas de las coronas de muérdago colgadas en las ventanas de las casas. Formo parte de este ambiente mitad solemne por la sensación de aquellos largos inviernos, mitad complaciente por haber crecido en la casa de los Carraway, en una ciudad donde durante décadas enteras los edificios se conocen por los nombres de las familias. Ahora me doy cuenta de que, después de todo, esta fue una historia del Oeste. Tom y Gatsby, Daisy y Jordan y yo, todos éramos del Oeste; y quizá

poseíamos alguna deficiencia en común que nos hacía sutilmente inadaptables a la vida del Este.

Incluso cuando el Este más me emocionó, incluso cuando estaba agudamente al tanto de su superioridad sobre las aburridas y tediosas ciudades de más allá de Ohio, con sus interminables inquisiciones, de las que solamente se salvan los niños o los muy ancianos, incluso entonces, el Este tuvo para mí una extraña cualidad de distorsión.

West Egg, particularmente, sigue apareciendo en mis sueños más absurdos. Lo veo como una fantástica escena nocturna pintada por El Greco: un centenar de casas, convencionales y grotescas al mismo tiempo, agazapadas bajo un cielo huracán dominado por una opaca luna. En primer término, cuatro solemnes individuos caminan por la acera llevando una camilla en la que yace una mujer borracha, con vestido de noche blanco, y una mano colgando a un lado, en la que brilla el frío reflejo de las joyas; los hombres entran gravemente en una casa, una casa equivocada, pero nadie sabe el nombre de la mujer, ni a nadie le importa.

Tras la muerte de Gatsby, para mí el Este estaba embrujado, distorsionado más allá de lo que estuviera a mi alcance calibrar. Así que cuando la verde humareda de las quebradizas hojas se agitaba en el aire y el viento ondulaba la ropa húmeda colgada en las sogas, decidí volver a casa.

Antes de irme, me quedaba una cosa por hacer. Una cosa desagradable, embarazosa, que quizás hubiera sido mejor no hacer. Pero quería dejarlo todo en orden y no esperar a que un amable e indiferente mar barriera mis restos. Vi a Jordan Baker y hablamos largamente de lo que nos había pasado juntos, y de lo que después me había pasado a mí, y ella se quedó perfectamente quieta, en un sillón, escuchándome.

Estaba vestida como para jugar al golf; y me acuerdo de que pensé que parecía una magnífica ilustración, con su mentón garbosamente levantado, sus cabellos del color de las hojas en otoño, su rostro con el mismo tinte moreno de los guantes que descansaban sobre sus rodillas. Cuando terminé de hablar, me dijo, sin rodeos, que estaba comprometida con otro hombre. No le creí, aunque había varios con los que podía casarse con hacer solo un gesto, pero me hice el que me sorprendí. Por un minuto me pregunté si no estaba cometiendo una equivocación, después lo pensé rápidamente de nuevo y me puse de pie para despedirme.

—Sea como sea, me plantaste —dijo Jordan, bruscamente—, me plantaste por teléfono... Ahora no me importas en lo más mínimo, pero para mí fue una nueva experiencia, y por un rato quedé bastante atontada.

Nos dimos las manos.

—¡Ah...! ¿Te acuerdas de una conversación que tuvimos sobre cómo manejar un auto? —agregó.

—La verdad que no.

—Dijiste que un mal conductor está seguro sólo hasta que se encuentra con otro mal conductor. Bueno, me encontré con otro mal conductor, ¿no? Quiero decir, fue descuidado de mi parte hacer una suposición tan errada. Pensé que eras una persona más bien honesta. Pensé que era tu orgullo secreto.

—Tengo treinta años —le dije—. Cinco más de la cuenta como para mentirme a mí mismo y llamarlo honor.

No me contestó. Enojado, y medio enamorado de ella, y tremendamente triste, me fui.

Una tarde a fines de octubre vi a Tom Buchanan. Iba delante de mí por la Quinta Avenida, con aire alerta, agresivo, las manos algo separadas del cuerpo, como para luchar contra cualquier interferencia, moviendo la cabeza de un lado a otro, adaptándola a sus inquietos ojos. En el momento en que yo disminuía la marcha como para no alcanzarlo, se frenó y se puso a mirar las vidrieras de una joyería. Al verme, retrocedió, tendiéndome la mano.

—¿Qué pasa, Nick? ¿Te molesta darme la mano?

—Sí... Ya sabes lo que pienso de ti...

—¡Estás loco, Nick! —dijo rápidamente—. Estás completamente loco... ¡No sé qué te pasa!

—Tom —pregunté—; ¿qué le dijiste a Wilson aquella tarde...?

Me miró sin decir ni una palabra, y supe que había adivinado lo de esas horas en blanco. Empecé a alejarme, pero él me alcanzó y me agarró del brazo.

—Te voy a decir la verdad: vino a casa cuando nos estábamos preparando para partir, y al ordenar que le dijeran que no estábamos, quiso entrar a la fuerza. Estaba lo suficientemente loco como para matarme si no le hubiese dicho de quién era el coche... Durante todo el tiempo que estuvo en casa su mano estuvo empuñando un revólver en su bolsillo. —Se interrumpió provocativamente—. ¿Y qué, si se lo dije? El tipo ese se lo merecía. Te echó tierra a los ojos para que no vieras la realidad, lo mismo que a Daisy, pero era un depravado. Atropelló a Myrtle como si fuese un perro, y ni siquiera detuvo el coche.

No había nada que yo pudiera decir, excepto el inexpresable hecho de que eso no era cierto.

—Y si crees que no pasé lo mío... Cuando fui a dejar el piso y vi la condenada caja de bizcochos para el perro, en el bufete... Me senté y me puse a llorar como un niño. ¡Por Dios, fue horrible...!

No podía perdonarlo o hacer que me cayera bien, pero vi que lo que él había hecho estaba, para él, completamente justificado. Todo resultaba irreflexivo y confuso. Tom y Daisy eran descuidados e indiferentes; aplastaban cosas y seres humanos, y luego se refugiaban en su dinero o en su amplia irracionalidad, en lo que demonios fuese que

los mantenía unidos, dejando a los demás que arreglaran los destrozos que ellos habían hecho.

Le di la mano; parecía absurdo no hacerlo, porque de golpe tuve la sensación de que hablaba con un niño. Tom entró en la tienda a comprar un collar de perlas, quizá sólo un par de gemelos, estaba libre para siempre de mis delicadezas provincianas.

Cuando me fui, la casa de Gatsby seguía vacía. El césped de su jardín estaba tan alto como el mío. Entre los taxis del pueblo había uno que, cuando llevaba clientes, tenía la inevitable costumbre de pararse frente a la reja y señalar el interior; quizá fuese el que llevó a Daisy y a Gatsby a East Egg la noche del accidente; quizá se había inventado una historia completamente suya del asunto. Pero no tenía ganas de escucharla y cuando bajaba del tren lo evitaba.

Pasé los fines de semana en Nueva York, porque las brillantes y suntuosas fiestas de Gatsby estaban tan vívidamente impresas en mi mente, que me parecía oír la música, las risas, débiles e inocentes, desde el jardín, y los coches que iban y venía por la explanada. Una noche escuché cómo se paraba un auto, pero no quise mirar; sería algún invitado que había estado en los confines de la tierra e ignoraba que las fiestas se habían acabado.

En la última noche, con mi baúl ya listo y mi auto vendido al almacenero, crucé la reja para contemplar aquel enorme e incoherente fracaso de mansión. En los escalones blancos una palabra obscena, garabateada bajo la luz de la luna; la borré con el zapato. Después me fui a la playa y me tiré en la arena.

La mayoría de las mansiones de la costa estaban cerradas. Apenas se veían luces, excepto las de un transbordador que cruzaba el Sound. Y mientras la luna iba ascendiendo, las banales casas se desvanecieron, hasta que, gradualmente, percibí la vieja isla que en otros tiempos floreciera a los ojos de los marineros holandeses; un fresco y verde seno del nuevo mundo. Sus desvanecidos árboles, los árboles que habían hecho posible la casa de Gatsby, habían consentido en susurros al último y mayor de todos los sueños humanos; por un encantado y transitorio instante el hombre debe haber contenido la respiración ante la presencia de este continente, forzado a hundirse en una estética contemplación que ni entendía ni quería, cara a cara por última vez en la historia con algo proporcional a su capacidad de asombro.

Y mientras estaba ahí sentado reflexionando sobre el viejo y desconocido mundo, pensé en el asombro de Gatsby al advertir por primera vez la luz verde al final del muelle de Daisy. Había recorrido un largo camino para llegar a este verde césped, y su sueño le debe haber parecido tan cercano que habría sido imposible no lograrlo... No sabía ya que estaba detrás de él... en alguna parte de aquella vasta oscuridad, más allá de la ciudad, donde los oscuros campos se desplegaban bajo las sombras de la noche.

Gatsby creía en la luz verde, en el orgásmico futuro que año tras año retrocede ante nosotros... Nos esquivamos, pero no importa; mañana correremos más rápido, estiraremos más nuestros brazos, y... un buen día...

Y así seguimos, botes contra la corriente, incesantemente arrastrados hacia el pasado.